

LAS POSTRIMERIAS

DEL

Castillo de Olite

POR

Fr. Celso González, O. M.

~~~~~  
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS  
~~~~~



BURGOS

TIP. MARCELINO MIGUEL

1915

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

DG
A

LAS POSTRIMERÍAS
DEL
CASTILLO DE OLITE



C. 1181738

LAS POSTRIMERIAS

DEL

Castillo de Olite

POR

Fr. Celso González, O. M.



~~~~~  
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS  
~~~~~



BURGOS

TIP. MARCELINO MIGUEL

1915

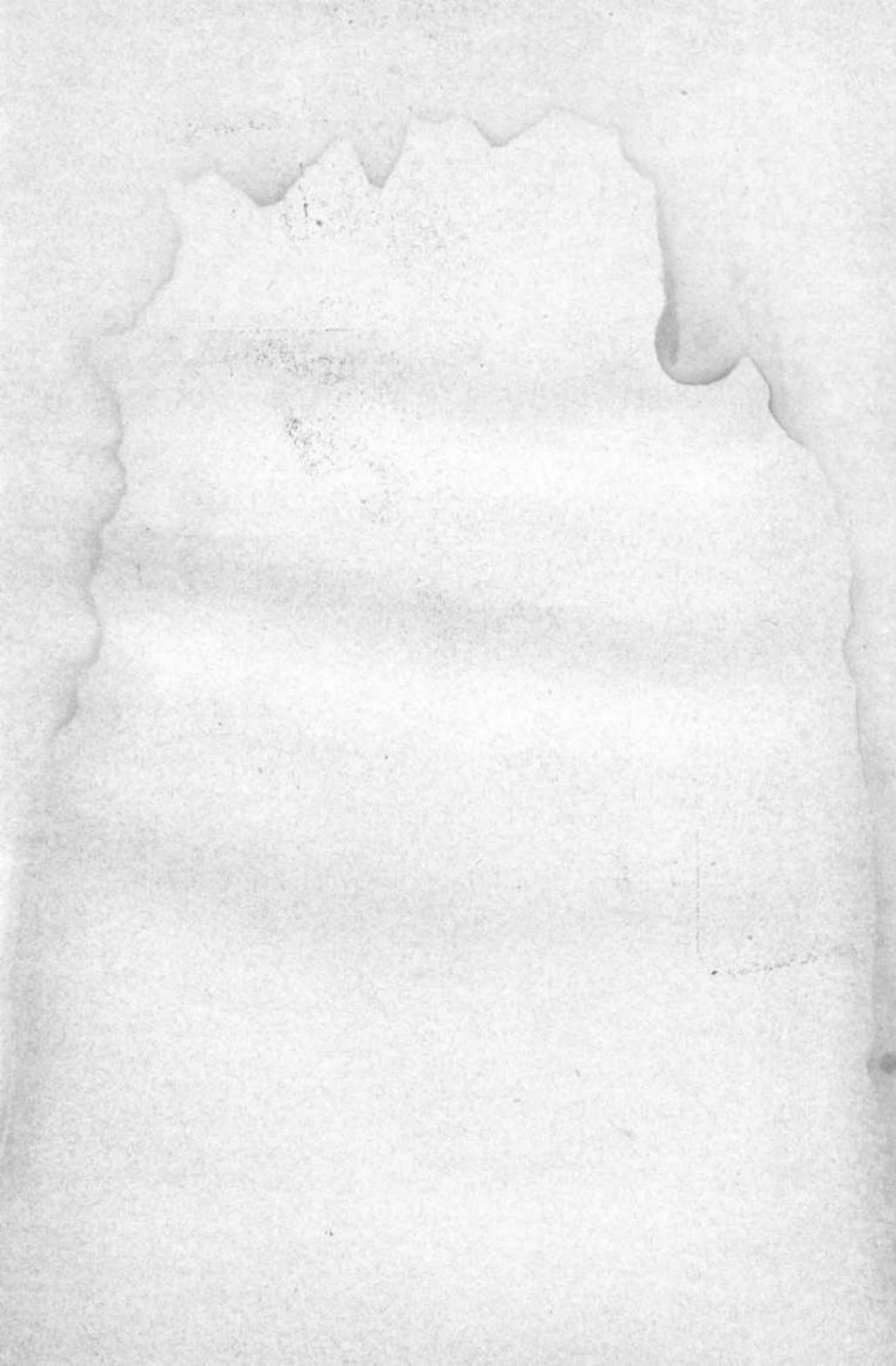
ESTA OBRA LA DEDICA SU AUTOR

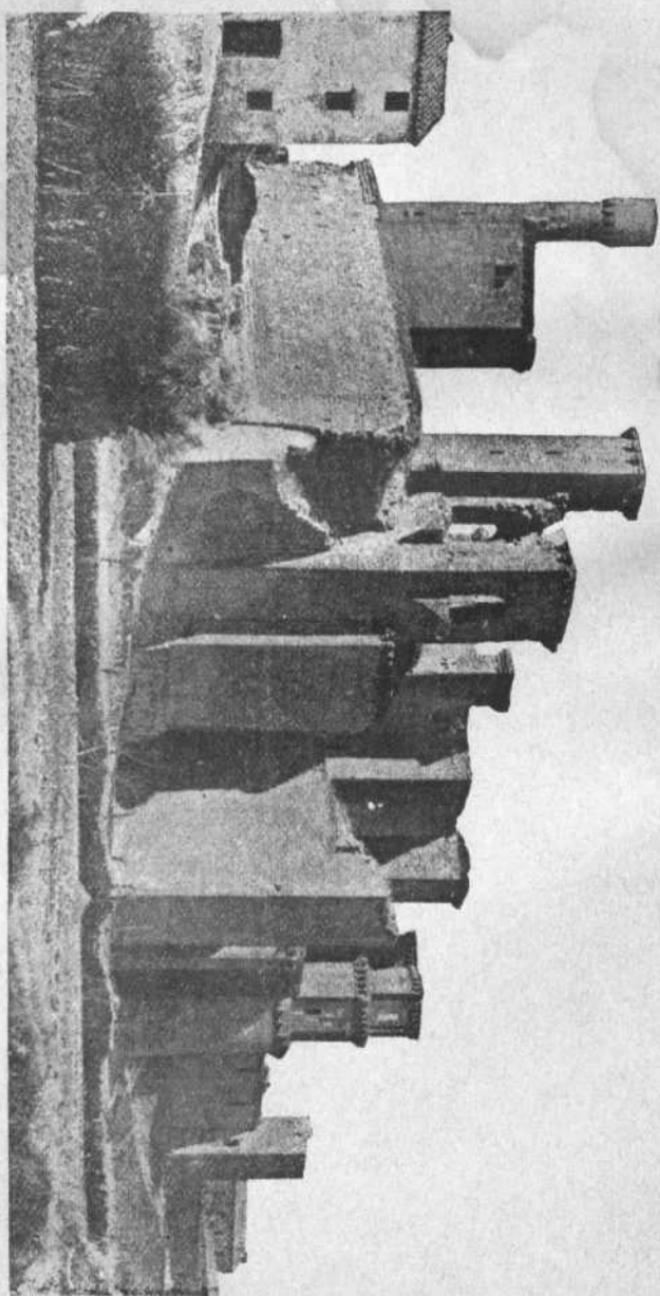
AL M. I. AYUNTAMIENTO DE LA

CIUDAD DE OLITE :: :: :: :: ::



R 109414





ARZOBISPADO

DE
BURGOS

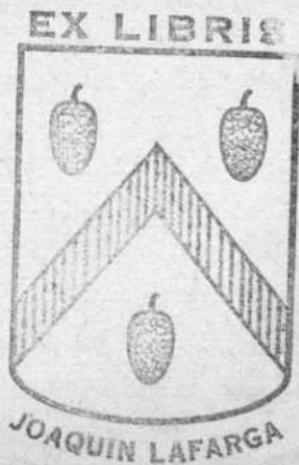
-:-:-

Habiendo sido examinada de Nuestra Orden la novela histórica «Las postrimerías del Castillo de Olite», escrita por Fr. Celso González, O. M., y no habiendo hallado en ella cosa alguna contraria a la fe, sana moral, doctrina y disciplina de la Iglesia, venimos en conceder y concedemos Nuestra autorización y licencia para su publicación.

Burgos 28 de Agosto de 1915.

✠ José, Arzobispo de Burgos.

Por mand.^o de S. E. R. el Arzob.^o mi Señor
LIC. ZACARÍAS ZUZA,
Srio.





Advertencia al lector

Pongo en tus manos, lector amigo, esta humilde obrita dedicada a recordar las glorias de uno de los más célebres castillos medioevales, de esos castillos cuyas ruinas ilustran los pueblos y campiñas de nuestra España.

Mirando las moles destrozadas de esas nobles construcciones, mil veces, lector discreto, habrás evocado en tu espíritu la visión del pasado, meciéndote en el hechizo que se despierta en nuestra alma, al recordar instintivamente y grandezas que desfilaron hacia el panteón de la Historia. En lo que a mí toca, mil veces he sentido levantarse en mi mente el fantasma luminoso de la vieja grandeza hispánica, al recorrer los campos patrios y ver destacarse en el horizonte, la silueta de un castillo gótico, las torres de una catedral o los muros mutilados de una abadía benedictina. Y al pensar en las glorias muertas, he pedido a mi pobre e ignorante pluma que me diese primores de estilo para presentar a la vista de los amadores de lo antiguo, la visión de la España que pasó, y con frecuencia mil veces en la obscuridad de mi retiro, he alargado mi mano derecha para coger la pé-

ñola y tejer una descripción brillante, como el pobre D. Alonso quería tomar la suya para retratar las hazañas de sus idolatrados caballeros.

Con bastante poca fortuna—ya lo verá tu discreción,— he logrado llevar a cabo mi intento. En prosa que si no tiene labor de orfebre, está en cambio, caldeada por el amor del más puro entusiasmo, te ofrezco la descripción de la gran guerra nacional del pasado siglo, hermanando el curso de vicisitudes bélicas con la ruina definitiva del alcázar real de Olite.

Para componer mi libro, he recorrido las calles estrechas de la vieja ciudad harto más pintorescas que las grandes y pintarrajeadas vías de las urdes modernas, me he asomado a las rejas tan españolas de las antiguas casas, he pasado bajo el arco de los portales y he llorado ante las piedras blasonadas a las que aun sombrea el gran balcón de los caserones hidalgos. En tales reliquias gloriosas alienta prisionera el alma de la stirpe, mirada hoy con desdén por cierta *vaza-sima* que proclama la necesidad de cerrar con triple candado los sepulcros de los héroes, y no quiere saber que el acierto de las generaciones presentes, no estriba en malbaratar la hiel de los padres, sino en mejorarla con el trabajo juicioso y constante.

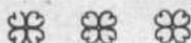
Que te conste, pues, lector amigo, que a

falta de primores literarios, encontrarás en mi libro la sensación de la vida, el calor de la convicción, el fuego del entusiasmo, dotes y propiedades que hace tuyas todo escritor que más que en limar sus páginas, piensa en observarlas y vivirlas.

Toma pues, esta pobre obrita, de cuya moralidad absoluta te responde la aprobación de la Iglesia que, como blasón de nobleza ostenta en su portada, y despues de saborear las frases de amistad que encontrarás despues de estas líneas y para las cuales tengo el más fervoroso agradecimiento por provenir de un amigo del alma, hijo del pueblo de Olite entra por el portalón hidalgo del primer capítulo, en el interior de la casa española de mi libro y luego que hayas visto la galería de retratos que hay en la sala principal, y examinado las armas gloriosas cubiertas de moho, y visto los timbres de los escudos, me dirás si perteneces tu tambien a los que repudian el testamento de la raza, o por el contrario, te cuentas en el número de los que anhelan levantar las losas de los panteones gloriosos para absorber las almas de los héroes y continuar la gran historia de España.

Porque te advierto, lector, que si eres de los primeros, te negaré el saludo como a hijo renegado de la familia española, mientras si te cuentas entre los segundos, te tendré co-

mo a hermano querido, de estos que recogiendo el tesoro de las tradiciones paternas se preparan a mejorar la heredada tierra, trabajándola con cariñoso afán, después de haber alzado en su derredor ancha cerca, para librarla de asaltos de malandrines cuya presencia no sutrirían los blasones que campean en su puerta de entrada.



A MI CARO AMIGO . . .

P. CELSO GONZÁLEZ

He leído y releído con verdadera delectación la delicada ofrenda que S. R. hace a mi querido pueblo en la preciosa novela que galantemente dedica al Muy Ilustre Ayuntamiento, y con ella veo plenamente satisfecho el deseo que tanto tiempo há venía siendo una obsesión para mí, al ver que nada se había escrito hasta el presente digno de llamar la atención sobre un pueblo tan histórico como Olite, que debía figurar como el primero por sus timbres de gloria en los fastos de la historia patria.

En su historia sobre El Santuario de Aránzazu primero, y después en «Plantas del Clima», escogido ramillete de poesías justamente alabadas por cuantos inteligentes en la materia han tenido el gusto de hojearlas, se ha presentado S. R. ante el público como un artista de cuerpo entero; pero con su novela «Las Postrimerías del Castillo de Olite» ha cerrado, no con broche de oro sino del más fino diamante, las ricas y deliciosas producciones de esa su fecunda imaginación, porque en ella, amén de la parte literaria que es bellísima, derrama a puñados la sal y gracejo que brotan a borbotones de su pluma cuando se pone a escribir en un rato de buen humor.

En ella se ve trazado con mano maestra el cuadro encantador de las costumbres, chascarrillos y buen temple de las gentes ribereñas, y pintado al vivo y encerrado en precioso marco la figura del P. Morrás, el denos-

tado fraile franciscano de antaño, tan bien quisto y venerado siempre en este mi querido pueblo.

Pero sobre todo, lo que más poderosamente ha llamado mi atención causándome una profunda emoción en ese su libro, que todo buen navarro y muy en particular los de Olite debieran conservar entre delicado caudal, es la descripción que hace del fusilamiento de aquellos diez compatriotas llevados a cabo por los *flanchutes*, como aquí gráficamente los llaman, por el *enorme crimen* de haber consentido a sus hijos ir a defender su Patria contra las huestes de infame invasor, y cuyos gloriosos nombres se conservan en la lápida de la plaza para ejemplo de las generaciones futuras.

Al dedicar a S. R. estas sencillas líneas, solo me mueve el profundo cariño que siempre le he profesado, a la vez que para felicitarle efusivamente por su amenísima obra, y suplicarle no deje enmohecer esa su incansable y bien tajada pluma a fin de que nos deleite de nuevo con otras sabrosas producciones cual la presente.

Antes de terminar, no puedo menos de elevar una plegaria al cielo, que entre blancas espirales de incienso suba hasta el trono del Altísimo, por las almas de aquellos mártires del deber cuyos nombres remembra en su libro, a la vez que, ante su lápida inmortal, repito con entusiasmo patriótico aquel apóstrofe del gran García un tanto alterado para mi objeto:

En la tumba descansad;
Que este gran pueblo ribero
Jura con rostro altanero
Que hasta que Olite sucumba
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

FR. JAVIER SÁNCHEZ.

Olite, Julio 1915.



LA TRIMURTI

No una sola, eran ya cuatro o cinco las veces que el respetable dómine D. Antonio Eraul se había dirigido al Muy Ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Olite, rogando a su S. S. tuviese a bien hacer algo para remediar su aflictiva situación económica. Con la miseria de los frutos de un beneficio valuado en 80 ducados, deducido el noveno para el Rey, coma usted, vístase, mantenga a una numerosa familia y todo con el decoro que a un señor Profesor de gramática latina corresponde.

Mi buen hombre se desesperaba, viendo la flema del municipio, en acceder a sus instancias y de aquí le provenía el tétrico humor que luego desahogaba en la clase con sus discípulos.

El día que estos veían entrar por el aula a su maestro con el sobrecejo, que le tenía muy espeso, sombreándole la cara de aguilucho, revuelta la peluca y desabrochados los botoncillos con el busto de Carlos IV de España, que sujetaban las hojas del chaleco, prenda de vestir que en D. Antonio suplía a la clásica chupa, podían encomendarse a Santa Bárbara, patrona y abogada contra las tempestades. Los pobres chicos, aun sin contar las rabieta extraordinarias que a su maestro proporcionaba el Ayuntamiento, tenían que soportar a diario, la iracundia que se apoderaba del buen señor cuan-

do la lección venía algo verde, o no se acertaba a la primera con los latinajos enrevesados que el profesor proponía o en fin, se trataba de rendir cuentas por las faltas al aula y la sustitución de las faenas escolares por los clásicos novillos.

—Vamos a ver Sr. Andrés— nombre de uno de los discípulos.—Saque usted el Nebrija.

—Es que... me se ha olvidado traerle.

—No se dice me sé, sino se mé. Bien; ahora diga usted la lección.

—Bueno, pues no sé me la lección.

La palmeta entraba en funciones al oír la picaresca contestación que hacia desternillar de risa a los otros chicos.

D. Antonio tenía su clase en una casuca de la calle de Mirapiés, situada—la casuca, se entiende—entre dos casæ solariegas de esas que tanto abundan en Olite y son el mejor testimonio de la mucha hidalguía que hospedaba antaño entre sus muros, la vieja corte de los reyes de Navarra. Al dómine que además de muy instruido en los latines, sabía su miajica de historia y aun invadía algo el terreno de la heráldica, le gustaba pasar horas muertas departiendo amigablemente con el propietario de uno de aquellos solares, D. Javier de Iracheta, hijo de los viejos condes de Mendinueta y padre del alumno arriba nombrado. Era este D. Javier un buen señor, muy prendado de sus pergaminos y ejecutorias que vivía del mayorazgo heredado de su familia, invirtiendo en el cuidado de su administración, la mayor parte de su tiempo y consumiendo el restante entre la lectura de los Mercurios y Gacetas y la charla de la tertulia a la que concurría, además del dómine supradicho, un fraile del convento de San Francisco, el P. Angel Morrás, religioso ejemplar y prudente; pero de agudo ingenio y muy amigo de contar gracias y chascarrillos.

Pertenecía el Sr. Mayorazgo a una de aquellas so-

ciudades de Amigos del País entonces tan en boga en España y profesaba adquiridas en ella, algunas ideas literarias y económicas de que no participaban sus compañeros. Al Padre le parecía que su amigo tenía algunos ribetes de enciclopedista provenientes de la lectura de los filósofos del siglo XVIII, mientras el dómine se desesperaba con las opiniones que en orden a la vieja y clásica literatura española, profesaba el hidalgo.

Para D. Antonio todo lo que fuese salir de los moldes viejos era incurrir en extranjerismo, desdeñar las opulencias de casa, para ir a buscar las migajas de franceses e ingleses, en tanto que el señor de Iracheta despreciaba pedantescamente el viejo teatro español enfático y ampuloso, con sus innumerables personajes para cada pieza y la ninguna atención que presta a la ley de las tres unidades.

Dejándoles discutir gravemente de cosas tan trascendentales en las que se mezclaban otras cuestiones sobre el atraso de España, la falta de iniciativa de los gobernantes, etc., etc., se creería asistir a una de esas modernas controversias en las que partidarios de lo nuevo y de lo antiguo, rebeldes y clericales, resuelven el problema de la futura grandeza de España la cual se ha de procurar, según unos, conservando, después de desusarle de algunos defectos el carácter nacional y según otros, quitándole al pueblo el sentimiento religioso y haciendo guerra al adjetivo. ¡Como si la culpa de que España carezca de canales y escuadras la tuviesen el que nuestras familias vayan a misa los domingos y como si hubiesen de improvisar sobre el suelo español veinte millones de habitantes más, con su buena agricultura y mucho oro en circulación, a los pocos años de habernos afiliado todos a la escuela literaria de Azorín y Pío Baroja!

Nuestro buen fraile se reía en sus adentros de las discusiones de aquellos pobres hombres el dómine y el

hidalgo y solía apuntar, cuando les veía en el atolladero, algún chiste de los de su repertorio que tenía la virtud de serenar al dómine, apeándole al noble, de sus altiveces filosóficas y trayendo como consecuencia, la paz provechosa a los miembros todos de la trimurti.

Luego que este don del cielo descendía a la sala del caserón donde discutían los amigos, salían salir éstos a dar una vuelta—si era la estación de primavera o verano—por las orillas del Cidacos, volviéndose los seglares a casa y el fraile a su convento, después de rezar juntos las oraciones y beber sendos tragos de la riquísima agua del *chorrón* en un vaso de cuerno, propiedad del profesor de gramática.

¡Liempos patriarcales aquellos en que la nobleza, el clero y el estado llano convivían aún amigablemente, sin que se conociesen las petulancias establecidas entre nosotros, por una igualdad legal cuyo sentimiento lleva a cada individuo a despejarse del vecino, creyéndose superior a él en méritos y en ideas! Pasaron aquellos días, los últimos de un estado social en que se apoyó la grandeza de nuestra patria y con el alboroto de las nuevas revoluciones políticas, asomó la aurora de ésta otra vida moderna llena de contrastes en la que los pueblos se han alzado a las cumbres de un vivir social sin moderación nobiliaria ni casi religiosa, como si en las muchedumbres populares no se necesitase de la egida de la autoridad y de la experiencia para que las cosas vayan por su carril y no se originen perturbaciones y ruinas en el Estado.

Los tres graves sujetos cuya silueta esbozamos en este primer artículo de nuestro libro, discutían gravemente una tarde de Abril de aquel año de 1811 sobre los graves sucesos que se desarrollaban en el Sur de la Península y sobre todo en la raya de Portugal por donde avanzaba el ejército inglés de sir Welbesley, causando bastantes daños a las tropas francesas que ocu-

paban en aquel país. *El Mercurio de Pamplona* al que estaba suscrito el mayorazgo, hacía prolijas consideraciones sobre las dificultades con que había de tropezar el jefe británico para arrollar a las tropas francesas mandadas por los mariscales de más brillante fama. El periódico quería con esto adular al duque de Mahón, virrey de Navarra el cual ejercía suma vigilancia sobre las hojas públicas, castigando la menor noticia que tendiese a menoscabar el crédito de las armas napoleónicas.

— A través de esta prosa, comentó D. Javier después de leer el artículo, yo no veo más que el definitivo fracaso de los mayores prestigios militares de Francia y del mismo Napoleón. Se ha querido tratar a España como a un pueblo degenerado al que bastaban a sujetar unos cuantos batallones, y el pueblo se ha encargado de hacer saber a S. M. Imperial que la erraba. La campaña del Mediodía va mal para los franceses y pronto hemos de ver el grueso de sus tropas escalonado en los pueblos de Navarra para repasar la frontera.

— Que sea pronto es lo que hace falta. Hoy antes que mañana. La lástima es que les haga el honor de barrerlos un ejército regular como el inglés y no salgan perseguidos a chuzazos por el pueblo al que tratan como si fuese una tribu de calmucos. No quiero de los de Francia ni las hebillas de los zapatos.— El señor dómine decía ésto porque llevaba unas muy nuevas y flamantes adornando sus zapatos bajos como entonces se estilaba. Por hacer honor a la palabra de D. Antonio creemos que aquellas hebillas eran de fabricación española, contra el sentir del noble que opinaba lo contrario.

— *Est Deus in nobis*, apuntó entonces el fraile. Lo malo será que tengamos que soportar la presencia de los franceses en nuestra tierra, durante más tiempo que las otras provincias, como consecuencia de ese repliegue hacia Navarra que se viene anunciando. Ya puede el P. Procurador echar la llave a las oficinas del con-



vento y esconder las alhajas de la iglesia si a los *mon-sieures* se les ocurre poner un destacamento en Olite.

—Cabal y precisamente, P. Morrás, contestó el señor de Iracheta, van ustedes a tener que tomar inmediatamente esa medida. Hoy mismo me avisa un amigo de Tafalla que hay la idea de poner a la mayor brevedad un fuerte retén de tropas en Olite. Parece ser que se ha sabido en Pamplona que existen en la división navarra varios sujetos procedentes de este pueblo, y el duque ha ordenado que vivamos con tropas a la vista para —son sus palabras,— *meternos en cintura si es necesario, y acudir al socorro de los pueblos circunvecinos, si los guerrilleros intentan algo contra ellos.*

—¡Válganos Dios! exclamó el fraile, otra vez vamos a tener a los excomulgados en el templo del Señor y a los incircuncisos vagando entre su pueblo.

Así fué siguiendo la conversación entre los tres amigos, hasta que ya a punto de trasponer el sol se levantaron para volver al pueblo. Estaba la tarde hermosísima. El sol remozado de primavera filtraba sus rayos por los mimbrales, descomponiéndolos entre el varillaje de las ramas y poblando el aire de chispas al reverberar en la superficie de las hojas. Un suave vientecillo del Sur hacía mover los trigales ya crecidos y en el mar de verdura se destacaba el rescoldo de las amapolas. Gigantescos álamos blancos sombreaban las orillas del río pordiosero y en los juncales que crecían en la ribera, se empinaban los insectos brillantes cuyas elictras reflejaban la luz del sol, descomponiéndola en matices. Los mosquitos tejían sus danzas fantásticas sobre la superficie mansa del agua y en los remansos se deslizaban los llamados *zapateros*, sobre sus membranas invisibles, formando con las estelas que trazaban al resbalar, caprichosas combinaciones de líneas. Oíase en la espesura cantar desafortadamente los ruiseñores desgranando las notas de su trino en el calor del cielo. El cielo esta-

ba despejado y sobre la banda de poniente, en el azul manchado con breves copos de rosicler, se destacaba la mole del antiguo castillo, flanqueada de macizas torres. Parecía un viejo que hallando despreciable lo existente, se erguía pensativo, añorando reales opulencias o enconadas luchas de banderizos.

La gente volvía de escardar los campos, cantando los mozos y las mujeres cubierta la cabeza con el pañuelo anudado a la barba. Todos saludaban a los tres paseantes, a los miembros de la venerable *Trimurti*, nombre con que los burlones de Olite habían bautizado a la compañía de los tres sujetos.

Hablando, llegaron éstos a la puerta del palacio por donde se entra en el pueblo, y aquel día, quiso el fraile, rompiendo con la costumbre de despedirse en tal sitio acompañar a sus amigos hasta las respetivas moradas. Al dar los primeros pasos en la calle, sorprendióles un gran ruido y alboroto, como de tropa armada que hubiese entrado en la ciudad.

Acordáronse entonces de la noticia que había recibido el Sr. D. Javier de su amigo y creyeron que el ruido que se oía no sería otra cosa. En efecto, no era más que un pelotón de soldados franceses que trotando, se dirigía por la calle de Enmedio; en dirección a la Plaza Mayor. La gente cerraba puertas y ventanas, mientras en la plaza se detenía la tropa, echando ternos y venablos el mandón porque no aparecía por allí Mr. *Lalcade d'Aulite* (1).

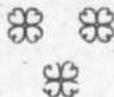
A la luz del crepúsculo se veían brillar los sables de los dragones franceses que montados en poderosos caballos, dejaban ver su facha arrogante, afeadas las caras por largos mostachos, y en las cabezas las enormes gorras peculiares de los soldados napoleónicos.

(1) En los documentos firmados por los militares franceses, que se conservan en el archivo, se dirigían con esa ortografía a la primera autoridad de este Concejo.

—Ya tenemos a los *franchutes* en casa, dijo el dómine, al tiempo que medrosamente abrían la puerta del caserón de D. Javier y se metían los tres en él.

—Hoy, Padre Morrás, no vuelve V. al convento, pues no conviene que se exponga a que esta gente le haga algún desacato. Esto dijo D. Javier al mismo tiempo que le ofrecía habitación y cama para que pasase allí la noche el religioso. Aceptó éste, en vista de lo anormal de la situación y el dómine se las arregló de modo que pudo enviar a uno de sus discípulos con encargo de participar al P. Guardián que el P. Morrás se permitía pasar aquella noche en casa de su buen amigo D. Javier de Iracheta, por estar la ciudad ocupada por los franceses.

En el convento no hay que decir si produjo sensación la noticia.



OLITE HISTÓRICO Y MONUMENTAL

Los lectores del presente librejo que no hayan viajado por las épicas tierras de Navarra, ignoran la situación geográfica que al pueblo de Olite corresponde en el mapa de este antiguo reino. Tampoco, si no alcanzan algún conocimiento de las cosas de España, sabrán el papel que en los acontecimientos históricos de la nación, desempeñó el pueblo que se precia de haber servido de corte a los reyes de Navarra.

Quiero, pues, yo, para satisfacción de unos y otros, hacerles saber que esta ciudad de Olite cuya fundación se atribuye al rey godo Suintila quien la mandó edificar para contener las incursiones de los vascos, se encuentra en cualquier mapa de España, entre los grados 3.º y 4.º de longitud del meridiano de París. Antes de hablar nada de los sucesos históricos desarrollados en Olite, digamos alguna cosa de su aspecto natural tan típico, limitándonos, para mayor verismo de la descripción, a trasladar al papel su fisonomía tal como en el día la presenta.

Un montón de edificios donde los siglos han dejado su herrumbre, permite apenas, en la parte a que dan las fachadas, el boceto de unas cuantas calles estrechas y retorcidas. La muralla, rodeando con su cinturón de si-

llería, las viejas viviendas, levanta de trecho en trecho, sus torres cuadriláteras, cuyas almenas una a una cayeron rodando ¡bajo la pesadumbre del tiempo. Hogañó afean balcones modernistas y fementidos miradores las venerables fachadas donde cae mejor el ventanón escueto, o el gran balcón de retorcidos hierros gravitando sobre el noble escudo.

En muchos edificios hay las españolísimas rejas a donde se asomaron en románticos siglos caras reidoras de beldades. Algunas veces, en la oscuridad del callejón se oyeron a la luz de la luna que entraba con sordina hasta la mitad de una fachada, ruido de aceros y enseguida el paso de ¡los ministriles que corrían a echar mano a los pendencieros rivales.

La gente de Olite presume de guapa y de bizarra y quiere arrojar el sambenito de la imperiosidad sobre los habitantes de las poblaciones colindantes. Así se oye repetir con frecuencia a los olitejos coplas como la que sigue:

Los de Lerga son los cucos
los de San Martín, catatos,
los de Tafalla charrines,
los de Olite los más guapos.

Bien es verdad que los de los pueblos afrentados retuercen este verso, alegando que está falseado el consonante el cual no dice los más guapos sino los más fatuos, cualidad que según ellos, se puede y debe atribuir a los fantasiosos olitejos. ¡Vaya V. a averiguar lo que hay de cierto en estos piques y rivalidades de pueblo!

Gala de la religiosidad de Olite y origen de eternas y graciosísimas disputas entre los respectivos feligreses son las dos parroquias en que está dividida la población desde tiempos antiguos. Sobre si la una tiene más luz y ornamentación que la otra, o si el palio que saca la una en el *Corpus* es mejor que los faroles que exhibe la de

enfrente en la recepción de los *Cruceros* (1) discuten recia y donosamente los hombres mientras aran en el campo y las mujeres mientras bregan en el lavadero.

—Calla, calla, chica, que siempre estás corrompiendo con tu Santa María. Ya me tienes hasta el moño. Qué vais a tener allí, si no hay más que telarañas y sombras?

—¡Telarañas! Las telarañas las tendréis vosotras so... *sampedrera!* Nuestra iglesia es hecha por los reyes; sabes? Santa María la *Rial*: la interlocutora al decir esto, sacude las manos y mira por encima del hombro a su contrincante. Esta que no se deja arredrar por cualquier cosa y presume de erudita, exclama:

—Bueno, pues si Santa María la *Rial*... ya sabes lo que dijo el Señor: *Super ham Petrus*, sobre todo está San Pedro. Ya os vamos a dar a vosotras en los morros (sic) el día que se estrene el *Vía-Crucis* nuevo de San Pedro. ¿Donde tenéis en la *caracolilla* cosa que se le parezca?

—Mira qué aguda! Teniendo quien dé, ya se puede ser rica.

—Y los faroles nuevos que han costado una onza?

—Mucho bonito, siquía se cayesen los que los llevan el día del estreno y se hiciesen cisco!

Hasta este extremo de desear la pérdida de las respectivas alhajas parroquiales, llega muchas veces la animosidad de los buenos feligreses, sin que basten las exhortaciones prudentes de los respectivos vicarios a poner paz en estas rencillas, las cuales han pasado alguna vez a vías de hecho, acudiendo los envidiosos a tretas y artificios violentos para echar a perder las alhajas que les daban en rostro.

Así por ejemplo, el día que la parroquia de San Pedro, el *caracol grande*, como ellos dicen, sacó a relucir

(1) Peregrinos entunicados que van a la romería, cargando una cruz.



los faroles nuevos de que hablaba arriba la lavandera, ya estaban conjurados diez o doce mozos de la *capilla rial*, o la *caracolilla*, como llaman a Santa María, para deslucir la fiesta y corromperles el gustazo a los *sampedreros*. Habían enviado estos sus cruceros aquel día, a hacer la peregrinación anual a Nuestra Señora de Ujué —no se crea que los vecinos del pueblo se unan para ir juntos a hacer la piadosa romería, sino que antes se han de juntar con los forasteros que ir las dos parroquias unidas,—cuando a la vuelta de los romeros, ya estaban los mozallones de Santa María junto a la fuente del Chorrón, dispuestos, lo primero a contar hacia atrás los cruceros para demostrar que de su parroquia iban más, y lo segundo a causar el estropicio meditado en los faroles que se estrenaban aquél día y que valían una onza como decían fastuosamente los de San Pedro.

Llegaron los cruceros e inmediatamente comenzó el tanteo. Uno, dos, tres, cuatro. ., ocho, diez y nueve, veinte... veinte, veintiuno, diez y nueve, diez y ocho. Total, cuarenta y tres... una miseria. De Santa María van cuatro veces más.

Entre tanto, se organizó la procesión y los feligreses salieron a recibir a los romeros con cruz alzada y detrás de ella los grandes faroles; los famosos faroles que valían una onza y cuya presencia no podían tolerar ni en estampa los de Santa María.

Iban estos muy mansicos junto a sus enemigos, al tiempo que llegando el clero, de vuelta a la Iglesia se detuvieron los que los llevaban, a los dos lados de la puerta. Este fué el momento crítico. Los flamantes faroles quedaron hechos añicos de resultas de la pedrea con que les saludaron los irritados feligreses de la parte opuesta. Los *sampedreros* quisieron tomar venganza de tan mal hecho; pero valieron las exhortaciones prudentes de los sacerdotes los cuales les persuadieron que aquello no tenía importancia, excitándoles a que, en lu-

gar de fomentar ridículas rivalidades entre cristianos y convecinos, se dedicasen a extinguir unas querellas que no tienen razón de ser, tratándose de iglesias que radican ambas en el mismo pueblo de Olite.

Lo que no mueve empero, discusiones entre los interesados, sin duda porque la deficiente instrucción de estos no basta a sugerirles idea alguna de su importancia, es el indudable mérito artístico que a entrambos templos avalora.

Santa María, la antigua capilla real, pegada al suntuoso palacio de los reyes, es como una perla que se engasta en la plancha de oro de aquella regia arquitectura. Suspende el ánimo la contemplación de la rica iglesita de buen estilo gótico y parte de cuyas ojivas y ventanales se cegaron en la época del mal gusto.

La rica portada ostenta, además del *Apostolado*, las figuras, alegorías y filigranas, en que tan pródigo era el estilo y encima ríen las gárgolas con su cara grotesca, como burlando a los visitantes de estos siglos, incapaces de modelar otro tal poema.

En el interior del templo existe un retablo con maravillosas pinturas y en los muros forales, hay varias tumbas de personajes pertenecientes a antiguas y nobles familias.

El templo parroquial de San Pedro, es más antiguo y puede considerarse como verdadera joya del estilo románico. Su portada asombra por la sobriedad y buen gusto y en el interior llama la atención su hermosa cúpula, no siendo menos notables sus ventanas y sobre todo el rosetón de la fachada que ostenta ricas vidrieras de colores.

Pero la gloria arquitectónica que más lustre dá al pueblo de Olite, es su espléndido y hoy mutilado alcázar, encanto de turistas, archivo de las glorias más puras de Navarra, e imán de espíritus artistas y soñadores.

Hermosa construcción medioeval que guardas en el

hueco de tus torres feudales y en el espacio de tus salas destechadas, el encanto del misterio ¡cuántas veces me entregué al ensueño recorriendo tu ruina gloriosa, y cuántas recompuse el cuadro de tus triunfos, al ver destacarse, cuando el sol se oculta, tu gigante mole en el azul purísimo veteado de rosa, de este cielo ribereño! Como el soñador romántico, Gustavo Adolfo Becquer, al pisar el sagrado escombros, al ascender por los oscuros y revueltos caracoles de tus torres, al asomarme al profundísimo algibe con flecos de hierba, al penetrar por las innumerables puertas falsas, al entrar en la pieza donde soñó sus sueños de pesadumbre el trovador Príncipe de Viana, al pasar bajo el arco que atravesó llorando la infortunada princesa entregada a su cruel hermana por la despiadada política del siglo XV, cuántas veces el escalofrío de la emoción recorrió mi cuerpo mientras mi mente se empapaba en el encanto de lejanos recuerdos!

Una nube de romanticismo envuelve al histórico alcázar, testigo presencial de solaces luchas políticas seculares; por las galerías donde crece el jaramago, pasearon reyes y guerreros forrados de hierro; sus torres presenciaron escenas galantes y sus subterráneos torturas medioevales; por sus puertas falsas huyeron corazones amedrentados; en sus antros aulló la jauría de que disponían los reales habitantes para recrearse en la caza por sus cotos del *Jardín y la Serna*, y en toda su mole que ha afrontado durante siglos los embates del poder y del tiempo, palpita el sortilegio de lo misterioso.

Versalles y Alhambra y Aranjuez poblado de rosas, de los monarcas navarros, la importancia guerrera del alcázar es menor que la que tiene como casa de retiro y placer; en las cámaras reales había arabescos y adornos costosos; algunas salas tenían el techo y paredes cubiertas de planchas de plomo y es fama que en una de ellas, colgaban pequeños discos metálicos de la techum-

bre los cuales, al ser agitados por el viento matinal, producían suave música. La construcción del palacio data del año 1406 y fué ordenada por el Rey Carlos III el Noble, a quien el pueblo apellidaba el *nuevo Salomón*. Celebráronse en sus salas famosas Asambleas en las que se hicieron muy buenas y provechosas ordenaciones. En 1415 murió en este palacio la reina D.^a Leonor y en 1420, falleció el hijo del Rey Carlos, D. Lanceloso, obispo de Pamplona.

Pero la figura más simpática que paseó los corredores y aposentos del alcázar, fué la del noble e infortunado mancebo D. Carlos de Viana, el príncipe trovador, amigo de Ausías March, el joven generoso de romancesca memoria, cuyo nombre y cuyas desgracias fueron pendón de guerra bajo el cual se apellidaron los fieros banderizos y los pueblos generosos que se levantaban a verter su sangre para rescatar al joven caído en la rota de Aybar, a fin de ponerle a cubierto de las iras de un padre cruel y de una madrastra execrable. En medio de inusitada pompa, le vió Olite desposarse aquí el príncipe de Viana, con D.^a Agnes de Cleves y durante muchos días, resonaron las áureas salas con el ruido de los convites y las loas de los menestrales, en honor de los desposados. En las cortes reunidas en el Alcázar protestó el Príncipe, año de 1442, contra la usurpación que hacían de sus derechos los rivales a los que poéticamente había figurado él, en aquella alegoría que llevaba en su escudo, de los dos lebreles royendo el hueso de su reino de Navarra, y aquí vió morir a su esposa Agnes, el año 1448.

No pasó mucho tiempo y su triste hermana, la pobre D.^a Blanca, atraviesa la *puerta de Diamante*, para ser puesta en poder de la desalmada condesa de Fox, en cuyas manos iba a acabar la cadena de desgracias que comenzaron para la triste infanta, con el repudio del rey de Castilla, Enrique IV.

Estos breves datos los hemos entresacado de la erudita Memoria de D. Juan Iturralde y Suit, académico correspondiente de la de San Fernando. Describe este señor con singular cariño, lo que debió ser en tiempos de la monarquía navarra este venerable monumento, y una por una va detallando las particularidades del edificio; anota los nombres de sus distintas torres que eran nada menos que quince, y se extiende en la enumeración de las bellezas con que los poseedores del regio alcázar engalanaron su recinto, tales como jardines suspendidos, surtidores, plantaciones de naranjos y limoneros, apartados para caballerizas y fieras y otras invenciones en consonancia con las costumbres de entonces. Nosotros, a semejanza del autor citado, maldecimos del abandono en que por parte del Estado, se ha tenido durante tantísimo tiempo, la venerable construcción *cívico-militar* del siglo XIV, abandono que fué causa de que la barbarie y la codicia se cebasen en ella, causándole deterioros irreparables, rompiendo las molduras de sus ventales, consintiendo que se desplomasen sus arcos y torres, y utilizando sus sillares para construir bodegas y muros de contención para estercoleros.

El año de 1902 con motivo de no sé qué cuestiones que se suscitaron sobre la pertenencia del monumento, —la familia de los vizcondes de Ezpeleta que disfrutaban su tenencia, desde antiguos tiempos, no daba señales siquiera de interesarse por afirmar su derecho de posesión,—el alcalde de Olite, Sr. Luis de Izurriaga, tuvo el buen acuerdo de poner un telegrama al entonces ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, señor Conde de Romanones el cual contestó inmediatamente ordenando que no se sacase un solo sillar del monumento y prometiendo incluir éste en el número de los nacionales, con derecho a ser reparados por cuenta del Erario. Tan bellas promesas quedaron, como la mayor parte de las de nuestros políticos, totalmente incumpli-

das, hasta que por fin, el año pasado de 1914, la Excelentísima Diputación de Navarra, se resolvió a adquirir el edificio, comenzando al momento, algunas obras en cuya continuación ven los amantes del arte unaprendade seguridad de que siquiera no se vendrá al suelo lo que queda de este venerable alcázar a cuyo pie han venido a soñar los trovadores famosos de España.

Sigamos con la descripción de las restantes bellezas y monumentos de Olite.

Un observador que se coloque en la punta de la llamada *torre del Atalaya*, tiene ante sí el bellissimo panorama de la ribera de Navarra, buena parte de la cual se abarca desde aquella altura. Las parcelas componen distintas figuras geométricas, sembradas las unas de verdor, ostentando las otras regulares hileras de cepas; el viñedo que dá los generosos caldos del tinto navarro, muestra aquí su opulencia y lozanía, alimentado por una tierra ansiosa de producir y mimado además, por los besos ardientes del caluroso sol de la ribera.

Al lado del observador se levanta la airosa torre de San Pedro, como aguda flecha que va a clavarse en el cielo, y dominando todo el llano, se asoma a los ribazos escuálidos del Este, el Santuario de Nuestra Señora de Ujué por el que sienten los habitantes de estas tierras profunda devoción.

Los *bizocos* (1) saben el nombre de la virgencica serrana cuyas coplas que contienen sus milagros, van cantando los romeros, cuando se acerca el tiempo de las peregrinaciones a la montaña santa.

Besando el pie de los recuestos, se extiende la vega del Cidacos, río tartajoso y pordiosero que se reduce a un hilo de agua, con traidores y hondos remansos en el verano, y que sin embargo, ocasiona funestas inundacio-

(1) Nombre que se da a los entunicados que acuden a las romerías y cantan el rosario de la Aurora.

nes, cuando viene el deshielo en los inviernos o el viento huracanado de Castilla trae, en todas las estaciones, nubes de pedrisco o furiosas trombas de agua.

A la entrada del pueblo, por la parte del Norte, se ve la maciza mole del convento de San Francisco otro monumento de Olite y foco de la devoción popular, muy amiga de ir a manifestarse en la iglesia de los *frailicos*.

Su alta bóveda ha recogido las plegarias de muchas generaciones de olitejos y en su coro han resonado constantemente, desde hace varios siglos, los cantos de los hijos del gran reformador de la Edad Media.

La población que ha sabido preservarse en nuestros días, del contagio del anticlericalismo, gusta del trato con curas y frailes, parte con estos últimos su pan y manda a sus indigentes a que recojan la tradicional *folia* o comida de manos del portero franciscano.

Vamos a dedicar algunas líneas a la venerable fundación franciscana, antes de entrarnos por los intrincados laberintos de nuestra mal urdida narración.

El edificio conventual está intacto; en sus muros macizos no causó la menor mella la piqueta revolucionaria, antes bien, la misma legislación impía que condenó a la destrucción tantas moradas de la virtud, respetó esta de Olite, concediendo que los individuos procedentes de la exclaustación se organizaran en comunidad de *Venerables*, corriendo de cuenta de éstos la conservación de la casa. Todavía en los muros interiores de ésta, cuelgan como en los días de antaño, las vírgenes dolorosas y los cuadros que llevaban los misioneros en sus excursiones, pintarrajeados de diablos y precitos que se retuercen entre espasmos de tormento, ostentando las láminas cuartetas tan terroríficas como la que copio.

Ay! desdichado de tí
si algún pecado has callado

pues te verás condenado
como éste que ves aquí;

todavía los frailes de hoy se sientan en los sillones de cuero clareteado, peculiares de las antiguas casas monacales y todavía en la amplia escalera mira gravemente a los que pasan, la hidalga estampa del buen señor de Mendinueta aquel gran protector de los franciscanos que siendo virrey y capitán general de Navarra, gustaba de pasearse con los frailes y tenía su mayor deleite en ver comer a *sus recoletos*.

El sacro convento es fundación del siglo XVII, siendo averiguado que ya desde los tiempos de la madre del Rey D. Carlos II, hubo franciscanos en Olite. Refiriéndose a esa señora dice el P. Herce en su crónica manuscrita del Real convento de Olite. Era esta reina cordial devota de N. P. S. Francisco e inclinada a favorecer a sus hijos. Y deseando tener para su cabal consuelo, un convento de hijos de tan Seráfico Padre, determinó fundarlo en Olite, lugar de su más continua habitación y lo ejecutó así el año de 1345. Las vicisitudes porque pasó la casa franciscana desde su fundación tanto en el orden religioso como en el material, son incalculables; bástenos saber que adscrito en un principio a la Provincia Seráfica de Aragón, formando con los demás de este reino, la Custodia de Navarra, concluyó afiliándose a la Seráfica Provincia de Burgos la cual lo erigió en Real Seminario y Colegio de Misioneros Apostólicos, ganando para el efecto, el Ilmo. Sr. D. Juan de Camargo, Obispo de Pamplona e Inquisidor General de todos los reinos de España, especial decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, por el cual se destinaba a tan santo uso la casa franciscana de Olite.-1724.

El primitivo convento de suntuosa fábrica, fué mandado destruir por el Regente de España, Cardenal Cisneros, 1516, cuando se demolieron las fortalezas de Na-

varra a las que se parecía el edificio franciscano por su situación y la robustez de su fábrica. Posteriormente edificóse el actual, en sitio más a propósito, si bien no ocupaba la misma área que el presente, por estar colocadas las celdas de los religiosos al lado Norte, circunstancia que las hacía inhabitables a causa de ser extraordinariamente fríos los vientos de esa parte; razón por la cual se determinaron los religiosos a construir el edificio de nueva planta, emplazándole al lado Sur, y dándole el resguardo de la iglesia construída por el Norte de magnífica sillería.

Para estas obras concurrió la real munificencia de D. Fernando VI, junto con la bizarría del SrD. . Francisco Mendinueta Caballero del Hábito de Santiago, quien *llevado de su mucha piedad, dice el P. Herce, cedió más de 3.000 pesos, sin contar otros 2.000 que dió luego para la fábrica de la Iglesia de que se hablará después. Acción por cierto que no la olvidará este su colegio agradecido. Ni debe pasarse en silencio, sigue el P. Herce, para eterna memoria, lo mucho que en esta ocasión manifestó su gran piedad esta muy noble ciudad de Olite y su ventena o vecindad, en esta nueva fábrica, pues llevada de su generosa liberalidad ofreció gustosa más de 500 ducados de plata, los 200 la Sra. Ciudad, y los restantes la ventena, de los bienes comunes vecinales, y aun creo que de no haberle cerrado las manos el Consejo de Navarra las hubieran entendido mucho más, pues a más se extendían sus nobilísimos y bizarros corazones.*

Digamos, como suplemento a las entusiastas palabras del cronista, que esta liberalidad de los de Olite para con los franciscanos, tuvo otra manifestación brillante con motivo de la recomposición de la Iglesia deteriorada por el célebre terremoto de Lisboa y que hasta el día la practican los habitantes, haciendo los trabajos necesarios de gracia, negándose a recibir jornal ni retribución. ¡Pueblo de blasones hidalgos y de pecheros

que valen más que los blasones; cuando en todas partes va en descenso el amor tan español a las órdenes religiosas perdura en tí el cariño entrañable a los hijos del Cristo de la Edad Media, como una hijuela de gloria que recibiste de tus mayores y que te niegas a dejar perder.

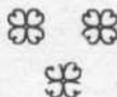
La historia de la santa casa franciscana, adscrita hoy a la Providencia de Cantabria, se resume en breves líneas: En 1763, acabada la nueva fábrica cuyos planos fueron trazados por un religioso dominico venido ex-profeso del convento de Atocha de Madrid, para ponerlos por obra, tomaron posesión del convento los misioneros quienes hicieron su entrada con gran concurso de gente. La comunidad hacía vida de mucha austeridad y oración, recorriendo sus miembros los pueblos en misión continua, con gran fruto de las almas. Hubo religiosos eminentes en Olite, entre ellos se recuerda al P. José de Areso, muerto el siglo pasado, en olor de santidad. El edificio conventual es amplio y bien ventilado y tiene una magnífica huerta cedida del real patrimonio en la parte que denominaban *El Jardín*, por el Rey Carlos III. La iglesia es suntuosa con su buena cúpula sobre el crucero, y en el convento se conservan algunos cuadros de mérito artístico, entre ellos un *Juicio Final* y una copia de *La Conversión de San Pablo* cuyo original atribuido a Rubens, existe en la colección de D. Lázaro Galdiano (Madrid). Existen además en la iglesia dos enterramientos uno de ellos muy notable, desde el punto de vista artístico...

El pueblo de Olite ha producido hombres eminentes bastando citar como muestra, al Ilmo. Sr. D. Cirilo Uriz prelado de gran ilustración y nobles iniciativas, el cual con tanto denuedo luchó para refrenar la impiedad política, en la época angustiosa de la revolución de Septiembre. Ocupó la sede episcopal de Pamplona, debiéndole esta ciudad la fundación de la Casa de misericordia que es obra de su caridad inagotable.

Los adelantos materiales concurren a hacer agradable la vida en este pueblo que cuenta con dos compañías de luz eléctrica, teniendo también aquí magnífico desarrollo el progreso social, impulsado por el modesto y ejemplar sacerdote que, gracias a tan levantadas empresas, ha conseguido universal renombre en España, D. Victoriano Flamarique. Gala de la santa laboriosidad de este hombre en la magnífica Caja rural, principio fontal de los flamantes y nuevos edificios que se llaman la gran Fábrica Marinera, el espléndido Círculo Católico y la magnífica Bodega Cooperativa, fundaciones que indican lo que puede la iniciativa particular, cuando la ayuda el celo desinteresado por el bien del prójimo, y que hacen con el bienestar que producen, que sea más verdad el dicho aquél sabido en toda España,

Olite y Tafalla
la flor de Navarra.

Esto, lectores míos, más que una población llena de humor, sanidad y alegría de la cual forman parte una mocina bulliciosa, una niñez garrida y sana, y una edad madura, rumbosa y decidora, esto es el pueblo de Olite en cuyo seno van a desarrollarse las escenas cuyo diseño en mala sazón, se me ocurrió confiar a mi pluma pecadora.



III

MONSIEUR FRANCOIS MUSNIER

Ni por un solo Dios se habían querido dejar conven- cer los españoles de comienzos del siglo XIX, de la lealtad de intención que animaba al gran Emperador de los franceses, cuando quitó el trono de España a la familia reinante y sentó en él a su muy amado hermano D. José Napoleón Bonaparte.

En vano fué que los españoles ilustrados avisasen a sus paisanos desde Bayona adonde habían acudido llamados por Napoleón, que el Emperador, al dar ese paso, sólo se proponía el mayor bien de la nación española cuya independencia sería respetada, cuyos usos y costumbres se mantendrían intactos y cuya religión sería puesta sobre las cabezas de todos, la del nuevo rey la primera. Tercos los españoles no quisieron dar oídos a tan prudentes consejos y de aquí resultó encenderse la guerra más cruel de cuantas han ensangrentado el suelo peninsular, teatro continuo durante los siglos, de bravas y descomunales peleas.

La noticia del sangriento motín del 2 de Mayo en Madrid, corrió como un reguero de pólvora por la península y no hay que decir si, en una tierra donde todos somos tan nuestros, querían quedarse las demás regiones por debajo de los madrileños, en punto a hacer

algo por el rey legítimo, dando en que entender a los franceses.

Aquí en Navarra donde fué lo de Roncesvalles y Noaín contra los de Francia, se armó el cisco padre—perdónese la frase—cuando se enteraron las gentes de lo que había pasado en Madrid y no se necesitaron partes del alcalde de Móstoles ni de nadie, para echarse al monte y comenzar a armar la gran tremolina en que tan mal les iba a ir a los vecinos de ultrapuertos. La inquietud pública llegó a tal extremo desde los comienzos de la popular revuelta, que el duque de Mahón, virrey de Navarra, se creyó en el caso de conminar a las corporaciones municipales,—según documento que se conserva en el archivo de Olite,—a que no se dejase partir del pueblo a ningún vecino que no fuese provisto del correspondiente pasaporte.

Antes de dar esta orden, el pobre virrey tronaba contra los malos y facinerosos cuyas inicuas tretas que tendían a soliviantar los ánimos contra el Gobierno establecido, habían logrado perturbar la pública quietud en éste, antes tan pacífico reino. Para apoyar las sabias medidas del virrey,—sobre todo en aquel año de 1811 en que, debido a lo mal que iban los asuntos de Napoleón vencido y deshonorado ya en Europa, se redoblaba por todas partes, el ardor de las guerrillas españolas, habían salido de Pamplona, acantonándose en los pueblos, diferentes destacamentos de tropas francesas.

Uno de estos destacamentos fué el que penetró en Olite la tarde en que empieza nuestra historia y estaba mandado por el bravo comandante Musnier, un *ex-sans-culotte* de la revolución, de cara fiera y más que malas entrañas. Pidió este aquella tarde al alcalde que le alojase la tropa, y con rudas y francas razones dichas medio en francés medio en castellano, manifestó a la primera autoridad del pueblo que confiaba en la sensatez de los habitantes que no intentarían nada contra las tro-

pas de su mando, amenazando en caso contrario, con hacer un escarmiento, del que quedase perdurable memoria en Olite. Prevínole además que para las diez del día siguiente, le había de tener dispuestas 400 raciones de pan, otras tantas de vino, 300 de carne fresca y 100 de forraje y avena para los caballos.

El alcalde D. Blás Armendáriz contestó que sería servido Su Excelencia con la mejor voluntad; que en punto a raciones, aunque el pueblo estaba muy esquilado por las continuas peticiones que en igual sentido, le dirigían los jefes de destacamentos de los pueblos vecinos y a los que se veía precisado a satisfacer; pero que apesar de todo se haría lo que se pudiese en el presente caso con la mayor prontitud, y que tocante a la cuestión del alojamiento, se dignase el Sr. Comandante concederle algún tiempo para disponer la lista de los vecinos que debían hospedar a la tropa.

El que a la luz del crepúsculo que aún duraba, hubiese entonces examinado el tipo y porte del bravo Musnier, hubiera comprendido al momento, la imprudencia que supondría en cualquiera el oponerse a sus mandatos. Era el oficial de cara morena y borrascosa y llevaba contra la moda de entonces, un mostacho tan descomunal, que cogiendo las dos guías, hubiera podido colgárselas en las respectivas orejas, como las varillas de unas antiparras. Tenía encasquetada en la cabeza una enorme gorra de pelo la cual bien tendría su media vara de larga, y de la cintura le pendía un chafarote curvo que debió pertenecer a algún jefe beduino de los muertos por los franceses en la batalla de las Pirámides. Su voz era de un tono áspero y desabrido y cuando hablaba con el alcalde de Olite, sus frases salían rotas con brusquedad como si cortase las palabras con los dientes. Hablaba siempre atusándose el bigote y hacía esta operación con tanto cariño y esmero, que parecía ser aquel bosque de pelos la morada de la ninfa Egeria que inspiraba sus palabras.

Por lo demás tenía fama de oficial inteligente y corríase entre sus soldados, que el emperador le apreciaba mucho.

Después de una hora de espera, las órdenes de Musnier tocante al alojamiento de la tropa quedaron cumplidas y el señor alcalde, como muestra de especial deferencia, manifestó al Sr. Comandante que se dignase aceptar para su alojamiento, aquel y los días sucesivos, la propia casa de D. Blás, ofrecimiento que al bravo Musnier cayó muy bien, siendo inmediatamente aceptado.

Aquella noche, en la casa solariega de D. Javier de Iracheta, se examinaba la situación por los tres amigos a quienes sorprendió la entrada de los franceses en la ciudad, a su vuelta del ordinario paseo. La conferencia tenía lugar en una salona ancha y desmantelada sin más mueblaje que una mesa y a su alrededor unos cuantos sillones de suspendido cuero, claveteado con tachuelas de descomunal y reluciente cabeza. Una galería de venerables retratos debidos al pincel de buenos artistas y representando a ilustres personajes de la casa de Mendinueta, asistían silenciosos al conversar de los tres amigos.

El que llevaba la voz cantante en la conversación, era el dómine, el cual sacudía además fuertes porrazos en la mesa para dar mayor autoridad a sus razones. A cada párrafo, tronando como contra Murat o el débil Carlos IV, el buen D. Antonio golpeaba las tablas del viejo mueble, como si fuese éste uno de sus discípulos que por traer mal sabida la lección, se hubiese hecho acreedor a un centenar de palmetazos. El Sr. Eraul tenía además la manía de hallar detestable todo lo que hacían las generaciones jóvenes y decía que con los hombres que se batieron con el general Ricardos contra los revolucionarios franceses,—D. Antonio tenía ya entences bastantes años para no figurar en la campaña del

Rosellón, ni siquiera en el ejército de observación del Bidasoa,—habían terminado los arrestos de la España guerrera.

Y añadía.—Esto es una vergüenza (*porrazo*). Si los españoles de hoy tuviesen agallas, no andarían los franceses paseándose por España con las plazas fuertes tomadas por sorpresa, como pasó en Barcelona donde se la jugaron al cobarde Ezpeleta, navarro para mayor deshonra! No: lo que es si los jóvenes oyesen mis consejos yo les propondría organizarse inmediatamente en partidas y salir al campo a combatir sin tregua hasta echar de España esta gentuza.

—Oiga V. D. Antonio, apuntó entonces el Padre. Por qué no organiza V. un batallón literario con sus discípulos, y sale al frente de ellos, a pelear contra los franceses?

—No crea V. que no se me ha ocurrido, Padre Morrás. Procuero excitar el fuego del patriotismo en mis discípulos.

—Bueno; pero luego que no pase que mientras los chicos se abrasan en ese fuego, el maestro se queda muy atrás adonde no se siente el menor calor. De tratar de poner el cascabel al gato, conviene hablar con el ejemplo, estando preparado a ponérsele uno por sí mismo.

—Ya sabe V. bien, que en mí no hay madera para hacer capitanes Araña, que despues de embarcar a la gente se quedaban ellos en tierra. Más tiro a Mucio Escévola que a eso (*porrazo*). Veremos al batallón literario por los campos de Navarra y verá usted al capitán de la hueste, que no ha de ser otro que el que está hablandò, levantar al aire un estandarte donde brillen estas palabras: *¡Væ tyrannis Hispaniæ!*

—No se lo va a entender a V. nadie. Mejor es que ponga V. una leyenda en castellano que diga: De orden del batallón literario mandado por el bravo profesor don

Antonio Eraul, queda prohibido el paso a los franceses.

Como se ve, el Padre tomaba a broma las alharacas bélicas de D. Antonio. Esto exasperó al dómine que le dijo:

—Usted, Padre Morrás, echa a broma que yo hable de pelear en campo abierto. Como vé V. está pernila mía tan apocada se imagina V. que el espíritu está al consonante con el cuerpo y que un hombre como yo, gastado por los años y las privaciones, no es capaz de acudir al llamamiento de la Patria oprimida, haciendo en el campo del honor lo que sea necesario para librar a España de la opresión en que gime. La permanencia de los franceses entre nosotros, es un peligro, P.Morrás, no solo para las vidas y haciendas, sino para la futura tranquilidad de la oración, que hemos de ver constantemente perturbada por las doctrinas filosóficas—esto lo dijo pensando en el noble—y revolucionarias que sus tropas esparcen.

—En eso, D. Antonio, tiene V. más razón que un santo, aunque ya esa obra de demolición de que V. habla, la han iniciado entre nosotros, las sociedades de Amigos del Pais pongo por caso, y dicho sea con perdón de nuestro caro amigo D. Javier, que ya sabemos que pertenece a una.

Callaba el noble a pesar de las chinitas que le lanzaban los compadres, hasta que al fin y como quien arroja un gran peso de sí, dijo con cierto laconismo:

—La verdad es, dejando todas esas minucias y chistes a un lado, que hemos estado durante años sin gobierno, entregados a los caprichos de un favorito incapaz, y el pueblo palpa ahora las consecuencias de haber entronizado a los plebeyos en los Reales Consejos, dejando en el olvido a la nobleza que es la llamada por ley natural, a gobernar los estados.

Esto de que la nobleza tenía el derecho inalienable de dirigir a los pueblos, era un dogma tan infalible para

el Sr. Iracheta, que en su concepto, cualquiera innovación que intentase desde el gobierno un ministro sin pergaminos, estaba condenada al fracaso por ley inevitable de la naturaleza.

El buen señor vivía tan prendado de sus ejecutorias, que por nada del mundo, consentiría en rebajarse a oficios plebeyos indignos de su alcurnia y en su casa, se sabían de memoria tanto él como su mayorazgo, el segundón y dos hijas que tenía los nombres de sus antepasados ilustres que conservaban en un libro de pergamino cuajado de leyendas y blasones, con muchas y artísticas miniaturas. D. Javier se vestía muy bien y era frecuente verle a solas por los caminos con su peluca empolvada, zapato bajo, calzón corto reteniendo la estirada media y un casacón de color encarnado, con galones en las bocamangas.

Por cierto que este casacón estuvo un día, a punto de costarle un disgusto. Bajaba el buen señor por la cuesta que llaman de *la Feria*, cuando un buey bravo que pastaba en aquellas heredades, atraído por los matices chillones de la prenda, echóse a correr tras del magnate, el cual tuvo que descomponer bastante su dignidad, chapoteando por charcos y barrizales, para ponerse a salvo del cornúpeto.

En lo demás era D. Javier hombre muy mesurado y prudente, vivía con gran parsimonia y era atrayente en su trato y afable en la conversación. Aquella noche estaba algo moleestado por la afección al estómago que padecía y por eso apenas tomaba parte en la charla de los amigos, circunstancia que aprovechaba el dómine para dar rienda suelta a su locuacidad salpicada de interjecciones y palmetazos en la mesa. El fraile tampoco manifestaba humor para sacar a relucir sus gracias y chascarrillos, así que el profesor se espació a su gusto, exponiendo un plan completo para levantarse en armas contra el invasor. Apoyándose en las divisiones de un mapa

imaginario, iba señalando los puntos desde donde podría tenerse en jaque a las tropas francesas, una vez verificado el levantamiento en masa del país.

Sin otra ayuda que los recursos de su imaginación, resolvió en un periquete, el bueno del dómine, el problema de la liberación de España, con tanta exactitud y método, que hubiera dado que pensar al mismo Napoleón si éste hubiese oído las explicaciones del improvisado estratega.

—En fin, tanto dijo y manoteó, que los dos amigos, arrullados por la cadencia de sus incisivos y palmadas, concluyeron por decir que si repetidamente con la cabeza, cediendo al par que a la elocuencia del orador a las caricias de el sueño. Visto el sesgo que tomaba la conferencia con la intervención de este tercer personaje el amo de la casa levantó la sesión, al tiempo que en la torre del ayuntamiento sonaban graves y solemnes, las campanadas de *la queda*.

En atención, como ya antes dijimos, a que no era prudente que el fraile volviese al convento, estando la población ocupada por los ateos franceses, le señaló D. Javier cama en un aposento cercano a la sala y mandó a una quintañona que tenía de criada que alumbrase por las escaleras a D. Antonio hasta la puerta de la calle.

El dómine después de despedirse con un ¡buenas noches nos dé Dios!, bajó y se coló en su casa sin pararse a examinar el estado del vecindario y viendo cerca los chuzos de los serenos que comenzaban a cantar la hora, pues eran las diez de la noche. Al poner el pie en la escalera de su domicilio, oyó arriba en la cocina, una conversación, parte en francés y parte en castellano, de donde coligió que tenía soldados alojados. El dómine se propuso observar la mayor corrección con sus huéspedes que por otra parte, una vez que cambió con ellos los respectivos saludos no le parecieron gente mala.

Por el plan de combate que había trazado momentos

antes, en casa de D. Javier, le dió entonces tanto en que pensar, que pasó toda la noche en vela por miedo a que soñando alto, se enterasen los franceses que dormían tabique en medio y le jugasen una mala partida.



DE COMO Mr. MUSNIER PRONUNCIÓ UN DISCURSO EN FRANCÉS QUE NO LE ENTENDIÓ NADIE

Los franceses que se habían alojado en casa del respetable D. Antonio Eraul, eran dos oficiales muy camaradas del comandante Musnier y hombres de alguna finura y buen trato social. El alguacil encargado del alojamiento había tenido la delicadeza de distribuir la oficialidad entre las familias de más viso y a esta circunstancia se debió el que tuviese nuestro dómine, muy reputado en Olite, la distinción algo molesta para su fervor patriótico, de albergar en su casa, gente selecta del destacamento francés de ocupación. Cuando, pues, a la mañana siguiente, despues de componerse un poco, se enfrentó el dómine con sus huéspedes, hallóse con dos reales mozos rubios y muy corteses que hablaban con mucha zalamería, y le tendían las manos para saludar afectuosamente a *monsieur Antoine*.

El maestro correspondió a aquellos cumplimientos con la mayor corrección y guardó muy oculta en su pecho, la antipatía que profesaba al Rey José y a sus bizarros sostenedores. Además encargó muy encarecidamente a todos los de su casa, que excusasen hablar delante de los alojados, de nada que se rozase con los asuntos públicos de España.

D. Antonio sabía muy bien las represalias que tomaban los franceses contra todo español que se propasase a manifestar descontento por el cambio de situación, y no quería exponer su casa y persona a un accidente desagradable. No estaba el tiempo para bromas y desahogos patrióticos y oratorios.

Pero si a D. Antonio le fué menos mal con sus huéspedes, en cambio las comadres de Olite a quienes tocó alojar en su casa, como si dijéramos, la militar plebe, pusieron el grito en el cielo, cuando se percataron al día siguiente; ésta, de la falta de un par de longanizas con que habían arramblado los franceses; aquella del robo de los huevos frescos que guardaba en la alacena, mientras la de más allá echaba ternos porque se había visto precisada a hacer dormir a sus dos hijas en el cuarto del matrimonio, ante el temor de algún atropello por parte de aquellos desalmados.

—¿Pero, has visto que calamidad nos ha caído en Olite? Para qué nos habrán metido en el pueblo que no piensa en moverse, a esta canalla de renegaos, gritaba desde su balcón la señá Crispa mientras sus huéspedes de la noche marchaban en dirección a la plaza, llevando a guisa de trofeo, dos pedazos de tocino que habían hurtado a la dueña, clavados en las respectivas bayonetas.

—Mira los muy pendones y como van privados con lo que contra toda justicia, me han quitado. Siquiá se les volviese solimán y reventasen con ello.

—Calla, chica, calla; decía desde la ventana de enfrente la comadre Juanaza una quintañona que asomaba su estampa rebozada en un mantón, a pesar de ser el tiempo más caluroso del año. ¿Pues qué dirás del estropicio que me han hecho a mí, quitándome tres mantas con achaque de que les han de hacer falta cuando lleguen los fríos? Milagro que no se les ha ocurrido quitarme también el mantón que llevo puesto, pretext-

tando que lo necesitaba en Francia su señora madre.

La Juanaza quería tanto a su mantón que no se hallaba sin él y encontraba placer sumo en envolver su cuerpo bastante robusto con aquella prenda cuya sola vista hubiese hecho temblar a persona de menos carnes. Era, en efecto, el dicho mantón un abrigo excelente y entre el fleco y la parte superior llevaba dos o tres filas de puntos salientes, como berrugas en la piel de un jayán negro.

Tenemos que advertir a los lectores, que nuestra amiga, la Juanaza, tenía la propiedad de hablar con cierta finura y elegancia, como persona que era de algunos haberes y de cierta educación. Así que por nada del mundo hubiera ella incurrido en los barbarismos que usa el vulgo; tales como pronunciar *hai dicho* en lugar de *he dicho*; *prau* en lugar de *prado* etc. La Juanaza decía muy finamente; *he tenido el placer*; *hágame V. la bondad*, etc., y otras frases que ya habían pasado la frontera, con harta mengua del idioma de Castilla, y además solía emplear constantemente un dicho que constituía la burla de las vecinas y era objeto de las continuas cavilaciones del marido de la Crispa, el cual muy cerrado de mollera, se devanaba los sesos pensando que querría decir la señora Juana con aquella frase que repetía tanto. Esta frase era: *Juro que esto no ha de quedar impune*; y solíala decir siempre que relataba algún maleficio o simplemente, tanto era el cariño que había cobrado a esa expresión, que el gato la hubiese volcado el puchero, o que una gallina se la subiera a los cuartos de arriba. En todos estos casos la Juanaza decía muy gravemente: *No; esto no ha de quedar impune*.

Como ya hemos dicho, gozaba la comadre de cierta posición bastante desahogada, por eso al enterarse ahora de que los principales riques del pueblo se habían quedado con los oficiales y a ella le habían alojado soldados simples y rasos, puso el grito en el cielo y volvió

a exclamar una vez más que aquello no iba a quedar impune.

Y con ese maligno placer que sienten los españoles al hablar mal de la autoridad, siguió pegando la hebra con la señá Crispa, poniendo al Alcalde como chupa de dómine y conste que no lo decimos por el de Olite, que no la gastaba.

—A buen seguro que el señor Alcalde decía de Juana, se habrá quedado esta noche en su casa bien ancho, sin ningún alojado, mientras los vecinos hemos tenido que aguantar cada uno nuestra pareja.

—Calla, chica, calla, no me mientes al Alcalde, porque es cosa que no sirve ni siquiera para mandar un hato de borregos. Si él tuviese barbas, ya se hubiera amañado para hacer saber al mandón de estos hombres que no éramos en Olite gente que les permitiesen *salirsén* con la suya, dejándoles robar a diestro y a siniestro. Pero qué arrestos ni qué nada va a tener un hombre que varias veces se ha tenido que meter más que a prisa en el *logaril* perseguido por la mocina?

—Está visto, habla la Juana, que ese no sirve más que para entendérselas con los infelices, como ha hecho con el pobre *zaurin* de Albaizar que lo metió en la cárcel por sí y ante sí, y porque aquí nadie manda más que yo.

—¿Qué, le han metido preso al curandero? Un hombre que dicen que ha hecho tanto bien.

—Pues ahí verás.

—Si dicen que ese hombre ha curado enfermedades del corazón que no entendían los físicos y que sabe y ve las cosas que pasan a una legua de distancia o están, un metro bajo tierra.

Pues antesdeayer lo llamaron a casa del Pinto a que curase al hijo que le había mordido no se que alimaña y lo mismo fué llegar que encarársele el Alcalde y decirle: Oiga usted, buen hombre, yo seré lo que quiera menos amigo de supercherías y engaños. En mi pueblo

no cura nadie más que el médico, y usted para escarmiento de los de su oficio va a ir ahora mismo con sus bizmas y porquerías al calabozo.

¡Vamos! ¿has visto animal de hombre? Y luego dicen que es tan fino y que sabe tanta filosofía o como llaman eso? No creer en una cosa como esa que se está viendo todos los días, de hombres que nacen el 25 de Diciembre a media noche y traen esas gracias del cielo.

Convengamos, lectores amigos, en que el Sr. Alcalde de Olite, por más que dijese las comadres, hizo muy rebien al emplumar al pícaro ejemplar de toda aquella caterva de *saludadores* zahoríes, curanderos etc., que conocían la rabia, sabían donde estaban los tesoros, y pegaban cada bizma a los cuerpos de nuestros crédulos abuelos, que sin otra enfermedad se iban a la sepultura.

Todavía en el siglo de las luces abundan los consímiles del pájaro enjaulado por la justiciera vara de alcalde de D. Blas Armendáriz y todavía en estos pueblos tan azotados antaño por la superstición, se topa con hombrecillos gnomos que llevan en sus mugrientas alforjas específicos sacados de sapos y culebras en cuya eficacia creen personas de tanto viso como la Juanaza de nuestro cuento.

Siguió esta danzando dicerios contra el Alcalde, poseida de la mayor indignación, como si el zahorí arrestado fuese su pariente próximo, y después de pronunciar su frase favorita: Esto no ha de quedar impune, siguió diciendo:

—Vamos! Has visto alcaldada y *chandrio*? Si ese nombre no es más que...

—*Un cuto revulcau*, la atajó la seña Crispa, la cual, como ya dejamos insinuado, estaba siempre en su centro hablando mal del alcalde. Pero no se vaya a creer que la razón de la saña que la Crispa sentía contra la primera autoridad del municipio, estribaba como la de

la buena Juana, en la comisión de tal o cual alcaldada, no; la señora tenía razones más hondas para sentir mal y hablar peor, del señor Alcalde. Entre la Crispa y el buen señor, habían mediado no sé que dimes y diretes con motivo de un puesto de fruta y hortaliza que la primera tenía en la plaza pública de la ciudad. Parece ser que la Crispa usaba algunas pesas y medidas que no se ajustaban a los patrones del Municipio y, como entonces los ayuntamientos, más celosos que los de ahora, ejercían mucha vigilancia sobre estas minucias tan importantes en la vida de los pueblos, hubo un día en que el alcalde llamó a cuentas a la vendedora y entonces se armó la gorda.

La vendedora se subió a la parra y el buen D. Blas que siempre fué un merengue, tuviese o no la vara entre las manos, hubo de resignarse a oír la perorata de la verdulera en la que sin ningún miramiento a su cargo, le puso ésta de *montón de fiemo, sin provecho* etc., que no quedaba por donde cogerle.

Desde entonces para la señá Crispa no fué otra cosa el Alcalde que un vainilla y un pintamonas, llenándose la vieja de maligno regocijo siempre que oía hablar mal de él, y añadiendo algo de su cosecha a las críticas de los maldicientes. Así, en la presente ocasión, la Crispa dió por averiguado y tres más, que el señor Alcalde, lejos de haber hospedado en su casa a ningún francés, y se las compondría de modo que además de librarse de esta pecha, se quedase con algo de lo que se había de aprontar para racionar al destacamento.

El lector sabe muy bien cuanto la erraban tanto la señá Crispa como la Juanaza al colgar al Sr. Alcalde tal exención de las molestias que el alojamiento imponía a todos los vecinos. Harto tenía que hacer el pobre Don Blas, con atender, sin marearse, a las peticiones que de todas partes le dirigían los jefes de destacamentos, exigiéndole imperiosamente raciones y más raciones, ca-

rros y bagajes para los franceses, todo bajo la amenaza de pasar a ejecutar la orden por la fuerza, si no se aprontaban las cosas en el término señalado.

Entre los legajos del archivo municipal de Olite, correspondiente a los años 1807 hasta el 14, existen innumerables documentos que dan una idea de lo que tuvieron que sufrir este pueblo y los de su merindad, para llenar aquél tonel de las Danaides que se llamaba ejército francés de ocupación.

El veredero (1) del Ayuntamiento no daba reposo a los pies, recorriendo constantemente los pueblos circunvecinos, haciendo saber a las respectivas autoridades lo que las tocaba aprontar para el suministro de la tropa. Los comandantes franceses no se paraban en barras y con la misma facilidad pedían vacas, carneros, raciones, paja y cebada, etc., como si las reses brotasen de la tierra y estuviesen por acá los graneros de Egipto colmados durante los años de las vacas gordas. Había en Caparroso un Mr. Roger, Comisario de Guerra que era el encargado de poner el visto bueno a los oficios en que los alcaldes daban cuenta de la ejecución de las órdenes de los comandantes. La firma de este descendiente de los procónsules, extendida al pie de los documentos, parece indicar la satisfacción que experimentaba, al ver la prontitud con que los pueblos socorrían a los soldados del Emperador. Los alcaldes y municipales sabían por su parte, cuanto les importaba sacar las provisiones que se les exigían con la boca del fusil apuntada a su pecho.

Aquella mañana de nuestra narración, en la plaza mayor de Olite, se racionaba a los hombres de Musnier con las raciones anteriormente señaladas. La gente asistía llena de curiosidad al acto, y los *muetes* (2) y la gente

(1) Funcionario municipal encargado de llevar los oficios del Ayuntamiento a los pueblos de la jurisdicción.

(2) Muetes.

madura contemplaban el arreo y facha de aquellos hombres curtidos por el sol de diferentes climas y que se habían batido por la gloria de su patria, en los campos de batalla más famosos de Europa.

Musnier presidía el acto, teniendo a su derecha al alcalde, y sea que las atenciones de éste le hubiesen ganado el ánimo, sea que la vista de la refacción que el ayuntamiento había prevenido para su gente, le llenase de contento, lo cierto es que se mostraba muy complacido. Hasta se dignó, aconsejado, según se cree, por el propio D. Blas, reprender a los soldados que se habían presentado en la plaza, con las rapiñas de la noche, ordenándoles que las devolviesen inmediatamente a sus dueños.

Así pudo recobrar la señá Crispa, gracias a las gestiones de su irreconciliable enemigo, los pedazos de tocino que le habían hurtado y la Juanaza recobró por el mismo medio sus tres mantas, si bien emocionada por el acto de generosidad de los soldados y apesar de sus amenazas de que aquello no había de quedar impune, les regaló una a cada uno para que se abrigasen en tiempo de frío.

A la hora de comenzada, se terminó la función del aprovisionamiento y queriendo entonces Musnier manifestar al pueblo la satisfacción con que había visto el correcto proceder de sus ediles, se adelantó a las filas de sus soldados y pronunció un breve discurso de gracias. En él manifestó al pueblo que sus intenciones no eran hostiles hacia Olite ni hacia España; que únicamente querían los franceses el afianzamiento del rey José en el trono para hacer la felicidad de los españoles, y que continuando la buena armonía y amistad que se había entablado entre sus tropas y el pueblo, esperaba que todo marcharía bien, garantizando él, Musnier, el mejor comportamiento por parte de sus soldados.

Todo esto lo dijo moviendo mucho las manos que

se llevaba con frecuencia, según costumbre, al enorme bigotazo, sin cuyo contacto y roce, no era capaz, por lo visto, de decir dos párrafos seguidos. Además el comandante usó para su perorata la lengua oficial de Francia, con lo que ya está dicho que el respetable público español se quedó completamente en ayunas, sin saber qué clase de razones eran las que el *franchute* ensartaba con tanto aparato.

—¿Qué diablos ha dicho ese tío?, exclamaban las gentes, desfilando hacia las respectivas viviendas.

—¿Qué va a decir?, contestaba la señá Crispa que atraída por la novedad, había acudido también a la plaza; que queramos a Pepe Botellas y les demos ración todos los días.

—De plomo se la daremos y aun se la meteremos de golpe en el cuerpo para ahorrarles el trabajo de mascarla, dijo entonces con voz ronca un hombre entrado en años que había presenciado el racionamiento medio oculto en un rincón que formaban dos casas. Aquel hombre era un jayán de recia estampa y fiera catadura y al pronunciar las frases que anteceden, las decía apretando los puños y mirando con ojos de ira a Musnier y los suyos.

Estaba muy a mal con los franceses porque éstos tenían encarcelado por patriota a un hijo suyo, a quien retenían en la ciudadela de Pamplona, bajo amenaza de fusilarlo si la partida a que había pertenecido, se permitía algún otro golpe. El padre quería ver si por medios blandos lograba que soltasen a su hijo para echarse los dos al campo y armarles la de San Quintín a los franceses. En Olite tenía fama este hombre de patriota exaltado. Llamábase León Cirauqui y de apodo *Boquica*.

QUE EL P. MORRAS ERA MUY BUSCADO PARA COMPONER DIFERENCIAS]

Como el asunto de la ocupación de Olite por los franceses parece que no tenía viso de pasar a mayores, se resolvió por fin, el P. Angel Morrás a abandonar la casa de su caro amigo, donde el temor le había obligado a pernoctar, encaminándose al convento. Nada observó en la ciudad que indicase inquietud o estado de excitación en la gente y así llegó sin otra novedad, a la portería de San Francisco. En el claustro bajo, halló alojada una partida de soldados que tampoco, contra la costumbre observada por los franceses en aquella guerra, se habían propasado a exceso alguno.

—Estos no son franceses, pensaba el bueno del Padre, mientras se dirigía a la celda guardiana a recibir la bendición y dar cuenta al superior de su arribo, sano y salvo a la casa religiosa. El P. Guardián le recibió muy complaciente, manifestándole a su vez, que fuera de la natural molestia de tener que hospedar soldados en el claustro, nada de particular había ocurrido, observando los franceses mucha corrección en todo.

—Bueno: ojo al Cristo, dijo para su hábito el Padre, y vivamos prevenidos que, aunque manso de presente, el enemigo es enemigo.

El P. Angel Morrás era muy apreciado por sus hermanos de comunidad y no era menor la estimación que le profesaban los paisanos de Olite. Por sus dotes de gran predicador, estaba muy conceptuado en los pueblos de la Ribera donde gustaban mucho sus sermones dichos en estilo popular y salpimentados de agudezas y ejemplos.

Los pueblos recordaban hasta hace poco, el simil aquel del vaso de agua que una vez derramado, no puede recogerse, con el cual explicaba el Padre lo difícil que se hace devolver por entero la fama al prójimo a quien una vez se ha infamado. En cierto sermón famoso que predicó a no recordamos qué cofradía, repitió el Padre con mucho énfasis tres o cuatro veces, refiriéndose al sacramento de la Penitencia que tenía él, el P. Morrás, cierta lección con que las almas quedaban tan blancas como la nieve, y a esa comparación debió el misionero el apodo de «Padre Legía» con que también era conocido entre sus admiradores.

Como buen fraile francisco, de quienes se dijo antaño que tenían como característica el ser consumados latinos, dominaba a la perfección, el P. Angel la lengua del Lacio, sabiendo además infinidad de chistes y adivinanzas gramaticales, tales como: *Ore mus est farinam. Tu comes per nihil etc.* con las que volvía tarumba al dómine su compadre.

Para la conversación tenía un arsenal de chistes y malicias de buen género que hacían desternillar de risa a los padres curas, cuando el franciscano, después de cumplir los deberes misioneros que le llevaban a los pueblos, dedicaba un largo rato a la sobremesa, antes de entregarse al descanso.

—¿A que no sabe V. D. Tomás, lo que le pasó a un fraile que solía ir todos los días a comer a casa de un amigo?

—V. dirá, P. Morrás.

—Pues pasó, que el fraile era muy dado a astronomías y ciencias exactas, y encarándose aquel día con el anfitrión, antes de sentarse a la mesa le dijo: Oiga V. amigo, ¿cuánto tiempo le parece que tardaría en llegar a la tierra un hombre que cayese desde la luna? El amigo que estaba harto de soportar al gorrón, el cual invariablemente estaba en su refectorio a las once y media todos los días, le contestó: Pues como fuese V. el que caía desde ese astro, yo le aseguro que si comenzaba a caer a las once, para las once y media, ya estaba sentado a esta mesa.

Otras veces si salían de paseo y atravesaban por un puente, el P. Angel sacaba este chascarrillo. Pasaba un aragonés por cierto pueblo donde acababan de construir un puente. Estaban celebrando los vecinos con las autoridades, la inauguración de la obra, cuando el que la había dirigido tuvo la ocurrencia de preguntar al aragonés, qué le parecía de aquel puente y en cuál de sus detalles y pormenores encontraba más que admirar. El baturro después de alabar la solidez, altura y otras cualidades, concluyó, dirigiéndose al arquitecto: Pero para mí, señor ingeniero, lo más admirable de este puente es la buena idea que V. ha tenido de echarle de orilla a orilla, porque si se le ocurre a V. tenderle a lo largo del río, es cosa que se muere V. de viejo y no lo ve acabado.

Con estos cuentos y chistes el Padre tenía en continua risa a sus interlocutores hasta el punto de que no había tristeza donde él se encontraba.

Pero, fuera de esto, el P. Morrás era un alma de Dios, sumamente caritativo y afable sobre todo en el confesonario, hasta el punto de que los habitantes de los pueblos más bravos de Navarra, andaban leguas a pie, cuando venía el cumplimiento pascual, para confesarse con el franciscano. Y él que era tan expansivo con los conocidos, cuando trataba con gente extraña

medía tanto sus palabras, que pudiera comparársele a esos escritores modernistas que ponen el mérito de sus obras en la mayor economía de los vocablos, como si estos faltasen al idioma.

El P. Angel andaba siempre a pie, modo de caminar muy conforme al espíritu de la Orden franciscana la cual es, en opinión de un escritor algo Volteriano, la infantería de las órdenes religiosas.

Moraba muy a su placer, desde hacía bastantes años, en este colegio de Misioneros de Olite y no hubiera cambiado, salvo que se impusiese la obediencia la humildad de su retiro, por el cargo más encumbrado de la Orden.

El carácter campechano de los riberos que tan bien se armonizaba con el suyo, le gustaba mucho y era frecuente ver al Padre, la tarde que no paseaba con sus amigos, echar un párrafo con los labriegos, iluminándose ante las ingenuidades de estos, su rostro ancho y bondadoso, coronado por un gorro redondo de sayal que parecía, mejorando lo presente, una marmita boca abajo.

Aquel gorro era tan inseparable de su cabeza que no concebía ésta sin aquél, llegando a sospechar algunos maliciosos que el Padre Lejía no se despojaba de semejante prenda, por lo muy fumador que era y llevar dentro de su circunferencia la munición necesaria para alimentar la pipa.

El Padre era el preste obligado en las grandes solemnidades y había que verle singularmente en la clásica fiesta que entonces se celebraba en San Francisco, la noche de Navidad, con asistencia del ayuntamiento y gran concurso del pueblo. Los ediles concurrían vestidos con la clásica *golilla* aquella vestimenta honorable que tanto viso daba a las Justicias españolas y que hogaño está harto mal suplida con el frac y la chistera, acompañando al ayuntamiento su macero y los ministriles toca-

dos con puntiagudos tricornios. Después de celebrada la misa del gallo que tenía indefectiblemente el P. Morrás, descendía de la cúpula, pendiente de larga cuerda una especie de alcachofa artificial, la cual merced a un ingenioso mecanismo, al llegar cerca del suelo se abría en dos mitades, dejando ver en su centro al Divino Infante reclinado en preciosa cuna.

Los pastores del pueblo previamente invitados, comenzaban entonces una danza original en torno al niño Jesús, símbolo de la alegría que experimentaron sus hermanos de Belén al presenciar el misterio que salvó a los hombres, y concluía la fiesta adorando todos al niño, comenzando por los pastores los cuales se marchaban desde allí, ya comenzada la pascua y cesada la abstinencia, a comer la *sopa-cana* hecha de pan y adobada con sebo de capón.

Pero dejemos estas costumbres patriarcales que murieron con las viejas generaciones españolas y sigamos nuestro cuento. Aquel día que nos ocupa, disponíase el P. Morrás, después de decir misa, a aprenderse un sermón nuevo que había de predicarles a los *apóstoles* (1) a su vuelta de Ujué el día de Pentecostés, cuando le fué anunciada una visita en la portería.

Como el Padre era el amigable componedor de todos los líos, trampantojos y enredos de la localidad, la gente acudía a él con la mayor confianza, seguros todos de llevar, después del regaño inaugural por haberle hecho interrumpir al misionero sus perentorias ocupaciones, el arreglo de la correspondiente quisicosa.

Aquel día no era otra la que le llamaba al Padre que la *señá Crispa*, su devota y penitente, con la cual estaba sin embargo, a matar el franciscano por lo *parlanchina* que era, sobre todo en la iglesia, cosa que

(1) Grupo de doce individuos que siguiendo tradicional costumbre, van en romería a Ujué por pascua de Pentecostés.

siendo, como se ve, una profanación, la consideraba el Padre completamente imperdonable. La señá Crispa que allá se andaba en años con su confesor, por más que ella no lo quisiese saber, tenía el marido tan borracho, que continuamente andaba hecho un pellejo, siendo el martirio de su mujer y la diversión de los chiquillos, los cuales se entretenían en tirarle piedras y silbarle, cuando, conforme a su mala costumbre, se paraba en la calle, a sorber un trago del jarro de a pinta que había de servir para la colación del matrimonio.

El Carape que por este nombre era conocido el marido de la Crispa, iba a la taberna, encargado de llevar solo media pinta, pero hacía echar una entera, manifestando al tabernero que la ración era para la Crispa y para él, siendo verdad que a la Crispa no la llevaba muchas veces más que el cacharro. Así tomaba cada chispa que era frecuente verle haciendo eses por la calle, fascinado por ese fenómeno que hace que los borrachos se imaginen que andan todas las cosas al retortero y que hay dos o más candiles donde en realidad no hay ninguno, ni asomo de luz siquiera. Cuando el Carape se hallaba en ese estado que han considerado como el colmo de la felicidad, los bohemios de todos los tiempos y naciones, se le oía cantar con voz ronquilla:

Cuando se emborracha un pobre
dicen todos: Borrachón;
cuando se emborracha un rico
¡qué alegrillo está el señor!

Aquel día, pues, venía la Crispa resuelta a pedir al Padre que quisiese intervenir, para poner término de una vez a tan mala situación, llamando al *Carape* y echándole una buena reprimenda. Quería además que el fraile mediase con el alcalde para que le quitase los dos alojados franceses que tenía, porque dada la mania incurable de su marido, cuando estaba privado, de ar-

mar camorra, aunque fuese con el lucero del alba, temía no la tramase con los franceses y hubiese en su casa una catástrofe. Para esto nada más había la Crispa dejado su casa y llaniado al Padre.

El cual entraba ya, en el recibidor con cara de basilisco, rumiando los sustanciosos párrafos del elegante sermón cuyo estudio, tan a su pesar, se había visto precisado a interrumpir.

—Qué pasa? Qué mal viento te trae por aquí?, rompió el Padre, tomando asiento.

—Pues venía, dijo la Crispa carraspeando... me he permitido molestarle.

—Y que lo digas... Para vosotros ha de ser uno como la mesilla del turrón que anda en todas partes, o como el perejil que entra en todas las salsas. Tiene uno el tiempo medido y nada... hay que dejar las ocupaciones porque a la señora tal o cual se le ha roto una... el P. Morrás iba a decir tripa, pero considerando lo inconveniente de la frase, se paró y dijo: Precisamente he comenzado ahora a estudiar un sermón nuevo que ha de dejar tamañitos a los que llevo predicados hasta el presente.

—Para cuándo? Para el domingo?, apuntó la devota que sabía ser el mejor medio para ganarse al Padre, hablarle de su tema favorito, los sermones.

—No; es para el día de Pentecostés y lo he de predicar en Santa María, a la vuelta de Ujué con los apóstoles.

—Ya tendremos el gusto de oírle a V. aunque desde ahora se puede decir que estará V. como siempre, muy bien.

—Vaya; déjame de flores, dijo el Padre a quien no supo mal la alabanza de la señora. Bien, Crispa; vamos al grano. Qué es lo que te trae por aquí? Cosas de Francisco de Paula como si lo viese. El Padre llamaba siempre así al marido de la Crispa, pues le gustaba distinguir

entre los varios santos que han llevado ese nombre para hacer saber a todos que el que le había estrenado en el mundo era nuestro glorioso Padre San Francisco de Asis.

Por lo demás, lo que menos le llamaba nadie al marido de la Crispa era Francisco de Paula; pues todo el mundo le conocía con el nombre de Francho el Chispo que la gente solía pronunciar como si fuese una sola palabra en esta forma: *Francholchispo* y más vulgarmente le conocían y celebraban todos por el remoquete de *Carape*.

—¡Cosas de Francisco de Paula! Querrá V. creer Padre Morrás, que cada día está más vicioso y que si sigue así me va a quitar la vida?

—No será para tanto, mujer.

—Pues mire V., Padre Angel, yo quiero que V. le llame y le diga de buenas o malas maneras, que eso tiene que acabarse.

—Bueno, dile tú que se baje por aquí y yo me arreglaré con él. Francisco de Paula no tiene mal fondo y oye siempre con mucha humildad, las exhortaciones que yo le dirijo. Con que lo dicho: Avisale que se baje por el convento y yo me las compondré con él.

—Bueno, además quiero otra cosa. Ya ve V. que no es prudente que teniendo yo el marido así, tenga franceses alojados, porque a lo mejor le da a Francho por armar guerra y hay en mi casa algo que sentir.

—Y en eso que voy a hacer yo, mujer de Dios? Vas a ser tu sola la que se exceptúe de esa pecha, siendo así que nosotros mismos nos hemos visto precisados a alojar una partida de ellos?

—Pues mire, P. Morrás, ustedes pueden hacerlo por la sencilla razón de que los frailes no han de armar camorra con los franceses y éstos parece que no están de humor de reñir si no se les provoca. Pero mi caso es distinto.

—Bueno, bueno, mujer, pues yo hablaré con Don Blas también, acerca de ese punto.

—Pues no tengo más que decirle a V., añadió la señá Crispa.

Y como vió que el Padre daba señales de mucha prisa, se despidió, besando, al hacerlo los nudos del cordón franciscano. El Padre Morrás, olvidándose entonces por primera vez, de hacer a la Crispa, la admonición de costumbre, sobre el abuso que significaba el hablar en la iglesia, falta en que la devota con tanta frecuencia incurría, subió a su celda para reanudar enseguida el estudio del sermón. Resolvió dejar el asunto de los alojados y de las borracheras de Francisco de Paula para el día siguiente y se puso a decorar las líneas de sugestiva prosa que le presentaba el mohoso mamotreto que tenía delante...

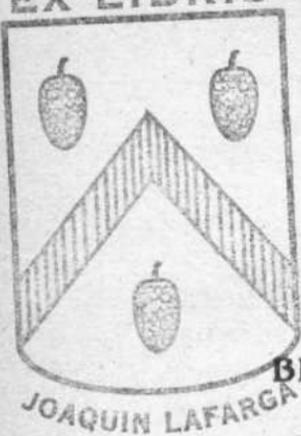
Buena falta hacía que persona tan prudente como el P. Morrás tomase cartas en el asunto de las borracheras de aquél héroe de la corambre y que se llamaba Francisco de Paula o *Francho el Crispo* o *Carape* o . . diablo colorado.

Aquella tarde misma la pilló tan descomunal, que los chiquillos tuvieron diversión extraordinaria cuando vieron al *Carape* que haciendo estaciones desde la taberna a su casa, se ponía a tararear después de cada largo trago de jarrillo de a pinta, la consabida copla:

Cuando se emborracha un pobre,
dicen todos: ¡Borrachón!

Cuando se emborracha un rico:
¡qué alegrillo está el señor!





BLANCÁ ROSA ARMENDÁRIZ

¡Blanca Rosa Armendáriz, joven abrileña cuyo físico lo componían, al decir de sus admiradores, maridaje de lirios y rosas, en cuyo rostro había alburas de luz amanezciente mezclada con rosicleres de ocaso, cuyos ojos expresaban el ensueño y en cuya alma anidaban poemas de caridad y de ternura!

Viendo su palmito juncal ataviado con elegantes vestidos al uso del tiempo, contemplando su frente pensativa coronada por abundante cabellera que hacía luego flotar a la espalda; sus ondas sedosas, se emparejaría el nombre de la gentil ribereña con el de las damas de la Provenza que vieron los suyos entretejidos en las loas rimadas de los trovadores galantes. Su nombre que sabe a música de Madrigal, era pronunciado por los admiradores de sus gracias que hallaban en sus letras, miel de regalada poesía.

Hija de este sol claro que brilla intensamente en un cielo de ternura sin igual, tenía nuestra heroína las pasiones y los afectos de los pobladores de la ribera; se mostraba arrebatada y ardiente, propensa al cariño, compasiva con los pobres y muy amiga de hablar. Gustaba mucho del lujo, cualidad que aun distingue a sus hermanas, y tenía fama de ser la moza que más gentil-

mente sabía llevar las muselinas y meriñques que entonces se estilaban. Llevaba el pelo partido en dos crenchas o bandós con raya en medio de la cabeza y se hacía sobre las orejas, con las puntas de las crenchas entrelazadas, dos pequeños rodetes, atravesados por largos pasadores.

Era patriota de la cabeza a los pies, por eso, cuando su padre D. Blas, la llevaba a las clásicas fiestas de San Fermín de Pamplona, seguía con la vista, la agujeta de la torre de San Pedro, hasta que la diligencia, medio el más cómodo de viajar que a la sazón se conocía, dando el último tumbo, trasponía la cuesta de Tafalla, ocultando el perfil de la amada torre. La muchacha dejaba caer entonces algunas lágrimas, pues para ella no había sentimiento más caro, fuera de los afectos paternos, que el de su querido pueblo: Olite.

Este sentimiento lo llevan aún arraigado en el corazón los actuales olitenses quienes tienen fama, entre los habitantes de la Provincia, de eminentes ponderadores de las grandezas de su pueblo, traduciendo este amor al hogar patrio en desvío, aunque no ciertamente grosero, ni menos insultador hacia los forasteros.

No es pues, de extrañar que la distinguida señorita de Armendariz, la de los ojos de ensueño y nombre de balada, sintiese amor impulsivo hacia el terruño que la había visto nacer.

Corriase, por los días de nuestra relación que esta señorita trataba honestamente de amores—pues entonces no se conocían las licencias y libertades de los cortejos presentes—con el segundón de don Javier de Yracheta. Era el doncel muy apuesto y estaba como no ignoran los lectores, cursando los latines en la clase del respetable dómine, D. Antonio Eraul. Habíase matriculado en el aula, de edad ya algo avanzada para los estudios—contaba 19 años,—y hacía pasar no pocos tormentos al pobre maestro el cual se veía y se deseaba

para hacer entrar en semejante mollera los preceptos del Nebrija que se embotaban al contacto de aquella frente, como el clavo que se quisiese hacer penetrar en una piedra.

El dómíne se desconsolaba cada vez que tenía que poner en conocimiento de su buen amigo el Sr. Yracheta, las malas disposiciones de su segundón para el estudio. Don Antonio tenía la sospecha de que en don Andrés de Yracheta, hijo segundo de su buen amigo don Javier, se realizaba aquella ley histórica, según la cual, los pergaminos nobiliarios tienen triste privilegio de engendrar un tonto en cada familia.

—Este bruto solía decir *intra se*, mejor que con la carrera de Leyes que le quiere hacer seguir su familia, hubiera honrado los blasones paternos, desbragando herejes en las batallas de Flandes o los honraría al presente, manejando la esteva en la heredad. Vaya usted, en cambio a meterle la sabiduría en la cabeza y sabrá lo que es bueno.

Pero si D. Andrés valía tanto para los latines como un adoquín a quien pusiesen una gramática delante, era en cambio mocero y galante hasta lo sumo y en punto a patriotismo que entonces era como decir odio a los franceses, pudiera dar quince y raya al más pintado. A cada paso se le oía tarareando por las calles las notas de una canción muy ramplona que estaba en boga por aquel tiempo y que decía:

Napoleón primero,
¡ay infeliz de ti
si a nuestro rey Fernando
no vuelves a Madrid.

El segundón silbaba el estribillo éste junto a las ventanas del Alcalde y en las mismas barbas de Musnier, con gran miedo del pobre D. Blas el cual temía que enterándose los franceses del significado de aquella

música, la emprendiesen con el futuro yerno, dejando a su hija para mejor partido. D. Blas sabía muy bien que los franceses toleraban pocas bromas en este particular.

Precisamente por aquellos días crecía en Navarra la agitación patriótica debida a las noticias que se recibían del resto de la Península. Por todas partes se multiplicaban los alborotos del pueblo y el armamento del paisanaje que organizado en guerrillas daba tanto que hacer a los franceses. Los inmejorables soldados del Capitán del siglo no servían para nada en una guerra en la cual no podían formarse y maniobrar en grandes masas para batir a otro ejército regular, mandado por jefes menos capaces que los suyos.

No era la de España una guerra de grandes masas combatientes; era la lucha del soldado con el pueblo; con éste pueblo guerreaba según las leyes de su tradicional y peculiar idiosincrasia, dando de mano a todos los códigos y militares ordenanzas. Las sorpresas audaces, los golpes de mano, la acometida inesperada contra tropas menores en número, eran los recursos guerreros utilizados por los españoles y que ignoraban por completo los jefes que habían encumbrado la gloria militar francesa en Jena y Austerlitz.

Los grandes mariscales Massena, Ney, Lefebre, habían entrado en España, pensando en Ulma y Marengo, en los ejércitos del Rey de Prusia y el archiduque Carlos, sin acordarse para nada de Viriato y de Numancia. En cambio el pueblo, nuestro pueblo español, *la gente-cica* aquella del arrabal, por ejemplo, que previendo la acometida de los *franchutes*, se había concentrado en Zaragoza, era incapaz de comprender la determinación del general austriaco defensor de Ulma, de entregarse a Napoleón porque no tenía municiones.—*Se sacan de donde haiga*, decía aquí el pueblo, y arrancando los clavos de las paredes, y utilizando las herramientas viejas, se obtenía metralla para el trabuco cuyos disparos abrían

luego enormes boquetes en los batallones franceses que se acercaban al muro.

No queremos nosotros detenernos en la descripción de aquella guerra popular en la que tomaron parte hombres y mujeres, militares y paisanos, curas y frailes, rivalizando todos en ardimiento y coraje y realizando hazañas que parecen legendarias. Se ha escrito en todos los tonos sobre la gran epopeya y plumas y pinceles la han explotado sin tasa para legar a los venideros el recuerdo de lo que hizo nuestra raza para salvar sus prestigios guerreros una hora en que parecía iba a extinguirse definitivamente la independencia hispana.

La gloriosa tierra de Navarra puso entonces para llevar adelante el común empeño, la osadía valiente de que en todos los azares de la historia, han dado muestra sus hijos. La posición de los pueblos de esta provincia se presta admirablemente para la guerra de emboscadas y sorpresas que era la que contra el invasor convenía sostener. Colocados muchos de esos pueblos en los picos de los lomazos, recuerdan todavía las feroces breugas que en sus cuevas sostuvieron los caballeros forrados de hierro del siglo de los bandos de Agramont y Beaumont.

Las sombras de los fuertes y taimados banderizos que ensangrentaron este suelo por satisfacer las bellacas pasiones de los respectivos jefes, parecen vagar en el día en torno a los vestigios de aquellas fortalezas que encumbraron el poder de estos pueblos y fueron causa de su ruina.

Aún por las ojivas de alguna torre feudal, por las saeteras del cubo de algún castillo en ruinas, parecen asomar los ojos escrutadores de cualquier guerrero-águila, de los que conversaron con el mariscal de Navarra, con D. Luis de Beaumont, conde de Lerín, o con el endemoniado y sin entrañas Pedro de Peralta.

En el tiempo que vamos examinando, la pasión gue-

rrera, volvía a encender de nuevo a los navarros en fiebre de peligros gloriosos.

Aun antes de la batalla de Bailén ganada por los bisoños soldados españoles a la tropa del gran Emperador, batalla que determinó la retirada del *rey de las once noches* como llamaban los madrileños a José Bonaparte, al norte de la Península, habíanse comenzado a organizar aquí partidas que recorrían los pueblos, sembrando el exterminio en los destacamentos franceses que los guarnecían.

Una de estas partidas tuvo un desgraciado encuentro en los montes del Carrascal donde operaba contra los enemigos de España. Había enviado contra ella un destacamento el duque de Mahón, virrey de Navarra por el rey José. Los guerreros que no tenían la acometida, estaban diseminados por el pueblo racionándose y buscando informes del paradero de los franceses, cuando atacándoles los que acababan de llegar de Pamplona, dieron muerte a algunos y apresaron a otros, poniendo en dispersión a los que quedaron indennes en el ataque.

Uno de los prisioneros tenía el padre en Olite donde ambos, padre e hijo, eran conocidos con el sobrenombre de *Boquica*.

La noticia de este fracaso no entibió el ánimo de los patriotas que soñaban con lanzarse al campo a guerrear contra los franceses. Al frente de esos valientes se hallaba en Olite el hijo segundón de D. Javier Iracheta a quien predisponía para la tendencia su cuerpo atlético y al que embriagaban de entusiasmo las peroratas fogosas que les endilgaba en la clase entre lección y lección de gramática, el bueno de D. Antonio Eraul. Las relaciones que el mozo sostenía con Blanca Rosa, la hija del alcalde, no eran para hacerle variar de opinión.

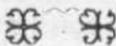
La joven odiaba a los franceses, singularmente al vulgarote de Musnier cuya actual mansedumbre, debida

a las consideraciones que el débil D. Blas le guardaba, creía la niña que no le dispensaría de hacer cualquier atrocidad el día que creyese el francés que el alcalde se ponía de parte de sus paisanos.

D. Antonio Eraul se emocionaba pensando en que fuesen sus discípulos los que formasen una partida guerrero-literaria que diese en que entender a los franceses y sacase mucho ruido en Navarra. Por eso, a espaldas del padre, azuzaba a su noble alumno contra los franceses, sacándole ejemplos de Bruto y Casio y de Mucio Escévola el que se dejó quemar la mano derecha en un brasero por haber errado el golpe dirigido contra el tirano de su patria.

Y el Sr. D. Andrés que atendía mejor estas excitaciones que las que en tiempos atrás le dirigía el dómine para que aprendiese bien la lección, crecía con esto en tanto grado, que se imaginaba ya haciendo proezas al frente de una guerrilla, y en todo tiempo y lugar, en casa y en la calle, junto a las rejas del alcalde y en los bigotes mismos de Musnier, se le oía al segundon tararear el famoso estribillo.

Napoleón primero,
¡ay infeliz de ti
si a nuestro rey Fernando
no vuelves a Madrid.



DE COMO EL P. MORRÁS CANTÓ LA CARTILLA A CIERTO DEVOTO DEL DIOS BACO

—Vamos a ver; Sr. Francisco de Paula de mis pecados que pido a Dios no sean tantos como tus borracheras, te parece a tí bien que tenga yo que andar siempre reprendiéndote por ese maldito vicio de la bebida que va a ser tu ruina y la desesperación de tu mujer? Vamos; ¿te parece a tí propio de un hombre que tiene los años de Matusalén, el traer a los chicos en alboroto a causa de tus continuas embriagueces que te convierten en espectáculo de chicos y grandes? Y luego estás tú tan orgulloso con tu oficio de bizoco y con andar por San Francisco comiéndote los santos. Mira; ésta va a ser la definitiva, y o tú te vas a enmendar, o reuno la junta de la Orden Tercera y hago que procedan a expulsar de su seno a un hijo tan indigno de Nuestro Seráfico Padre.

Así decía el P. Morrás al *Carape* dos días después de la conversación que aquel tuvo con la señá Crispa y que ya conocen los lectores. El franciscano estaba arrellanado en un sillón frailerero y enfrente de él se sentaba el marido de la Crispa, mirando al Padre, mientras le dirigía la filípica con sus ojillos tiernos cuyas pupilas que parecían dos cabezas de alfiler negro, guardaban aun la neblina de la última mona.

El Sr. Francho daba vueltas maquinalmente, mientras hablaba el Padre, a una gorra de pellejo de esas que

cubrieron las alborotadas cabezas de nuestros joviales abuelos y han concluido su reinado definitivamente, para dejar paso a la clásica boina. La gorra que usaba el *Carape* era ya tan vieja, que tenía gastado el pelo de las dos orejas, pues así se llamaban las dos extremidades que servían para abrigar los carrillos los días de frío, doblándose luego hacia arriba, cuando el sol iba entrando, o era la estación del buen tiempo. El señor Francho guardaba en las bolsas de la gorra, las colillas de cigarro que encontraba por las calles y que tostadas en el badil, le servían para cargar su pipa. También guardaba en semejante escondite, los *mahises* que le servían para pagar los pluses de vino en la taberna, a espaldas de su conserte.

Tenía nuestro hombre la costumbre de ponerse la gorra atravesada en la cabeza y un poco caída al lado izquierdo, y en esta facha y bien embozado con la anguarina, solía ir al trabajo donde hacía poco más que dar una docena de golpes de laya y comerse el *companaje* que le había puesto la Crispa.

Aquella anguarina no estaba menos deteriorada que la gorra y en punto a edad, aun la pasaba algunos años. Francho utilizaba la anguarina para abrigarse y además colocaba en una de sus mangas, el *companaje*, poniendo para contrapeso, en la otra atada como la anterior con una calzadera, un guijón mondo y pelado. Así que cuando iba por las mañanas a la plaza a *venderse pa utri*, según se llama en Olite la costumbre de contratarse para trabajar por cuenta de otro, los peones que conversaban con Francho, tenían cuidado y tomaban precauciones en cuanto le veían en guisa de embozarse la anguarina. Esta operación era tan peligrosa para los circunstantes, merced al guijo mondo y pelado, como lo acredita el hecho de haber salido descalabrado un compadre de *Carape* que en cierta ocasión se olvidó por su mal de retirarse a tiempo.

Por lo demás, Francisco de Paula era *bizoco*; es decir, que cantaba el rosario de la aurora, iba entunicado a las procesiones de Ujué y de la Semana Santa y era además terciario fervoroso de Nuestro Padre San Francisco. En la procesión del Viernes Santo que como es sabido, sale—para evitar rivalidades de las parroquias—de la iglesia franciscana, solía acudir en compañía de varios compadres, acompañando a la sábana santa, vestido de *zorromoto* (1), con una cadena ceñida a la cintura y portando un hachón enorme de tres pábilos que ardía derramando un torrente de cera. El *Carape* se daba pisto extraordinario al presidir este grupo de las antorchas que hacía su entrada en la iglesia, provocando una tempestad de estornudos, gracias al humo denso que se elevaba de las hachas de los tres pábilos. Para comprar la suya que bien valdría sus 4 reales vellón, el Sr. Francho le prometía todos los años al P. Morrás privarse de la mitad del vino durante algunos días, en obsequio a la pasión de Ntro. Señor Jesucristo, así que el día de Viernes Santo procuraba pasar siempre, a la vuelta de la procesión, por donde estaba el Padre, con el hacha bien levantada para que se la viese; y cuando había de apagarla, al dar comienzo el Sermón de la Soledad, el Sr. Francho armaba un tumulto, llamando a este o a aquel para que le ayudasen.

Porque no crea el lector que la operación de apagar aquellas teas era tarea reducida; generalmente los que tenían buenos pulmones se reunían tres o cuatro en torno de una de ellas y después de soplar muchos y todos a una, podían apagar el incendio. Otros echaban la antorcha en el suelo y la extinguían remachando el extremo por donde ardía, de una pisada; mientras los de más allá se ponían frente a frente por parejas, y enristaban el arma, como si fuesen a acometerse a bayone-

(1) Penitente entunicado.

tazos. Después de decir *jahoral* pegaban hacha con hacha y el fuego quedaba extinguido en un instante. Este último procedimiento era el que usaba el *Carape* y solía hacerle con mucho ruido, mirando hacia la parte donde se hallaban los frailes y entre ellos su amigo y represor, el P. Morrás.

Como en casa de Francho, apesar del puesto de hortaliza de la mujer, no abundaban mucho las cuatrenas, debido a lo holgazán que era y al mal hábito que tenía de emborracharse, andaba siempre mal trajeado y peor compuesto, siendo frase de sus convecinos que no podía con los calzones y, en punto a los borceguíes que calzaba, eran tan desmesurados, que solían decir algunos de esos vecinos muy elementos, que llegaban los zapatos media hora antes que él a casa. Además tenía Francho el vicio, común también a su mujer, de decir pèstes de las autoridades, asemejándose en esto a la generalidad de los españoles para los cuales, de todo lo malo que pasa, tiene la culpa el Gobierno.

Por todos estos méritos y defectos, tenía hace tiempo, el P. Morrás grandísima gana de echarle la vista encima al *Carape* para calentarle un poco las orejas. En esta tarea le ha visto ocupado el lector, al comenzar el presente capítulo.

Defendíase el *Carape* como podía, achacándolo todo a habladurías de su mujer y a ganas de los *muetes* de meterse con las personas mayores.

—Bien sabe Vuestra reverencia, P. Morrás que hay gentes que tienen que *ocuparsen* de si uno hace o deja de hacer, y mi mujer es de ese número. Si en vez de venirle a V. con el cuento de que yo me emborrachaba, le hubiese enterado a V. de lo que ella se entretiene en cortar chaquetas a todo bicho viviente, hubiese tenido V. que guardar para ella la reprensión que me dá a mí. Y en lo que toca a los *muetes*, si el alcalde tuviese cuenta con poner orden en las calles, en vez de andar

fachendeando con la casaca y compadreando con el comandante de los *franchutes* otro gallo nos cantaría en Olite a las personas decentes.

—¡A las personas decentes! Tú, por ejemplo. Mira Francisco, cada uno se hace respetar si quiere, y si uno no dá motivo, los mocetes le dejan en paz. Pero ¿qué van a hacer contigo, que te ven todos los días hecho uva y dando espectáculos en ese estado por las calles de la ciudad? Así que déjale al alcalde en paz y no le cargues culpas que no tiene.

—¡Cómo se vé que es V. compadre del alcalde, P. Morrás! Vá a decir que esto vá bien si todas las cosas en que pone mano ese hombre andan patas arriba. Quisiera yo que me dejasen nada más que dos meses la podrida potencia, e iba a ver V. lo que es bueno. Comenzando por el alcalde, iba a hacer una limpia... No me habían de andar los mozos tan sueltos como al presente, cantando a cualquier hora de la noche y disparando las pistolas, sin dejar dormir á las personas de bien.

Ya. ¡Diversión tendrían contigo los mozos si te viesen de alcalde!

—Diversión? Le aseguro a V. que al primero que me faltase, le daba uno en la barilla que le hacía dar más vueltas que a un mosquito.

—Calla, calla, bragazas; ¡qué habías de dar tú, si no puedes con los calzones! Bueno, vamos a lo que importa. Te prevengo que si no hay corrección por tu parte, yo mismo le avisaré a D. Blas para que te propine unos cuantos días de perrera, a ver si por ese lado viene la enmienda.

—Aun ahí sería ella! Bueno estaría eso, P. Morrás. Después que sabe V. que el alcalde me mira de canto, irle todavía a azuzar para que me haga ese estroplício.

—Pues mira, yo no estoy ya de humor para soportar

a tu mujer que me viene siempre con la lata de tus borracheras.

—El remedio es bien claro, P. Morrás.

—A ver.

—Echarla y que vaya a contárselo a los franceses, si quiere.

—Esos son cuentos. Te digo y te repito por última vez que yo no puedo pasar porque un hombre de respetable edad y terciario de N. P. S. Francisco, ande por ahí escandalizando con su conducta. ¿Te parece a tí que cumples con las obligaciones que te impone el reglamento de la Orden Tercera, con encender las velas al Seráfico Patriarca y venir a tirar de las andas los días de procesión? Con que, jurrio majagranzas, ya lo he dicho; la enmienda ha de venir, o certaremos por lo sano. Basta ya; que están las pascuas de Pentecostés encima, y tengo que aprenderme el sermón que he de predicar a los apóstoles a la vuelta de Ujué.

Y el Padre se levantó abriendo la puerta para que saliese el *Carape* el cual maldecía de la lengua de las mujeres que tienen que enterar a todo bicho viviente de lo que pasa en el matrimonio.

—No, lo que es si tuviese veinte años menos, me *esvurciaba*. Como es de día que me *esvurciaba*. Esto no es vivir, decía el *Carape* en sus adentros, mientras marchaba camino de su hogar.

Por su parte el Padre se quedó también muy satisfecho, pues además de haberse sacudido la mosca de las continuas querellas de señá Crispa, había conseguido deslizar al final de su conversación con Francho, la noticia de que era él en persona, el encargado de acompañar a los apóstoles a la peregrinación de Nuestra Señora de Ujué.

Al Padre predicador le gustaba tener mucho auditorio en sus sermones y por eso se servía de todas las

coyunturas para hacer saber a sus amigos cuando le tocaba la cátedra sagrada.

Así fué que en esta ocasión se le olvidó decir nada al *Carape* sobre los temores que abrigaba su señora de que durante el periodo de alguna de tus borracheras armase Francho algún caramillo con los franceses y aún se le fué de las mientes el encargo que le había dado la señá Crispa de que le quitase los dos alojados que tenía en casa. Acordóse el buen Padre, cuando al salir aquella tarde del convento, para emprender en compañía de sus dos amigos, el ordinario paseo, topose de manos a boca con el alcalde que venía precisamente a San Francisco. Los amigos dialogaron:

— Buenas tardes, P. Morrás.

— Felices nos las dé Dios, señor Alcalde. ¿Quién vá a ir preso, que vemos por aquí la honorable primera autoridad de Olite?

— No es nada. Vengo a ver si les libramos a ustedes de la carga ésta de los franceses que tienen alojados.

— Pues? Se marchan?

— Cá! Esto será allá ad kalendas graecas, o cuando a Pepe Botellas se le ocurra morirse, sin dejar simiente napoleónica. Por ahora solo se trata de un cambio de domicilio. Tanto me están moliendo los vecinos que no hace más que molestarles la tropa, y que les perturban, y que les roban etc., etc., que he hablado con Musnier para que se alojen todos juntos en el castillo. Al fin, aunque esto sea una profanación del edificio, allí no tendrán que robar, como no sea los sillares. ¿Qué le parece a V. de esta idea?

Hombre! Cabal y precisamente iba ahora pensando en transmitirle a V. la queja de una vecina que deseaba la librase V. de esa pecha.

Pues ya ve V. que esa vecina y todas quedarán complacidas con este acuerdo que algún buen angel me

ha inspirado.—Dijo el Alcalde y siguió preguntando:

—Bueno: V. de paseo, P. Morrás?

—Sí; voy a ver si me topo por ahí a D. Javier y el dómine, para echar un rato de charla por la alameda.

—Ahora los ví que salían por la puerta del castillo.

—Bien, pues adiós, Señor Alcalde.

—Adiós, Padre Morrás y que él vaya en su guarda.

Y el Alcalde entró en el convento para hacer saber a los franceses la orden que tenían de irse a alojar en el castillo. Ellos obedecieron, trasladándose al real alcázar donde ya estaban sus camaradas, quedando de este modo olojado todo el destacamento dentro del histórico castillo para bien distintos usos edificado.

Las familias de Olite se vieron así libres de la molesta presencia en su hogar de los soldados franceses; pero la casa de los viejos monarcas navarros no ganó nada con el cambio, antes aquel suceso fué causa de su total ruina. Los franceses se parapetaron en el castillo y los paisanos veían constantemente a los guerreros de Napoleón vagar por las galerías y pasos que la noble fortaleza tiene en sus muros.

Por las suntuosas estancias de los reyes se oían las voces de los granaderos que cantaban a coro:

*Marlborough se vait en guerre;
mironlón, mironlón, mirontaine;
Marlborough se vait en guerre;
ne sais quand reviendrá.*

y el eco de estos cantos se apagaba en los arabescos de las salas donde resonaron los versos de los cerventesios y donde el infortunado príncipe de Viana escribió su circular famosa a los valientes letrados de España, invitándoles a lucir su ingenio en un torneo del *gay saber*.

Al alojar a los franceses dentro del noble palacio, se escribió la sentencia de muerte que condenó a la venerable construcción medioeval a la ruina en que hoy la vemos.



DE UNA GRAN ALARMA QUE HUBO EN LA CIUDAD DE OLITE, MIENTRAS LOS APÓSTOLES IBÁN Á UJUÉ

Los paisanos a quienes tocó ir aquel año, en calidad de apóstoles a hacer la peregrinación nocturna a Ujué, se llamaban Francisco Eraso (a) *Bocadico*, Juan Sánchez (a) *Melancambiau*, Roque Ochoa (a) *Saltico*, León Cirauqui (a) *Boquica*, Ciriaco Barrena (a) *Misas*, Quirino Alonso (a) *el Rey*, Silvestre Murchante (a) *el Curro*, Anastasio Senosiain (a) *D. Gil de las calzas verdes*, Pedro Perez (a) *Carabina*, Diego Pascual (a) *Pellejico*, Ildefonso Coronel (a) *el de la melitara* y Jorge Rubio (a) *Sanjuanico*.

Estos *alias* tan pintorescos le chocarán sin duda al lector; pero saldrá de su sorpresa cuando le advirtamos que en Olite y lo mismo en los demás pueblos de la ribera, apenas hay familia que no tenga su correspondiente remoquete o apodo. Y es esto en tal manera y está la gente tan acostumbrada a entenderse por los sobrenombres, que se ha dado el caso de entrar cualquier forastero en el pueblo y preguntar por Fulano de Tal, citando su nombre y apellido y no saberle dar razón los vecinos, hasta que pronunciaba su apodo.

—Oiga V., buen amigo, ¿me haría V. el obsequio de decirme dónde vive Juan García?

—¿Juan García? Pues quiere V. creer que no le conozco?

—Cómo no le va V. a conocer si es de aquí?

—¿No sabe V. qué mote lleva?

—Hombre no; espere V. Voy a preguntar a este zapatero de la esquina.

—Eh? Maestro, con permiso. Qué mote lleva Juan García, si V. sabe?

—El *Chato la Parra*; diga V. el *Chato la Parra* y todo el mundo le entiende.

El forastero, dirigiéndose al primer interlocutor.— El *Chato la Parra*, dice que se llama.

—Vamos hombre. Ahora ya habla V. en cristiano. No tiene V. que andar mucho para buscar su casa; la tiene V. delante.

En otra ocasión llegó un forastero a domiciliarse en un pueblecito ribero. Los primeros días todo el mundo le llamaba por su nombre, pero he aquí que en cierta ocasión se le ocurrió al buen hombre, ponerse a comentar, en son de guasa, ante un grupo de vecinos, la costumbre que había en el pueblo, de llamar a todos por el mote, cuando uno de los presentes le dijo: Aquí nadie se escapa de llevar su apodo y al que no le tiene, se lo ponen. Verás qué pronto te sacan a tí alguno.

—A mí, quiá; poca ropa tengo yo para que me tiren de ella.

Esto dijo y *Pocarropa* se quedó.

Pero vamos con los apóstoles. Es costumbre que estos salgan de noche, la vigilia de Pentecostés, al sonar las doce en el reloj del Ayuntamiento. Son en número de doce, en reverencia del colegio apostólico y hacen la procesión a pie y entunicados, sin hablar palabra, ni detenerse a descansar en el camino. Un Padre

franciscano les acompaña todos los años, por costumbre inmemorial.

Llegados a la montaña santa donde se alza el Santuario de Ntra. Sra. de Ujué, patrona de Navarra, confiesan y comulgan, oyen misa y emprenden la vuelta. Al llegar al término de San Martín de Unx, sus cofrades les tienen prevenido un buen almuerzo de callos y caracoles que los apóstoles consumen sin que el insomnio por lo común, haya conseguido disminuir la gana de yantar en los piadosos romeros. El franciscano toma parte y preside la refección.

Bien es necesario este refrigerio después del esfuerzo que supone hacer un camino de tres leguas por atajos y veredas, sin dormir y soportando a veces el cierzo que azota estas riberas o la lluvia que cala los huesos. Ocasión se ha dado en que alguno de los romeros ha sido víctima de este fervor religioso, muriendo poco después de llegar al monte santo. Así acaeció el año 1885 en que el vecino de Olite, Isaac Perez dejó de existir en el pueblo de Ujué, efecto de una pulmonía que contrajo en el camino. El peregrino encontró su tumba en el lugar santo a donde le condujeron los fervores de aquella piedad española y navarra a quien no arredraba el sacrificio.

Hoy, al dejar el piadoso grupo de los apóstoles la población, rinde año tras año, tributo de cristiano cariño al compañero, rezando un responso por el alma del que cayó en la tradicional peregrinación, con muerte más gloriosa que la que encuentran los héroes homicidas en el campo de batalla.

Por lo general, suelen escogerse para esta romería, hombres jóvenes y robustos, y no faltan ocasiones en que van formando parte del apostolado, mozos tronados muy alegres y sobre todo muy elementos que es como si dijéramos capaces de reirse del mismo lucero del alba y de hacer reir a su cuenta, a un batallón de circunspec-

tos. Así sucedía aquel año de 1811 en que vemos formando en la piadosa caravana a los solteros, Roque Ochoa (a) *Saltico*, Quirico Alonso (a) *el Rey* y Jorge Rubio (a) *Sanjuanico*, *Saltico*, *el Rey* y *Sanjuanico* eran tres perillanes que la tenían tomada con el infeliz *Carape* al que no daban momento de reposo, acosándole por todas partes y haciéndole víctima de sus chanzonetas, esperándole cuando venía del monte con su carguilla de *zocorros* (1) y siguiéndole por todo el camino con achaque de que le daban escolta para impedir que la cigüeña viniese y se llevase el haz para arreglar su nido. Vez hubo en que aquellos guasones introduciendo furtivamente un copo de estopas encendidas entre la leña que cargaba Franchó, hicieron entrar a éste en Olite, llevando a las espaldas un incendio, como si fuese un titán que escapando de los cataclismos atlánticos, tratase de buscar guarida trayéndose consigo provisión de fuego para varios días.

Otras veces le bebían la ración del jarrillo en la taberna, usando el procedimiento que ponía en juego el Lazarillo de Tormes para hacer otro tanto con el ciego. Para ésto dos de los amigos daban conversación a Franchó, y éste que tenía la costumbre de poner el jarro al lado derecho después de cada trago, y que se pirraba por hablar casi tanto como por beber, seguía embaucando la charla de aquel par de perillanes, mientras el tercero por medio de una paja hueca, daba un bajón regular a la media pinta que había mandado sacar Franchó. Desesperábase este viendo la rapidez con que se acababa el jarrillo y a semejanza del ciego de antaño, todo era mirar a la vasija a ver si ésta se iba por alguna parte, en tanto que los truhanes se cucaban el ojo, riéndose de la candidez de aquel infeliz.

Quirino Alonso, o *el Rey*, como le decían en Olite,

(1) Leña para el hogar formada de raíces y mochos de árboles

era el cabecilla de los mozos y no había travesura, lio o enredo en que no estuviese él metido de cabeza, llevando siempre la voz cantante de la mocina, e ideando todo género de diabluras para divertir a los del gremio. Así se cuenta que entre él y otros cuatro o cinco de su calaña, jugaron en cierta ocasión, una mala partida a las comadres de Olite, las cuales al darse luego cuenta del estropicio, no cesaban de improperar a la autoridad pública que consentía que los mozos anduviesen tan libres por el pueblo.

Esto fué que al llegar cierta festividad del año, las respetables señoras mercaron cada una su buen porqué de leche, para al día siguiente beberla en familia de madrugada, después de haberla tenido a refrescar en el balcón, durante la noche. Saber *el Rey* la idea de las comadres y convocar a los amigos para proponerles la suya de darse un hartazgo de leche fría a cuenta del vecindario, todo fué uno. Los mozos aceptaron la propuesta del cabecilla ¡cómo no! y yo no sé cómo diablos se las arreglaron; pero el caso es, que al día siguiente, un clamor universal, como el de Egipto cuando la muerte de los primogénitos, se alzó en el pueblo, de todas las comadres de Olite las cuales, al encontrarse los pucheros vacíos se pusieron a gritar que aquello no podía ser más que una treta de los mozos industriados por el *Rey*, y que el señor Alcalde no merecería llevar calzones si aquel día no les metía a todos en la Cárcel.

Por su parte los mozos, a cambio de estas pesadumbres que daban de vez en cuando a las vecinas, contribuían a la diversión del pueblo, organizando compañías de rejoneadores y toreros para las ruidosas fiestas de la Cruz de Septiembre y echando el pecho afuera a fin de que las tales fiestas ganasen en rumbo y celebridad a las de los pueblos circunvecinos, Tafalla inclusive. Así que puestos a gastar, no se paraban en barras y consideraciones, pellizcando de acá y de allá en el haber paterno,

en lo cual se distinguió harto en sus mocedades, otro de nuestros apóstoles ya casado a la sazón, el conocido por el mote de *el de la Melitara*. *El de la Melitara* llamado así por ser hijo de la viuda de un militar casado, después de tenerle a él, en segundas nupcias, era un verdadero genio para discurrir festejos y atractivos que hiciesen llamativas las solemnidades de Septiembre y no era hombre que se echase atrás, ni se dejase arrollar por diez o doce ducados mas o menos, si ellos hacían falta para pagar gaiteros o procurar alguna novedad que diese atractivo a las fiestas de la Cruz.

El mozo sabía muy bien el camino de las trojes del padrastro de donde salían los sacos llenos de trigo que vendidos luego por los compañeros, habían de dar lo que se necesitase en metálico, y si el ojo paterno vigilaba los graneros ya se las compondría él de modo que los sacos cambiasen de propietario al ir desde casa al molino. Así sucedió en cierta ocasión en que yendo *el de la Melitara* con su padrastro a llevar un carro de trigo a moler, se apalabró con varios compañeros para que le aguarasen emboscados en las callejuelas del camino con encargo de recoger los sacos que él les iría echando, si bien debido a la gran cantidad objeto de robo, descubriose este, poniendo al mozo en peligro de morir a manos de su irritado padrastro.

Marchaba el viejo guiando el carro y eran doce los sacos que habían puesto en él. Notó el conductor, a pesar de ser algo sordo, ciertos ruidos sospechosos en el camino.

— *Fonso*, gritó; que se ha debido caer algún saco.

— No señor, no; todos están aquí.

Andando, andando, llegaron a la aceña. Pusiéronse a descargar los sacos, el viejo los tomaba a hombros ayudándole el mozo desde el carro. Cuando llevaba, transportados cinco o seis, preguntóle el joven:

— Padre, ¿cuántos sacos puso V. en el carro?

—Cuántos. ¿Pues no hemos puesto una docena?

—Quiá, no señor. Si no quedan aquí más que dos.

—¿Cómo dos? Re...

—Deje V. padre; no jure, se habrá V. equivocado y no habrá puesto más que ocho.

—Vamos a volver hacia casa, que se habrán caído en el camino. Como tú vas pensando siempre en Babial

—No señor; que he cuidado bien y no se ha caído ninguno.

—Vamos, he dicho.

Echaron a andar, en dirección a casa, cuando he aquí que al llegar a una callejuela, me topan a dos mozos con los cuatro sacos allí juntos, y forcejeando para cargarse uno de ellos y llevarle arriba.

—¿Qué es esto? preguntó furioso el padrastro reconociendo sus sacos. Voto a...

El mozo no oyó el terno que barbotó el marido de su madre. Más veloz que el pensamiento echóse a correr en dirección al pueblo, mientras el viejo que se había dado cuenta ya de lo que allí pasaba, corría detrás con la tralla cogida por el extremo delgado de la vara, para dejar caer lo recio sobre las costillas del entonado. Los buenos pies salvaron a éste que no se atrevió a ir a dormir a casa temiendo las justas iras del viejo, el cual parado en medio de la calle—tenía muy mala lengua,—juraba y perjuraba que se había de beber la sangre de aquel canalla.

Estas y parecidas travesuras habían dado fama y celebridad a algunos de los apóstoles que aquel año memorable de 1811, subían tan rezadores y devotos, a hacer la peregrinación de Ntra. Sra. de Ujué. Como advertirá el prudente lector, no era obstáculo en nuestros Padres el ser de humor expansivo y alegre, para que luego se sintiesen buenos y perfectos cristianos, ni su afán por los regocijos a veces no del todo recomendables, impedía para que cuando tocaban a rezar, llenasen los

templos, uniéndose de corazón a los sacerdotes, a los cuales reverenciaban, rodeándoles en la iglesia y en la calle del más profundo respeto. Pero sigamos nuestra historia.

Siguiendo la tradicional costumbre, salieron los apóstoles el año que nos ocupa, presididos por un religioso franciscano que no era otro que el famoso predicador P. Angel Morrás. Al llegar al empalme del camino de Ujué, dirigióles el fraile una sentida plática, excitándoles a hacer la peregrinación con espíritu de penitencia y enseguida emprendieron la marcha.

La noche estaba hermosísima; brillaban las estrellas en el cielo y veíanse en las orillas de la senda multitud de luciérnagas que parecían querer concurrir con sus luces mortecinas a iluminar el camino que seguía la caravana. Una débil linterna que llevaba el principal de los apóstoles alumbraba también débilmente los accidentes y vericuetos del sendero pedregoso. Oíase por la nava el croar incesante de millares de ranas que cantaban en los charcos y lagunas cuyas aguas tibias y dormidas reflejaban la luz de los astros. Las aves nochérnigas cernían su vuelo callado oteando por los ramajes a los pájaros incautos y llenando el aire con sus chist... chist... prolongados al volver con la presa, a guarecerse en las troneras del viejo castillo. La atmósfera, estaba en calma, agitando su quietud tan solo, el chirrido de los grillos y alacranes y el batir de alas de garzas y mochuelos. Oíanse por el campo multitud de ruidos misteriosos y dominando su confusa inarmonía, percibíanse los pasos de los apóstoles y la voz potente del P. Morrás que rezaba el rosario.

Al rayar el alba, entraban los apóstoles en Ujué, entregándose a sus piadosos ejercicios de confesión y comunión y oyendo juntos la misa que les celebró el franciscano.

En tanto que estos piadosos olitejos cumplían junto

al trono de la patrona de Navarra, tan edificantes oficios de piedad ocurrió en Olite un suceso, que, dado lo anormal de las circunstancias, pudo tener gravísimas consecuencias.

Como la índole del asunto que tenemos que tratar es algo escabrosa y podría dar margen a torcidas interpretaciones, nos vemos precisados a manifestar al lector que al recoger en nuestra narración esta fase de la vida social de Olite, no nos mueve parcialidad ni pasión alguna; únicamente queremos llevar a los ánimos la convicción más firme de que es preciso el esfuerzo de todos para acabar con la división que frustra los generosos intentos de muchos por encumbrar la prosperidad de este pueblo. Así mismo los enlaces que buscamos y hacemos resaltar entre estas añejas rencillas y las batallas sociales del día, solo tiende a dar a nuestra historia una nota de pintoresco y atractivo interés, sin que indique nada en desdoro de la religiosidad olitense que de grado reconocemos. Dios haga que tan enojosas cuestiones que de antiguo traen divididos a este y otros pueblos, se zanjen con satisfacción de ambas partes, para que brille el iris de la concordia en el cielo que cobija idénticas y arraigadas convicciones religiosas. Hecha esta salvedad, vamos sin más demora a entrar en materia.

En todos los pueblos, singularmente en los de reducido vecindario, suelen originarse divisiones, tomando por punto de partida, cualquier pique o interés. Y como por lo común, la gente popular comparte en esto, la característica con los serranos, de andar siempre buscando pendencia—si bien hay quien dice que basta ser español para no poder vivir sin camorra diaria,—de aquí es que con solo que uno levante en cualquiera de nuestros pueblos bandera de tal o cual cosa, o que se llame con el mote de guerra tal o cual, ya tiene agrupados en el respectivo bando, a los convecinos los cuales se he-

chan enseguida a hacer alarde de su adhesión fervorosa a la idea, encontrándose dispuestos a desplegar en su defensa, toda clase de bazarías.

En estos pueblos riberos se ha tomado por línea divisoria entre unos y otros la cuestión del haber suntuario y del no haber; o vamos; para hablar menos encumbrado; que la gente, aun antes de que se hablase tanto del problema social, ha estado de antiguo dividida en los dos partidos de ricos y pobres.

Las querellas y piques que este estado social ha originado, son innumerables, tanto que agravada en nuestros días la contienda por la desdichada cuestión de la venta de bienes comunales-*corralizas*, ha dado lugar a sangrientas reyertas con acompañamiento de muertes y venganzas execrables.

Así ocurrió, por ejemplo, en Olite, el año 1882 en que la pelea tomó tan graves proporciones que hubo tres o cuatro muertos de uno y otro bando en una sola noche y nosotros mismos recordamos con angustia, la lúgubre mañana del 3 de Agosto del pasado año de 1914 en que cayeron de resultas de un motín, tres paisanos víctimas de los disparos de la guardia civil. Los gobiernos que pierden el tiempo en personalidades y pequeñeces, no quieren ocuparse en arreglar tan trascendentales cuestiones que traen agitada a esta Provincia y cuya solución sería una obra provechosa de política.

En el año 1811 originó, como íbamos diciendo esta cuestión un accidente trágico-cómico que vamos a referir.

Al rayar el alba de la fiesta de Pentecostés, y mientras los apóstoles olitejos comulgaban y oían misa tranquilamente en la basílica de Ntra. Sra. de Ujué, los bizocos recorrían las calles solitarias de la ciudad, cantando según costumbre, el rosario de la aurora. La campanilla de los bizocos resonaba por las callejuelas oscuras y su sonido se mezclaba con las coplas piadosas llenas de devoción y ayunas de poesía:

Labrador que te vives
junto a la iglesia
no dejes el rosario
por la pereza.
El demonio a la oreja
te está diciendo
no vayas al rosario
sigue durmiendo.

Y con estas mezclados los versos al santo del día 13 de Mayo.

Si San Pedro Regalado ha sido
de los franciscanos, luciente farol (sic)
a su amparo nos acogeremos
para que imitemos su vida y candor:
celestial varón,
este día, rezando el rosario
le celebraremos con culto y honor.

Se dió pues el caso, lector amigo, de que todos los bizocos eran aquel año del partido de los ricos y el diablo que no siempre duerme, puso en el corazón de un miserable que turbase la tierna ceremonia, con una fechoría digna de un desalmado. Habían llegado los *auroros*—que también así se les llama—a la Plaza Mayor y puesta la linternilla en medio, cantaban todos en círculo cuando de una de las bocacalles próximas, les soltaron tan descomunal trabucazo, que no parecía sino que los franceses, habían disparado algunas de las piezas que en el castillo tenían montadas.

Como el miedo no reflexiona, algunos de los bizocos que por un por si acaso, habían llevado sus pistones, comenzaron a disparar con tantas ganas, que parecía que la ciudad era tomada por asalto. El centinela francés que estaba de guardia en el castillo, imaginándose que tenía sobre sí las guerrillas españolas de media Navarra, dió la voz de alerta y en un instante los guerreros de Musnier comenzaron un fuego *graneados*

sobre la plaza, que de no haberse escapado ya los bizcos, no quedara uno vivo.

Por fortuna, amaneció pronto el día con que se vió que todo había sido una falsa alarma, si bien los franceses echaban ternos, diciendo que se trataba de una añagaza de los españoles para comenzar a hostilizar a los soldados del rey José. Gracias a la mediación de algunos prudentes, entre ellos el Sr. Alcalde, la cosa no pasó a mayores, y así pudo tener lugar a la tarde, la recepción de los apóstoles, espectáculo a que no falta el pueblo de Olite, y al que en aquella ocasión, concurrieron también los franceses ya repuestos del susto que habían llevado durante el amanecer.

En medio de un gran campaneó, entraron los apóstoles en la iglesia de Santa María que es la señalada para esta recepción y el P. Morrás subió al púlpito, predicando un sermón donde las agudezas y ejemplos abundaron sobremanera. El sermón gustó extraordinariamente a los paisanos que salían haciéndose cruces de lo que sabía el Padre y encomiando sobre todo, la amenidad que sabía dar a sus pláticas, con los ejemplos y comparanzas.

Entre los panegiristas se distinguía el buen Francho, el marido de la señá Crispa, grande admirador, a pesar de las filípicas que le debía, de las dotes oratorias del P. Morrás. El señor *Carape* ponderaba lo bien que habían estado los símiles de las cuerdas de la guitarra, de la piedra del molino y otras que había sacado el Padre, y singularmente la aplicación que había hecho al caso de las palabras del *concilio trementino*.

A Francho le había gustado todo el sermón, de punta a cabo; pero lo que más le había llamado la atención era eso: la aplicación que había hecho al caso, de las palabras del *concilio trementino*.

REFIÈRESE COMO AQUEL AÑO DE GRACIA DE 1811 NO HUBO GENTE DE OLITE EN LAS FIESTAS DE SAN FERMÍN

El que fuera a creer, como ya dejamos insinuado en el número anterior, que aquellos señores bizocos de Olite que tan ásperamente se mortificaban en el camino de Ujué, y andaban siempre con la túnica negra vestida al llegar las grandes solemnidades de Semana Santa, e iban luego a la procesión arrastrando grillos y cadenas; el que crea, decimos que esos hombres eran gente austera y enemiga de la bullanga, se equivocaría de medio a medio. Precisamente les gustaba tanto divertirse como rezar y no había de haber ferias de Tafalla o San Fermín, de Pamplona, a que no asistiesen nuestros buenos amigos, llamando la atención con sus jolgorios y alborotos, en la capital de Navarra principalmente, hasta tal punto, que siempre que notaban los pamplonicas que se armaba algún remolino en la gran plaza del Castillo, solían preguntar: ¿Qué es eso? ¿Andan por ahí los de Olite?

Generación aquella de la vieja cepa que sabía divertirse honradamente, dando inocentes bromas al vecino que las seguía a su vez para pasar el rato, y no como ahora, que por creernos todos muy personas, hemo

proscrito de la conversación y de los círculos sociales. los chistes y la alegría. Esta afición de nuestros padres al donaire, engendró la jovial literatura por la que la lengua de España triunfó entre todas las lenguas, mientras que en el día, nos vemos precisados a devorar lecturas en las que palpita el horror del crimen o se pone de manifiesto el encono de las luchas sociales.

Aquel año de 1811 apesar de lo anormal de las circunstancias, la guerra tomaba cada día más graves caracteres y los franceses que ocupaban este pueblo habían colocado de golpe en el municipio a sus incondicionales a fin de que no les fallase el golpe que meditaban contra los patriotas,—no quisieron los de Olite interrumpir la costumbre de ir a las fiestas de San Fermín y así trataron de organizar la caravana que todos los años hacía su entrada triunfal en la capital de Navarra, en medio de una explosión de alharacas y gritos. Ni siquiera se les ocurrió omitir algún número del programa de festejos con que contribuían al regocijo de la plebe ciudadana, tales como el mal de corazón, la extracción de muelas, etc. pantomimas y juegos que constituían en Pamplona el terror de los inocentes y la risa de los que estaban en el secreto.

Los de Olite pensaban divertirse como otros años, a juzgar por el diálogo que una tarde sostuvieron el *Curro* y un su compadre y del que damos traslado al curioso lector.

—¿Qué hay, Curro, qué se hace?

—Sombra, por ahora.

—Tú siempre con tus ocurrencias. No te han dado cargo los franceses en lá última Justicia?

—Buena Justicia que desde que comienza a funcionar tiene que cometer injusticias. Mira; no quiero de Pepe Botellas más que lo segundo.

¿Cómo, lo segundo?

—Las botellas. Y ¿a tí te devolvieron el burro que te llevaron para el bagaje?

—Perniquebrado.

—Ojalá, los veamos a todos de igual modo.

—Oye; y no sabes nada de lo que le ha pasado al dómíne?

—Esta mañana me dijo la mujer que les han sacado de la cama a él y a D. Javier y se los han llevado a Francia.

—Pues ahí tienes la primera mala obra de la nueva Justicia. De allí han salido los soplones: Y al alcalde dicen que le han dado orden de salir hoy mismo del pueblo prohibiéndole en volver aquí en bastante tiempo.

—Siquiá les viésemos a la Justicia y los *franchutes*, lejos de aquí, para no volver por toda la eternidad.

—Pero tú crees que esto va a quedar así?

—Lo qué?

—Esto de los destierros. Crees que no nos hemos de tomar el desquite? Desde luego el hijo de D. Javier ha jurado echarse cuanto antes al campo, afiliándose a la *División navarra*.

—Sin duda eso habrá sido la causa del destierro del padre.

—Si no les han pegado dos tiros por ahí detrás de cualquier recodo...

Pero oye; y las familias?

—Aquí han quedado; no les han permitido los franceses marcharse con ellos.

—Mal se van poniendo las cosas.

—Y, pasando a otro asunto. Este año hay S. Fermín?

—Eso es otra cuestión. Eso no puede faltar así se hunda el mundo.

—De modo que la echamos?

—Yo no me paso sin *peroriar* en la plaza del Castillo y sacarle la muela a algún señorito y tumbarme en la calle de Estafeta con el mal de corazón.

—Bueno: de modo que la echamos?

—La echamos. Concluyó el *Curro*.

—Calla! Si pasa por allí *Escopeta*, siguió el compadre. Eh? *Escopeta*: Aquí te quiero *Escopeta*. Ven acá hombre que hace aquí falta una escopeta.

El que se llamaba *Escopeta* era un hombre fornido y de pisar muy recio y entraba por el *Portillo* que hace la casa de Ayuntamiento con intención de echar por una calle distante de aquella a cuya entrada conversaba el *Curro* y su compadre en la Raza mayor.

Llevaba realmente el nuevo personaje una arma de fuego sostenida por una correa al hombro izquierdo y viéndole andar con ella por todas partes, cualquiera vendría en sospecha de que se trataba de un partidario de los franceses a quien estos permitían el uso del arma, por estar seguros de sus intenciones.

No era así, sin embargo. *Escopeta* tenía tan gran afición a la caza que para él, día que no dedicaba a este ejercicio, era día echado a perder. Cuando los franceses hicieron requisita de las armas existentes en Olite, quisieron quitarle la suya al cazador; pero tanto insistió este en que aquella arma antes se volvería contra el pecho del propietario que contra el de un soldado francés, que Musnier aconsejado por el alcalde, consintió en dejársela. Con aquella arma que era un escopetón de chispa, traía su dueño aterradas a todas las liebres del término de Santa Brígida y a las numerosas perdices que viven y se multiplican en los ribazos de San Martín de Unx.

El muy bruto le metía unas cargas de pólvora y mostaza que le exponían a la contingencia de que reventando el cañón, matase al amo en vez de la pieza, y con un solo tiro ahuyentaba toda la caza del contorno, tal era el estrépito que producía.

Este pues, gran cazador *in conspectu Domini*, este fornido Nemvod olitejo, al oírse ahora llamar por los dos camaradas, torció su dirección y se vino tosiendo, hacia



los amigos. Aquella tos le era tan peculiar y frecuente que lo mismo podía llamársele al dueño del pecho que la emitía, *Catarro* que *Escopeta*, ya que como decimos tan ordinario era en él toser, como llevar el arma.

Con la venida del nuevo personaje la conversación se volvió a animar, si bien estuvo a pique de cambiar de rumbo, por la manía que tenía *Escopeta* de llevar siempre la charla a su terreno favorito, la caza. Porque es de saberse que en el ejercicio cinegético le habían ocurrido a mi hombre cosas inverosímiles que en ningún otro las hubiera él creído.

¡Vamos! que aquello de las dos liebres que venían corriendo en dirección opuesta y a una de las cuales disparó él, *Escopeta* con una bolita de pez, por no tener otra munición, consiguiendo pegársela en la frente, de tal suerte que chocando la otra con ella, se quedaron las dos liebres trabadas por la cabeza y él las cogió vivas!... eso díganme ustedes a qué cazador desde Nemvod acá, ha podido sucederle.

¿Y en cuestión de tino en jugar al blanco? No saben ustedes lo que le pasó una vez a *Escopeta*?

Iba éste muerto de sed, por un campo, a cazar naturalmente. Hacía un sol de justicia que achicharraba, y *Escopeta* tenía una sed como no ha habido otra en el mundo, desde la de Ismael hijo de Agar, hasta las más horribles que se hayan podido sufrir en nuestros días. ¡Qué sed aquella, compadre! De pronto llegó a un caserío; pero la puerta estaba cerrada y no era cosa de llamar y esperar a que la dueña abriese la puerta, fuese al pozo, sacase agua, la pusiese en una escudilla y se la diese. *Escopeta* levantó entonces los ojos,—unos ojos cansinos del sol y de la sed, y vió en el balcón una corambre. Debía estar llena de agua. Metió el cazador la mano en la faltriquera y... otra desesperación; no tenía balas. Hurgando mucho en los bolsillos pudo, al fin dar con dos perdigones. A falta de pan, se dijo y metió uno

en el cañón, guardando el otro para después. Apuntó y... ¡pum! a la corambre. Un chorro de agua riquísima y cristalina brotó en semicírculo, dibujando en su caída, los cambiantes del iris. *Escopeta* acercó la boca y bebió... bebió... bebió hasta hartarse; después sacó el otro perdigón y... otro tiro que tuvo el acierto de dar en el mismísimo orificio que había abierto el primero, resellando el chorro que de allí fluía.

Con cuentos semejantes entretenía *Escopeta* la ociosidad de los desocupados de Olite que formaban corro a su alrededor para celebrar y reír sus disparates. Entonces venía también de humor de ensartar sus narraciones; pero el *Curro* y su compadre le atajaron la palabra, disparándole este escopetazo:

—Vienes este año a San Fermín?

—Ya sabeis vosotros, respondió gravemente el héroe, señalando la escopeta que yo no abandono a mi señora, más que durante una semana para ver el encierre de los toros por San Fermín y oficiar de ayudante del sacamuelas en la plaza del Castillo.

—De modo que contamos contigo para echarla?

—Contais conmigo para echarla.

—¿Adonde vas ahora por ahí con ese escopetón capaz de levantar un zocorro de cada tiro?

A meter un bando bueno a las perdices... Con que adiós que se va el tío.

—Adiós, matapájaros.

Los lectores se habrán quedado viendo visiones cuando nos han oído hablar, refiriéndonos a las fiestas de San Fermín, de *mal corazón*, *extracción de muelas* etc., y preguntarán: ¿Qué es eso?

Pues eso es que el grupo de los de Olite se burlaba donosamente del candor de los pamplonicas por medio del *Curro* que sabía fingir a maravilla que le daba mal de corazón, que extraía muelas sin dolor, etc., etc. Así se daba el caso de que volviendo la gente por la calle

de Estafeta, después de presenciar el clásico encierro de los toros, donde mayor era el gentío ¡pum...! se veía caer de súbito un hombre pesadamente en tierra y comenzar a haber allí viajes y contorsiones.

Los demás de Olite le rodeaban al momento, fingiéndose sus parientes y en tanto que el del suelo, que no era otro que *el Curro* en persona, rechinaba los dientes y ponía los ojos en blanco, sus adláteres se lamentaban de la desgracia que tan sin pensarlo, había sobrevenido a aquel infeliz. En seguida se arremolinaba la gente.

—Hombre! decía uno de los circunstantes; son ustedes parientes de este pobre y salen con él a fiestas teniendo este achaque?

—El caso es que queríamos dejarle en casa; pero no podemos con él; tiene que venir con nosotros a San Fermín.

—Pero, hagan ¡ustedes algo. No se estén ahí lloriqueando; busquen un médico.

—La cosa es.....

—Qué?

—Que si tuviésemos anisete fino.

—Con anisete fino se le pasa?

—Pues tomen ustedes, decía entonces, con franqueza navarra, un señor gordo, sacando unas cuantas monedas; entren ustedes en esa tienda y traigan a mi cuenta, lo que necesite.

Uno de ellos entraba por una botella que aplicaba luego a los labios contraídos del falso paciente, el cual bebía, entre visaje y visaje, hasta que se curaba.

Otras veces colocaban unas sillas y se dedicaban a sacar muelas. Llevaban a prevención una mucho vieja y los correspondientes alicates. El maestro peroraba subido en una silla, con la verbosidad que caracteriza a los del oficio. Salía uno de Olite, el cual, fingiéndose convencido por la elocuencia del orador, se sentaba en otra silla, rogándole le extrajese una muela que tenía

careada y le hacía sufrir en gran manera. El orador tomaba los alicates en los que colocaba disimuladamente la muela consabida, miraba y remiraba la boca, e introduciendo en ella la herramienta, sacábala de pronto enarbolando en el alicate, la muela que había pertenecido a otro. El aplauso de los espectadores era unánime.

—Compadre.—Ha sentido usted algún dolor?

—Ninguno, absolutamente. Cuánto es?

—Tanto.

—Tome usted.

—En paz.

Entonces sale uno de los espectadores, un señorito con el carrillo hinchado, el cual señorito, ignorando la superchería, le dice al doctor:

—A ver si me extrae usted a mí una que tengo yo también careada en la encía de arriba y me dá quehacer.

—Siéntese usted, caballero. Dónde está esa muela que dice? El dentista lleva el alicate por toda la dentadura y engancha al fin la muela dolorida.

—Ay! ay! Aaay!

Los gritos del paciente son tales, que llaman la atención del polizonte que hace guardia en la esquina, el cual se dirige con cara de basilisco hacia el grupo.

Inútil es decir que para cuando el *poli* está a diez pasos de distancia ya el maestro ha desaparecido, dejando abandonada la improvisada clínica.

Estas bromas y jolgorios y otras semejantes, eran las que habían dado fama de divertida a la gente de Olite, que concurría a las clásicas fiestas de San Fermín.

Aquel año de 1811 habían determinado sus protagonistas llevarlas adelante, pensamiento que no pudo tener realización, por haber ocurrido en el pueblo, al rededor del 7 de Julio, día del glorioso patrón de Navarra, sucesos terribles que llevaron la consternación al ánimo de sus habitantes, sumiendo en el desconsuelo a buen número de familias.

DÁSE CUENTA DE LA PRISIÓN DE VARIOS PATRIOTAS EFECTUADA POR LOS SOLDADOS DE MUSNIER

Acabáronse, acabáronse, Padre Morrás, las excursiones vespertinas por las orillas del Cidacos en compañía de los dos buenos amigos, el noble de abolengo y el profesor de gramática; acabáronse aquellas apacibles jiras amenizadas con chistes y discusiones literarias y políticas y en las que el vaso de cuerno del profesor daba vuelta dos veces en manos de *la Trimurti*, colmado con la estomacal y deliciosa agua del *Chorrón*. La desgracia cernió su vuelo sobre la patriarcal ciudad de Olite, interrumpiendo su vida pública, poniendo un paréntesis lúgubre en las relaciones de amistad, introduciendo el huesped del terror en los hogares.

Y acabáronse, acabáronse vosotros los rezadores de pintorescos remoquetes, *Carabina, el Rey, el Curro* y demás del vibrante grupo, las alegres excursiones anuales a las fiestas de San Fermín de Pamplona; en las cuales erais conocidos y celebrados bajo el mote de la *gente alegre de Olite*, la adversidad frustró vuestros joviales designios, obligándoos a permanecer en vuestras casas, a llorar sobre las ruinas de la Patria en cuyos altares os

iba a mostrar la traición alevé los cuerpos ensangrentados de varios compatriotas vuestros.

Nosotros, descendientes de aquella heroica generación que limpió de invasores el suelo nacional; los que poblamos al presente la tierra bendita redimida con vuestro esfuerzo y santificada con vuestro dolor, nos descubrimos ante el horrible infortunio que cayó sobre este pueblo, aplaudimos vuestro denuedo y rezamos una oración por las víctimas.

Escribe tú, pluma mía, empapada en lágrimas de agradecimiento y de perdón, la terrible escena que tuvo lugar en Olite, el día 10 de Julio de 1811, con la secuela dolorosa de tristes sucesos que vinieron en pos de ella.

Habiase formado en esta ciudad, obedeciendo las órdenes del gobierno intruso, una *Junta de salvación pública* cuyo objeto era descubrir y perseguir a los ciudadanos que prestasen apoyo material o moral a los enemigos del orden establecido. Ya se adivinan las causas que habían motivado la formación de esta Junta.

Los enemigos de la opresión napoleónica tenían en jaque a aquel débil gobierno que no contaba con otro apoyo que las bayonetas de los soldados franceses. Al generoso pueblo español le repugnaba tener que aceptar una legalidad que había tenido que pasar para constituirse, sobre las coronas de los amados reyes despojados de ellas por la arbitrariedad. La indignación pública tuvo fuerza y eficacia para levantar en masa al pueblo consciente, el cual armó las manos de sus hijos para derrocar por la violencia un régimen impuesto contra todo derecho. Nunca jamás pueblo alguno estuvo tan persuadido de los suyos, como el pueblo español durante aquella durísima y larga contienda.

Los grupos armados ocuparon el suelo de la nación pronto a convertirlo en tumba de los invasores; hicieron fortalezas los montes y las peñas; cada recodo de las veredas era barbacana desde donde se disparaba a



mansalva contra el enemigo, y los páramos castellanos y las feraces vegas de Andalucía y las breñas del Norte y las riberas navarras, vieron caer en sus recuestos y besanas los pendones que había alumbrado el sol de Austerlitz. El donaire popular reía de las fanfarronadas napoleónicas cuando veía a los grandes mariscales reducidos a la impotencia en una guerra donde la gran estrategia nada significaba. Los nombres gloriosos de Soult, Massena etc. reverenciados por cientos de miles de granaderos que caminaban seguros, en gigantescas marchas, amparados por la magia de su prestigio, hubieron de emparejarse en la historia de la guerra de España con los de Mina, Boquica y Juan Martín el Empecinado que se atrevían a atacar las escoltas de los generales y les ganaban la partida.

Los insignes jefes franceses caminaban de uno a otro cuartel confiadamente, conduciendo muchos prisioneros y abundante botín de guerra, cuando al atravesar un bosque o revolver una curva estallaba el fragor infernal de los trabucos cuyos dueños los guerrilleros, convenientemente apostados se lanzaban al cuerpo a cuerpo, tras la primera descarga; recuperaban en épica brega el botín; cogían los prisioneros y dirigían insolentes palabras de desafío al duque de Elchingen o de Dalmacia, o al príncipe de Wagram, que aterrado por la presencia de los guerreros populares, huía mirando atrás y con el sable inútil apoyado en el arzón delantero de la silla de montar.

Pero en tanto que el pueblo derrochaba sangre y heroísmo para conseguir la liberación de la Patria, un grupo de indignos españoles traicionó la causa nacional, entregando su dignidad por el disfrute de honores y distinciones públicas. En cada pueblo hubo un grupo de estos miserables que se prestaron a secundar los planes del invasor ingresando en las Juntas municipales constituidas por el gobierno, y causando desde ellas infinitos

males a los patriotas, a fin de demostrar su celo en el servicio del rey José.

La Junta de Olite había dado ya muestras de sí deserrando del pueblo a varias personas entre ellas al noble D. Javier de Iracheta y al profesor de Gramática D. Antonio Eraul, los cuales recibieron orden de residir en un pueblecito de la frontera francesa, mientras duraba la guerra. Fué fortuna para el primero que su hijo se supo arreglar de suerte que pidió y obtuvo el permiso de acompañar a su padre a Francia de donde se fugó a poco, acudiendo a formar en las filas de la célebre División navarra que trajo a mal andar, durante tanto tiempo a los franceses encargados de la defensa de este reino.

Al dómine le valió para no correr peor suerte, su ancianidad y el que los franceses, con Musnier a la cabeza viendo su personilla menguada, no le creyeron capaz de intentar cosa de riesgo. También le valió la ignorancia en que los del destacamento estaban, de sus excitaciones y bravatas, porque es seguro que de haber sabido los franceses algo de lo mucho que el profesor había hablado contra el rey José y los suyos, lo menos que hubieran hecho era colgarle de una almena del castillo.

Al alcalde D. Blas, lo destituyó Musnier de orden del general Rochefort, que estaba en Tafalla, porque habiéndole exigido el general la prestación de algunos carros para transporte de heridos, el alcalde encomendó este servicio a varios vecinos que, además de acudir tarde, se insolentaron con un oficial al cual quisieron pegar y le hubieran metido debajo de las ruedas, a no ser por unos cuantos paisanos que mediaron para que la reyerta no siguiese adelante. Es de justicia advertir que Mr. Musnier llevó a cabo la destitución del alcalde con la mayor pulcritud, excusándose con los deberes de su cargo en tiempos tan revueltos y sin faltar personal-

mente en lo más mínimo a su antiguo amigo.

Además le dió seguridades de que su hija Blanca Rosa que quedaba en Olite, no recibiría la menor ofensa, a pesar de no ocultársele al señor oficial la antipatía profunda que la señorita guardaba a los de Francia, hasta el punto de no haber dirigido dos veces la palabra al mismo Musnier, durante su alojamiento en casa del alcalde. Hay que reconocer que para francés y francés de un ejército de ocupación, Monsieur Musnier era bastante comedido.

Con estas seguridades, el alcalde cuyo destierro había de durar seis meses, partió de Olite, estableciéndose en un pueblecito cercano a la ciudad de Estella.

No hay amigo para amigo,
las cañas se vuelven lanzas.

Con la marcha de estos personajes, la Junta de salvación pública quedó a sus anchas, libre y expedita para cometer el desaguizado con que trataba de acreditar su celo. En aquel odioso grupo, debemos advertir que ninguno de sus miembros se distinguía por la ilustración aunque fuese a la violeta que, por lo general, distinguió a los famosos afrancesados españoles. Eran los de Olite hombres ordinarios cuyos cerebros no podían albergar las ideas de engrandecimiento de la Patria que concibieron en los suyos Moratín, Meléndez Valdés, Javier de Burgos y otros extraviados de aquella época que se pasaron al partido francés. El menguado *comité* olitejo lo componían personas insignificantes cuyos méritos se reducían a haber arado la gleba durante varias sementeras, con más o menos habilidad y suerte.

Pero pasemos ya a reseñar el ridículo incidente de que tomó pie la Junta para llevar a cabo el inicuo atropello que costó al pueblo la pérdida de algunas vidas y el luto de los correspondientes hogares.

Faltaríamos a la exactitud novelésca que nos hemos propuesto como norma en nuestro libro, sino atribuyéramos a la malhadada anguarina del Sr. *Carape* la desgracia de haber provocado aque fatal incidente.

Era la mayor fuerza del verano y los braceros de Olite hallábanse congregados en la plaza, según costumbre, para contratarse en las faenas de la siega que estaba entonces en su apogeo. Como los franceses andaban por todas partes, mezclándose en las conversaciones con los paisanos que seguían en un español chapurreado, uno de ellos, oficial por más señas, se puso a hablar en un grupo próximo al en que estaba *Carape* y en tal posición que el hombro derecho del francés tocaba con el derecho de Francho. Estaba éste como de costumbre, alabando las dotes oratorias de su amigo el P. Morrás, y en aquel mismo momento acababa un inciso, encomiando el último sermón que había predicado el Padre. Hacía algo de relente y Francho se fué a embozar con la anguarina, uno de cuyos extremos se le había caído, en el calor de la perorata. La vieja prenda describió un vasto semicírculo cuya curva la formaba el guijarro mondo y pelado que como saben los lectores, llevaba el Sr. Francho en una de las mangas para contrabalancear el peso del compañaje. Ni que el mismísimo diablo, tratando de provocar la catástrofe que de aquí se originó hubiese dirigido la trayectoria del guijo mondo y pelado, no hubiera éste dado más en medio de la cabeza al oficial francés que de espalda a Francho conversaba. Volvióse el galo ébrio de cólera y con los puños enarbolados en actitud de descargarlos sobre el *Carape*, cuando una gran carcajada que resonó en los dos grupos, acabó de exacerbar al francés quien molido y afrentado echóse sobre el viejo emprendiéndola a puñadas y puntapiés.

Los españoles que así vieron parar a su paisano, acometieron a su vez al de Francia, al que ya venían a

socorrer tres o cuatro soldados de su nación que estaban tomando una copa en una taberna próxima y habían visto la pelaza. Con la llegada de los nuevos combatientes encendiéronse más los ánimos, armándose allí una maraña en la que los mojicones, palos y coces repartíanse con profusión maravillosa.

Los españoles eran más y en cinco minutos de brega dejaron a los franceses tundidos y pateados, llegando el encarnizamiento de uno de los paisanos, que no era otro que el propio *Boquica* en persona, a pronunciar, de pié sobre las espaldas del oficial derribado, un estentóreo ¡*Viva Fernando VII!* Fué fortuna que del castillo donde los restantes franceses se alojaban, no se dieran cuenta de la manera cómo los paisanos paraban a sus camaradas. Levantáronse éstos del suelo y confusos y avergonzados, corrieron a dar cuenta a Musnier de lo ocurrido.

Entretanto la Plaza Mayor quedaba completamente despejada, encerrándose todos los habitantes en sus casas, temiendo las consecuencias de la pasada brega. Cuatro o cinco hombres, sin embargo, salían por la parte de la ciudad opuesta al castillo, recatando bajo las capas sendos trabucos. Preveían las represalias de la Junta de salvación y preferían poner la suya en los piés y en la metralla del *naranjero*. (1)

Este ridículo incidente que queda descrito lo aprovecharon maravillosamente los de la Junta para dar una prueba más de su existencia y manifestar su celo por la quietud pública. Así fué que aquella misma mañana—9 de Julio de 1911—la Junta de salvación pública designada por S. M. el Rey D. Joseph Napoleón Bonaparte, cansada ya de contemplaciones y de esperas, y viendo que la clemencia de las autoridades sólo servía para dar

(1) Trabuco así llamado por la configuración de su boca que semejaba el molde de una naranja.

alas a los perturbadores de la paz pública, ajustándose en un todo, a las instrucciones recibidas del Gobierno de S. M. procedía a decretar la detención de 43 individuos del pueblo de Olite que se habían significado por su adhesión a la causa de los insurgentes contra el gobierno legítimo y tenían sus parientes en la *División navarra* que hacía la guerra a las tropas de S. M. Los detenidos debían ser puestos a disposición de un Consejo de guerra, el cual determinaría la pena a que se habían hecho acreedores.

Esto decía la orden dictada por los de la Junta y en ella se expresaban los nombres y apellidos de los que debían ser presos y sometidos al Consejo de guerra. Los seides de Musnier cumplieron la orden con la mayor escrupulosidad y celo, entrando por las casas y aprehendiendo a los individuos designados que fueron conducidos entre bayonetas, a los sótanos del castillo.

El Padre Morrás salía aquella misma mañana, dos horas después de celebrar misa, a visitar a un enfermo grave que vivía en la calle de *Enmedio*. Extrañóle el profundo silencio que reinaba en la ciudad y no fué menor su sorpresa cuando vió que los franceses patrullaban con aire matón, por las calles. Las puertas estaban cerradas y solo algún postigo que otro se abría de cuando en cuando, para dejar ver una cara medrosa que trataba de escudriñar lo que pasaba en el arroyo.

Al cruzar el Padre una de las calles, vió que los franceses conducían entre bayonetas a algunos paisanos los cuales iban esposados, oyendo en silencio las injurias que los soldados les dirigían. Aguijoneado el Padre por la curiosidad, detúvose junto a la puerta de la Juanaza y llamó, apareciendo a poco en el dintel la dueña, quien se extrañó de que anduviese el Padre por las calles en aquella ocasión, a peligro de que le ocurriese algún grave percance.

—Qué pasa, Juana? preguntó el franciscano.

—Pase V. Padre Morrás, tenga la bondad de pasar; que no le vean a V. los franceses. Entre en el portal.

—Pero qué hay? volvió a preguntar el misionero, viendo que la comadre cerraba otra vez la puerta, asegurándola por dentro.

—Pues pasa que se ha armado una pelea en la plaza por culpa, según parece, del señor Francho.—Ah! ya pareció aquello—pensó en sus adentros el franciscano, y la Junta de afrancesados ha mandado detener a 43 vecinos, con achaque de que favorecen a los guerrilleros que pelean contra los franceses.

—A cuarenta y tres vecinos? Esos hombres van a hacer alguna barbaridad ¿Y has oído si les han mandado detener para hacerlos salir del pueblo, para que sirvan de rehenes o para qué? Porque esos salvajes no habrán mandado decretar tales prisiones para darse un hartazgo de sangre.

—Vaya si es para eso. La gente da por segura que los fusilan. No, como así lo hagan, eso no puede quedar impune.

—Válganos nuestro Padre, San Francisco. ¡Fusilar a cuarenta y tres hombres! Eso no se les ocurre ni a los salvajes de Africa. Y a Francho le han llevado también preso?

—También. Hace cosa de media hora que lo sacaron atado codo con codo.

—Ese bruto había de ser el que diese pie para la contienda. Claro! Aunque de mañana estaría ya hecho uva. No; pues por mí, aunque le propinasen un buen susto, no había de mediar como no le viese en peligro de muerte. Lo que es una paliza, se la tiene ese bien merecida, a ver si escarmienta de una vez y deja la bebida.

—Y Crispa qué hace?

—Pues la Crispa salió detrás de los franceses insul-

tándolos, hasta que el mandón la hizo volver dándola con el fusil en el hombro.

Vamos, sí. Procedimientos franceses en tiempo de invasión de territorio enemigo. Bueno, abre; que tengo que ir a ver al Sr. Eulogio Pérez, que está enfermo de gravedad.

—Por Dios, Padre Morrás; no salga V. a la calle; tenga V. la bondad de subir arriba y allí se puede estar hasta ver en qué para esta nube.

—Abre, te digo. Ni por los franceses ni por nadie dejo yo de cumplir mi ministerio.

La Juanaza, viendo la determinación del misionero, abrió la puerta y el Padre echóse a caminar por la desierta calle, pensando mientras andaba en la bajeza de alma de aquellos españoles que no habían vacilado en ofrecer a la barbarie francesa, las vidas de 43 convecinos suyos.

—¡Ah ruines!, decía entre sí el franciscano; pero no; aunque los españoles hayan dado esa muestra de ferocidad, no es posible que los franceses se olviden de sus sentimientos humanitarios hasta el punto de llevar a cabo una hecatombe como la que supondría el fusilamiento de cuarenta y tres personas. Los franceses no harán eso, por malos que sean. Dejarían de ser hombres para convertirse en tigres.

El Padre Morrás no debía tener idea exacta de lo que son los franceses, cuando tratan de dominar militarmente un territorio enemigo. Por lo menos, los que ocuparon las sillas del Consejo de guerra, encargados de juzgar a los 43 paisanos de Olite, debemos decir que no se ajustaban al patrón imaginado por el misionero en sus cavilaciones humanitarias.

Aquella misma tarde supo el pueblo en medio de indescible horror, que todos los presos, sin excepción de uno solo, según opinión y fallo del Consejo de guerra, habían incurrido en pena de muerte, la cual había de

ser ejecutada precisamente al rayar el alba del siguiente día.

Al conocerse tan atroz decisión, un grito de angustia se escapó de todos los pechos, y los parientes y amigos de los condenados a muerte corrieron a implorar la clemencia de sus inflexibles jueces. Al anochecer de aquel día mismo, había aún pocas esperanzas de que un sentimiento de humanidad en los militares franceses, evitase o por lo menos aminorase la terrible hecatombe.

Por lo que se ve, y a pesar de la opinión del buen P. Morrás, los franceses del Consejo de guerra tenían más de tigres que de hombres.



**DASE CUENTA DE UNA HAZAÑA QUE SE
ATRIBUYÓ A BLANCA ROSA
ARMENDÁRIZ**

Enterado el buen Padre, Angel Morrás, de la brutal determinación del Consejo de guerra, no necesitó excitación de ninguna clase para poner en juego su influencia y lograr que tan monstruoso fallo no se llevase a término. Amaba el Padre muy de veras a la religiosa ciudad de Olite y condolióse profundamente de la consternación en que estaban sus habitantes. Así fué que inmediatamente abandonó el convento y se dirigió a casa de los señores párrocos Vicarios de las respectivas iglesias, para en unión de ellos marchar a ver a Musnier, obligándole a revocar o por lo menos a atenuar la terrible orden.

—Señores, les dijo en cuanto estuvieron juntos, esta gente está aterrada y con razón desde que ha sabido la terrible desgracia que amenaza al pueblo. Es preciso que nosotros, sacerdotes del Señor, demos ejemplo de fortaleza y hagamos cuanto esté de nuestra parte para alejar de esta pobre ciudad tan terrible azote. Vamos los tres juntos a hablar al comandante francés y propongámonos no salir de su presencia sin haberle arrancado la promesa de que la ejecución no se llevará a efecto.

Los venerables párrocos hallaron muy razonable la propuesta y —Vamos, dijeron, que no ha de ser Musnier de tan malas entrañas que viendo como se le humillan los clérigos a los que en veras y en burlas, tantas veces ha manifestado venerar, deje de complacernos.

Y echaron a andar los tres en dirección al palacio.

Estaba entrando la noche y una nube de tristeza se cernía sobre el montón de viviendas de la ciudad. Nada alteraba el imponente silencio que reinaba entre la gente, sobrecogida por el terror de la escena que iba a desarrollarse en la próxima mañana. Las luces de aceite titilaban en las hornacinas de los santos abiertas en los arcos de piedra que dan entrada a la ciudad. Aquella noche, manos trémulas por la emoción, habían colocado más luces delante de las imágenes queridas, dirigiéndolas, al retirarse un ruego ferviente por la salvación de los que estaban en peligro de perecer. Dentro de las casas también se rezaba, implorando la piedad divina y suplicando a Dios por mediación de los santos que se dignase tocar el corazón del jefe francés, inclinándole a la clemencia en favor de los presos.

Entretando el grupo formado por los tres clérigos se detenía en la entrada del viejo alcázar, solicitando ver a Mr. Francus Musnier, comandante del destacamento francés. El centinela transmitió el ruego de los visitantes que pronto llegó a conocimiento de Musnier, el cual determinó que pasasen los señores clérigos.

Recibió Musnier a sus antiguos conocidos de bastante mala manera, increpándoles y echándoles en cara que era precisamente el clero el que, en lugar de cumplir su misión de paz, se dedicaba, en todas partes, a soliviantar los ánimos, excitando a los paisanos a tomar las armas contra el gobierno legítimo.

Hízoles saber que estaba determinado a hacer de una vez un escarmiento, quitando de en medio a los que más directamente habían contribuido con sus actos

a fomentar la rebelión y que en consecuencia, al día siguiente haría pasar por las armas a los 43 culpables, detenidos en los fosos del castillo.

Todo esto lo dijo Musnier con los ojos encendidos por la cólera y sobándose con entrambas manos, según su costumbre, el enorme y cerdoso mostacho.

Tomó la palabra el Padre Morrás y manifestó al comandante que en realidad, se habían dado casos de personas que habían empuñado las armas para combatir al gobierno, pero que el señor Musnier no podía negar tampoco el buen acogimiento que tanto él como sus tropas, habían tenido en Olite y la solicitud con que todas las clases de la población, con el Ayuntamiento a la cabeza, habían proveído a su manutención y obsequio. Que durante muchos días, la tropa había convivido fraternalmente con los paisanos, hasta que vino a turbar esta buena armonía el miserable incidente de aquella mañana. Que aquel incidente no tenía la importancia que se le quería dar, toda vez que había sido originado por un pobre mentecato que pasaba los días en continuo estado de embriaguez. Que mirase le venían a pedir un acto de clemencia las personas más respetadas de la población, sobre todo, los dos señores sacerdotes que le acompañaban, los cuales con tanto celo habían asistido a la Junta de suministros, nombrados por el mismo Sr. Musnier.

Los dos señores párrocos tomaron entonces la palabra, apoyando con otras no menos elocuentes, las razones del franciscano en favor de los presos. Pero el francés seguía terne, asegurando que allí se imponía un escarmiento y que era Mr. Musnier el que lo iba a dar; que los españoles eran unos *brigantes* que el día menos pensado armarían una gresca a sus tropas y que dejasen de hablarle de perdón, porque estaba harto de contemplaciones y lo que pasaba en otras partes le obligaba a prevenirse.

Los clérigos volvieron a la carga, apesar de estas destemplanzas, y en fin, tanto le dijeron v con tal ahinco le supieron suplicar, que Musnier tuvo a bien rebajar el número de los que habían de sufrir la pena de muerte a la mitad, y aun estos permitió luego que quedasen reducidos al número de ocho.

Con esto la catástrofe quedaba aminorada; pero..... y ¿a los que les tocaba sufrir la pena?

Rindamos nosotros tributo de agradecimiento a las almas compasivas que se interesaron porque el duelo de la buena ciudad de Olite no alcanzase las aterradoras proporciones que hubiese tenido de cumplirse en todas sus partes el fallo del Consejo, y elevemos una oración por los connacionales, a quienes tocó ofrecer su vida en holocausto por la patria. Sus nombres han quedado grabados en la lápida que en tiempos mejores hizo erigir el Ayuntamiento en el sitio mismo donde se consumió la tragedia. Llamábanse los designados por la suerte para sufrir la última pena: Manuel Garasa, Silvestre Ujué, Jerónimo Escudero, Javier Castillo, Martín Vidaurre, Bartolomé Arizmendi, Bernardo Montané y Martín Baigorri, apellidos que añaden un timbre de gloria a las familias que hoy los llevan en Olite. Todos ellos eran fervorosos patriotas y la causa que adujeron sus jueces para condenarlos, era, que tenían sus interesados sirviendo en las filas de la División navarra.

Amaneció aquella mañana 10 de Julio, hermosa y despejada. Una franja de rosa teñía la banda de oriente, mientras en el campo ribereño la naturaleza se despe rezaba a los toques de halago de un aire enervador. Todo era quietud en el ambiente; el lucero parpadeando majestuoso, dejábase ver encima de la mole del viejo palacio, introduciendo la flecha de plata de sus rayos, en la serenidad de la atmósfera.

A las cinco de la mañana abrióse la puerta del alcázar y comenzaron a salir los presos para el lugar de la

ejecución. La rabia brutal de los franceses se había ensañado hasta el extremo de negar a aquellos infelices, católicos creyentes todos ellos, el consuelo de tener un sacerdote a su lado en la hora postrera. Iban los reos esposados y frente al lugar señalado para la ejecución, estaban formadas las tropas encargadas de llevarla a cabo. Detrás se alineaban las demás fuerzas del destacamento, con Musnier a la cabeza.

El modo que se había de guardar en la ejecución era el siguiente. Debían ser pasados por las armas de dos en dos, comenzando por la izquierda de los encargados de disparar.

Cuando terminó la llegada de los sentenciados, este orden se cumplió al pie de la letra, con la mayor precisión. Los patriotas fueron cayendo por parejas después de cada disparo; así los que cayeron los últimos vieron la agonía de sus compañeros. Las puertas y ventanas de las casas se mantenían en tanto completamente cerradas; ningún vecino tuvo la curiosidad malsana de asomarse a ver la muerte de sus paisanos.

Tan solo, momentos antes de la ejecución, y en la casa que queda frente al hoy llamado *Casino de los ricos*, en la Plaza mayor, abrióse disimuladamente una ventana y se vió una mano que trazaba una cruz en el aire en dirección al solar del referido casino donde se hallaban alineados los patriotas. Era un sacerdote que los bendecía.

La cruel represión que significaba el hecho descrito, hizo pensar a Musnier en las represalias que, de seguro, tomarían los guerrilleros en cuanto llegase a su conocimiento. Además supuso que el pueblo tan aquietado por el terror a la hora presente, no tardaría en volver sobre sí, emprendiendo una hostilidad funesta para sus tropas las cuales se verían precisadas a mirar con prevención, los mismos alimentos facilitados por los paisanos.

Movido por tan poderosas razones, determinó el comandante pedir refuerzos a Tafalla, dando al mismo tiempo cuenta a sus superiores de lo ocurrido y avisándoles que estuviesen a la mira para enviarle más socorros, si fuese necesario, pues preveía que se iban a desarrollar graves sucesos en Olite.

No le engañaron sus presentimientos a Musnier. Creyendo los afrancesados de la Junta haber llevado a cabo un acto de gran ejemplaridad con el castigo de los patriotas, y entendiendo que convenía dar la mayor notoriedad a aquel acto, indujeron al Ayuntamiento que era hechura suya, a que enviase al *Veredero municipal* por los pueblos de la merindad a fin de hacer saber a sus habitantes la justicia que se había hecho en Olite, de los enemigos del gobierno.

Esta determinación fué causa de su ruina. Acampaba en las breñas del Carrascal la División navarra en cuyas filas había hijos de la mayor parte de los pueblos del valle de Orba perteneciente a esta merindad y en ella se habían alistado también algunos patriotas olitenses, entre ellos el hijo de don Javier Iracheta y el famoso *Boquica hijo*, el cual había tenido maña suficiente para embaucar a los franceses y escaparse de su prisión de Pamplona.

Boquica padre, junto con los hombres que se fugaron de Olite el día de la pelea en la Plaza mayor, se alistaron en la guerrilla del gran Mina y Cruchaga, que también acampaba por aquellos montes.

La noticia de lo acaecido en Olite se supo enseguida por los guerrilleros, gracias, además del veredero municipal, a los numerosos espías esparcidos por los pueblos y aldeas de la vecindad. Al saberse tan atroz nueva, un clamor universal se alzó en aquellas soledades, pidiendo unánimemente los soldados a sus jefes que les llevasen a marchas forzadas a Olite, a vengar la muerte de los patriotas. Al mismo tiempo se disponían las municiones

y se afilaban las armas para hundirlas en el pecho de los franceses.

Serían las tres de la madrugada del día 15 de Julio, cuando los capitanes, aprovechando el ardor de sus gentes, dieron la orden de avanzar. Salieron de sus escondites los guerreros y de allí a media hora, negreaba ya el camino de Tafalla y Olite con la manga de gente resuelta que caminaba en dirección a esta última ciudad. Formaban la División mocetones fornidos de alma entusiasta y cuerpos a propósito para resistir las penalidades de la guerra. Sus rostros atezados habían resistido el sol de los campamentos establecidos entre breñas y peñascos, y sus ojos cien veces se habían clavado ansiosos en los cuerpos destrozados de los enemigos caídos en lucha con la guerrilla.

La gente no estaba bien uniformada; al lado del ordinario bombacho, veíase el pantalón en franjas militares y junto a la chaqueta plebeya el casacón con borlas que perteneció a un granadero francés muerto en un recodo. Sus armas eran tan variadas como la vestimenta; había allí, desde el fusil de chispa con su buena bayoneta en el extremo, hasta el pistolón de dos caños, pasando por el feroz trabuco de estrecha culata y ensanchada boca. Algunos llevaban enormes cachiporras y otros no tenían más armamento que un chafarote sin vaina colgado a la cintura.

Era aquel un ejército que ponía de manifiesto la idiosincrasia guerrera del pueblo que le había formado; había variedad en todo, en la talla, en las armas, en los vestidos, la aspiración, en cambio, era una sola.

Durante cinco o seis horas culebreó la negra hilera por los caminos carreteros, bajo el ardor del sol que iluminaba con rabiosos chispazos los cañones de las armas y las chapas de los cinturones. A las diez de la mañana estaba la tropa en frente del pueblo de Tafalla; pero, esquivando el ataque a una población donde ha-

bía tan numerosa guarnición francesa, siguieron en dirección a San Martín de Unx, para caer desde allí sobre Olite. El movimiento se había efectuado con tanta reserva que ninguno de los jefes de destacamentos franceses se había dado cuenta de él, despistados además por las falsas referencias de los espías, quienes aseguraban que la *División Navarra* y la guerrilla de Mina seguían en el Carrascal, preparándose a efectuar un golpe de mano sobre Pamplona. Las gentes de Mina cubrían ahora la retaguardia de la División, marchando el valiente jefe a la cabeza de sus guerrilleros.

Siguió su avance la gente y a las diez y media descubrieron las torres de la ciudad de Olite, empezando a andar en dirección a este pueblo por el viejo camino de San Martín de Unx. Al llegar a un caserío que se alzaba en el comienzo de la muga de Olite, ordenóse un pequeño descanso para que la tropa se repusiese algo de las fatigas de tan largo camino. Varios oficiales entraron en la casa cuya puerta estaba de par en par, reinando, en cambio en su interior un silencio de muerte. Nuestros oficiales se explicaron el hecho enseguida: los habitantes habían huido ante el temor de que los franceses ocupasen la casa.

Empujaron la puerta que había a mano izquierda en el portal, y un espectáculo horrible se presentó a su vista. Unos cuantos soldados franceses yacían muertos en diferentes posturas al rededor de una mesa, donde había un jarro y varios vasos vacíos. El aspecto de los cadáveres infundía la sospecha de que no habrían transcurrido dos horas desde su muerte, debida sin duda, a un envenenamiento. Los cuerpos estaban flexibles y casi calientes, tenían los rostros amoratados y empuñaban las armas que de poco les debieron servir.

Posteriormente se supo que aquellos hombres habían sido enviados por Musnier para avisarle si por allí se veían llegar fuerzas enemigas en dirección a la ciudad

confiada a su guarda. Varios paisanos atestiguaron que desde hacía algunos días, se había establecido en el caserío una señora muy agraciada procedente del pueblo de Olite. Muchas veces la habían visto los paisanos escanciando vino a los franceses que llegaban hasta allí de excursión. Sin duda a causa del atropello cometido por los franceses contra los de su pueblo, la hermosa cantinera se las compuso de modo que obligó a los de Francia a beberse la muerte en el vaso que les alargaba riendo sus galanterías.

Nunca pudo saberse el nombre de la gentil señora que había llevado a cabo tan terrible hazaña; pero la opinión pública entonces y mucho tiempo después, atribuyó el hecho a la señorita Blanca Rosa Armendáriz, mujer de corazón patriota y gran odiadora de los franceses.



QUE EL CASTILLO DE OLITE FUE MANDADO QUEMAR

El comandante francés no se enteró de la catástrofe ocurrida a los suyos en el caserío, hasta pasadas cinco o seis horas del suceso y cuando ya toda prevención era inútil. Al mediodía entró en Olite la tropa que le enviaban de Tafalla para mantener en respeto a los paisanos. La tropa llegaba sedienta de pelea y de botín, así que su paso se señaló por la violencia y los desmanes más inauditos. El convento de San Francisco fué el que más padeció en aquella furia. Violentaron las puertas y entraron en el claustro a tambor batiente. Fué tal el terror que se apoderó de los religiosos que uno de ellos abandonó la casa, temiendo por su vida, si bien esta precipitación fué causa de que la perdiese, como diremos adelante.

Entretanto había estallado en el pueblo un gran motín. Una mujer peroraba en medio de la multitud. Degreñada, lívida por el furor,—era pariente de uno de los fusilados—dirigía a sus paisanos estas o parecidas razones: No sois hombres; no teneis agallas; no sois dignos de llamaros navarros y españoles. Id a Zaragoza, a Madrid y a otras partes, a ver como han parado allí a los franceses, sin que estos les hayan hecho la mitad que a nosotros. Nos van a matar a todos, como corderos, por

ser unos bragazas los hombres de este pueblo. Tendremos que vestirnos de soldados las mujeres y salir a defender nuestras casas y nuestros hijos, ya que los hombres no saben hacerlo.

Mientras estaba la oradora en el calor de su discurso, se difundió entre la multitud una noticia que causó el efecto del rayo. Los franceses que acababan de llegar de Tafalla habían penetrado en el convento de San Francisco y estaban saqueándolo y asesinando a los religiosos. No fué menester más. La multitud se disolvió en un momento, y corrieron todos a sus casas a tomar las armas.

Unos instantes después los paisanos corrían en grupos en dirección a San Francisco. Llevaban los trabucos amantillados y enormes navajas mostraban sus anchas hojas de acero relumbrantes al sol. Oíase ese rum rum amenazador que se forma en las muchedumbres alborotadas cuando ésta se insubordinan contra el poder público, resueltas a jugarse el todo por el todo.

Al llegar el paisanaje a la vista del convento, se dieron cuenta de la obra de los franceses. Los muebles salían por las ventanas y balcones del edificio, mientras los religiosos corrían enloquecidos por el terror y algunos trataban de escapar por los tejados. Los franceses que habían llegado de Tafalla eran como unos cuatrocientos. No pasarían de una cincuentena los que habían penetrado en el claustro y estaban cometiendo aquel maleficio. Los demás estaban escalonados en la campa, llenando ésta y parte del portillo donde desemboca el camino de Tafalla. Con estos trató de entendérselas el paisanaje.

Tres o cuatro trabucazos disparados en el arco de piedra por donde se entra a la ciudad llegando de Tafalla, abrieron enorme boquete en la infantería francesa que no había tenido tiempo de prepararse a la acometida. Los franceses maniobraron inmediatamente, dis-

poniéndose a rechazar la agresión, mientras otros paisanos acometían a la tropa con sus navajas.

Aterrados los franceses ante el aspecto feroz de la multitud cuyas acometidas habían soportado algunos de ellos en diferentes campos de batalla de la Península, regularon en formación, tratando de atraer a los paisanos al callejón que formaban los muros de la iglesia de San Francisco y las tapias de las próximas huertas.

Entretanto, los franceses que estaban en el convento, abandonaron su obra destructora, saliendo por la puerta trasera de la huerta para incorporarse a sus compañeros. Los paisanos se adelantaban intrépidos, ensañándose en aquella masa de guerreros y perdiendo algunos hombres. Los trabucos abrían sus abanicos de fuego entre cuyo varillaje hervía la metralla. A cada estampido de la horrible arma popular, veíanse caer algunos cuerpos acribillados.

Los franceses reculaban, reculaban, muertos de angustia y de sed, bajo un sol que llovía ascuas encendidas. Reculaban, buscando el contacto de sus compañeros del castillo que escasos en número—debido a las continuas peticiones de los jefes vecinos el destacamento de Musnier había quedado reducido a 60 hombres—no se habían atrevido a salir, temiendo las iras populares. Por fin, una brusca acometida de las tropas regulares cuando ya estaban a la vista de los muros del alcázar, puso en dispersión al paisanaje que falto de municiones y reducido al arma blanca, no pudo sostener el fuego nutrido de la fusilería francesa.

Los paisanos escaparon entonces y los franceses los dejaron ir porque necesitaban tiempo para tomar algún reposo después de brega tan enconada. Pronto empero, se convencieron de que no era aquella ocasión de descansar.

Un paisano que llegaba de la parte de San Mariín y era afecto a la causa francesa, comunicó a los oficiales

que parte de la División navarra junto con la guerrilla de Mina, se hallaba ya en la muga de Olite, preparándose a pasar sobre la ciudad. Enardecidos los jefes franceses con esta noticia, arengaron a la tropa que pidió les llevasen inmediatamente contra los guerrilleros.

Diose la orden de partir. Los franceses marchaban en columna, soportando aquel sol de Julio que derretía. Reinaba una calma chicha y los rastros despedían lumbre, abrasados por el fuego calcinador que caía del cielo. La tropa marchaba animosa, cantando para ahuyentar la pesadumbre, las canciones de su tierra. Las enormes gorras de los napoleónicos se veían oscilar por el camino; en mitad de los escuadrones marchaban los oficiales a caballo. Los sables y bayonetas relumbraban, poblando el aire de chispas brillantes. El sol caía a plomo sobre aquella masa de guerreros poco acostumbrada al clima ardiente de España. Sin embargo, los soldados caminaban contentos. Poco les iba a durar su alegría.

Habiase atrincherado rápidamente la tropa española en los recuestos del camino que viene de San Martín. Los jefes de la División navarra habían traído zapadores para este intento y ellos y el afamado Mina contemplaban ahora con la mano sobre las cejas, la aproximación de las tropas francesas.

—Déjalos que vengan, decían unos y otros, ya están por ahí en los recodos, los encargados de hacerles la salva de honor.

La tropa en tanto, no se movía de las trincheras, preparándose para el ataque.

Avanzaban los franceses, cuando al llegar a una de las vueltas del camino, toparon con el pobre fraile que temiendo su furia, se había escapado del convento. No puede describirse su martirio. Cuatro o cinco bárbaros hundieron las bayonetas en su cuerpo, dejándole mutilado a la orilla del camino.

Al llegar al siguiente recodo donde había un peque-

ño bosque de carrascas,—estos árboles abundaban entonces mucho en aquellos recuestos, estremeci6se el aire con el estampido de diez o doce trabucazos que se dispararon a la vez. Eran los mocet6nes de Mina enviados por 6ste a saludar y recibir a los de Francia. Varios de 6stos rodaron destrozados por el suelo. Los dem6s se desplegaron y comenz6 el ataque.

Los granaderos atacaban alineados, enardeci6ndoles sus jefes; desde las trincheras se veía a los famosos guerreros del Emperador, rígid0s, altaneros, disparando como autómatas. Distingúanse claramente sus fusiles armados de bayoneta, a cada disparo una pequeña humareda salía de la boca del fusil, esfumándose en el aire.

El combate se sostuvo con tes6n por una y otra parte durante m6s de una hora, hasta que la guerrilla de Mina recibió orden de atacar el flanco derecho del enemigo. Trab6se en aquella parte, tras un peque6o tiroteo, una horrible lucha cuerpo a cuerpo. Los valientes mozos navarros peleaban al arma blanca con los brazos remangados. Los jefes ordenaron el repliegue hacia Olite. Los guerrilleros entonces salieron de la trinchera y comenzaron a hostilizar la retaguardia. Dej6mosles seguir el combate inclinado ya a favor de los espa6oles.

En el campo de batalla quedaban bastantes muertos de los dos bandos y muchos heridos, que se asaban bajo aquel sol canicular, sin que nadie, tratase de aliviar su triste situaci6n. Hubo, empero, almas caritativas que se acordaron de su deber en aquellas tristes circunstancias y resolvieron afrontar los riesgos de la batalla antes que desatender sus deberes de caridad. Esta misi6n honrosa la cumplieron a maravilla, los individuos del clero secular y regular de Olite.

Cuando los 6ltimos soldados espa6oles abandonaban el campo para perseguir a los franceses, pudieron ver a algunos sacerdotes que iban de un lado a otro,

repartiendo consuelos a los moribundos y curando a los heridos. Entre ellos había varios franciscanos y claro que a su cabeza, se encontraba el fraile popularísimo en Olite, el gran misionero y componedor de quisicosas, Padre Angel Morrás.

En cambio, los sacerdotes pudieron reconocer entre la gente armada a varios paisanos de Olite. Allí estaba *Boquica*, que llevaba un trabucón enorme; capaz de tumbar un regimiento de cada disparo; el *Rey Sanjuanico* etc., y el Padre Morrás creyó distinguir incluso al mismísimo señor Francho, el cual, sin duda en un arranque bélico, se había fugado a las guerrillas después de su prisión.

—Pero no: no puede ser, decía para su hábito el misionero, creyendo que el admirador de sus sermones apenas tenía brío más que para atacar al jarro; no es posible que ese vejestorio ande por ahí; será alguno que se le parece.

Los guerreros conocidos pasaban en tanto, saludando: Adios, Padre Fulano! Adios, don Zutano! Adios, Padre Morrás. ¿Qué tal ha estado esto? ¿Nos hemos lucido 'eh? En Olite remataremos a los franceses. Ya nos veremos allí.

Lo que más sorprendió, empero, a los caritativos señores fué ver en las últimas filas, en traje de cantinera, a una mujer joven, que jurarían todos no ser otra que la hija del anterior alcalde don Blas.—No falla, decían—ella es. La amazona pasó de largo sin saludar, confundida entre los soldados.

Estas sospechas difundidas luego y comentadas entre el vulgo, dieron pábulo a la creencia de que la autora del envenenamiento de varios soldados franceses en un caserío de la muga de San Martín, no era otra que doña Blanca Rosa, hija del alcalde de Olite, D. Blas Armendáriz.

La batalla se terminó en el pueblo. Los paisanos

que fueron dispersados en el combate librado junto a San Francisco, por el fuego de la fusilería francesa, cuando notaron que el alcázar había sido abandonado por los soldados de Musnier, lo invadieron, desarmaron a los pocos que habían quedado guardándole, y después se parapetaron en él a fin de impedir que volvieresen a ocuparle los franceses. Volvían estos fatigados de la batida que les habían dado los españoles, y era el proyecto de sus jefes hacerse fuertes en el alcázar en tanto los destacamentos repartidos por los pueblos próximos, les enviaban refuerzos.

Fué pues grande su sorpresa, cuando al acercarse al viejo palacio, vieron sus puertas destrozadas y en uno de los corredores de sus muros, divisaron a los soldados que Musnier dejara en su custodia, desarmados por los paisanos. Entonces comprendieron que su perdición era completa si no se rebajaban a tratar con los guerrilleros. Así lo hicieron, enarbolando una bandera blanca en señal de que querían mover tratos de paz.

Las condiciones fueron más humanas de lo que merecían los franceses. Exigióse únicamente la entrega, quedando la tropa prisionera de los españoles que se comprometían a respetar las vidas.

Así terminó este luctuoso episodio de la guerra de la Independencia en Navarra. Pero no; decimos mal, todavía la terrible batalla tuvo un epílogo, que supuso para este pueblo la pérdida de su máspreciado monumento, la destrucción del suntuoso alcázar mandado edificar por un rey bueno para ostentación de su grandeza y para hacer saber a España la amenidad del clima y lo risueño del cielo de la hermosa ciudad de Olite.

Los guerrilleros penetraron en el pueblo y desfilaron en columna de honor por delante del sitio donde habían sido sacrificados los patriotas. El guerrillero Mina a quien, a pesar de sus grandes méritos patrióticos, acompañó siempre el espíritu de destrucción,—hable sino

Castellfullit, arrasado bárbaramente por él en una de nuestras revueltas civiles,—dió orden a unos cuantos de sus soldados para que incendiasen el alcázar, pretextando que podría servir de fortaleza a las tropas francesas, caso de que estas se repusiesen del mal estado en que estaban sus cosas en España.

Los soldados no se hicieron repetir la orden con lo que a poco, se veía arder en pompa el venerable edificio que albergó en mejores tiempos, las glorias y esplendores de la realeza. Por la acción voraz del fuego, se vinieron abajo los techos artesonados, y tiznó la llama las paredes cuajadas de arabescos donde resonaron un día, los cantos de trovadores. Las magníficas arcadas de la parte baja hubieron de soportar el escombros de los techos desplomados, mientras las torres con los pisos hundidos, se convertían en precipicios, dejando sin apoyo los tramos de la escalera de caracol disimulada en la pared maestra. En tan gran ruina, rompiéronse las molduras que adornaban los ventanales y los parteluces de las salas y a poco alumbró el sol las paredes durísimas de los camarines donde durmieron reinas y princesas.

Hoy canta la lechuza en los huecos de las torres des-techadas, mientras la luna iluminando con romántica luz el cielo ribereño, forma un fondo de azul y raso para que en él se destaque la silueta del viejo alcázar que convida a pensar en añoranzas y brujas leyendas a los adoradores del ensueño.

Al contemplar después de tantos días, la obra de destrucción llevada a cabo en el histórico palacio por los soldados del temido guerrillero, no habrá amante de las glorias arquitectónicas que no diga evocando la a medias simpática figura del famoso ex labrador de Idocin: *Gracias, amigo, por lo que V. hizo en bien de la Patria pero mejor fuera que no hubiese usted sido tan salvaje.*

Epilogo

Hemos terminado nuestra narración.

Para que nada se nos quede en el tintero, vamos sin embargo a enterar a nuestros amables lectores de lo que pasó después de la épica brega que queda reseñada, a los personajes con quienes ha trabado conocimiento.

Nuestros antiguos conocidos, D. Javier de Iracheta y su compadre el dómine, volvieron del destierro sanos y salvos una vez que terminó la guerra, y de nuevo volvieron a reanudar los paseos por las orillas del Cídacos en compañía del buen Padre Morrás que también salió sano y salvo de estos terribles sucesos.

Después que los franceses evacuaron definitivamente el suelo español, celebróse en el convento de San Francisco un gran funeral por los héroes muertos en servicio de la Patria. El Ayuntamiento que costeaba la función encomendó la oración fúnebre—ni que decir tiene—al P. Morrás, el cual en aquella ocasión, pronunció un sermón que dejó turulatos a todos sus admiradores. Es fama que abundaron en él tanto las sutilezas, retruécanos, giros y comparanzas, que el Sr. Francho que estaba oyéndole, acreditó no haberse oído nunca cosa parecida en los púlpitos de Olite ni de Navarra. Fué tal el entusiasmo del Sr. *Carape* ante aquel prodigio de saber, que se puso a lanzar vivas en la iglesia, al más sabio de los *pedricadores* con tanto entusiasmo y voces tan es-

tentóreas, que se vió precisado el Alcalde a mandarle callar, bajo amenaza de meterle en la carcel.

Francisco de Paula *Carape* o Francho el Chispo, que todos estos nombres tenía, a semejanza de D. Roldán; estuvo de hecho en la guerrilla—los franceses no le consideraron digno del fusilamiento a pesar de ser él quien armó la contienda de la Plaza—de donde se infiere que no anduvo equivocado su amigo el P. Morrás, cuando, al ver desfilar a los guerrilleros, le pareció descubrir en uno de ellos, las facciones del mismísimo Francho. Hay que decir en obsequio a este personaje que se moderó algo en el abuso que hacía de la bebida, sea ello debido a las exhortaciones del franciscano, o ya que la vida de campaña le hubiese vuelto más morigerado. Todo ello redundaba en provecho de la *señá* Crispa que gozaba viendo como su marido, aunque viejo, comenzaba a ser formal y no causó menor regocijo a la Juanaza la cual en adelante, no se vió precisada a mediar en las peloterías que, merced a las chispas del *Carape*, armaban los dos cónyuges, ni tuvo que amenazar ya como lo hacía siempre al Sr. Francho con que sus demasías no habían de quedar impunes. También quitó Francisco de Paula la piedra que llevaba en la manga de la anguarina y que, como saben nuestros lectores, tuvo el mal destino de encender la gresca que costó a Olite tantas lágrimas y lutos. ¡Buena la armó!

El auxilio que *Carape* prestó a la guerrilla no debió ser mucho, por más que él decía que tal y que cual siempre que estaba en reunión con *Boquica*, *Sanjuanico*, *Escopeta* y otros valientes que también habían vuelto al pueblo, dedicándose como Francho a panegirizar las propias hazañas, mientras bebían en la taberna o ensarmentaban viñas en la heredad.

El comandante Musnier quedó prisionero de los españoles que le canjearon luego por un oficial patriota. No se sabe de cierto lo que fué del famoso comandante

francés, pues mientras unos dicen que murió en el gran combate de San Marcial, hay quien asegura que habiendo salvado la piel en todas las andanzas napoleónicas, reconoció al fin el gobierno de Luis XVIII, quien le nombró Guardia de Corps.

El Sr. D. Blas Armendáriz, el digno y egregio Alcalde, volvió también a la ciudad que le dispensó un gran recibimiento y... ¿se queda algo? Ah, ya... Pues sí; lo mejor. Lo mejor para que esta desmañada narración acabe siquiera como las comedias, en casamiento.

El hijo segundo de D. Javier, tuvo la gloria de caer herido en las trincheras el día de la gran batalla. Iban los dos señores párrocos de Olite recorriendo el campo que habían ocupado los españoles cuando oyeron quejidos detrás de un bosquecillo de carrascas. Acercáronse y era D. Andrés.

—¿Qué es eso, hombre? ¿Qué te pasa?

—Nada, que esos malditos franceses me han metido una peladilla en el hombro derecho.

—¿Es en el derecho?

—En este de aquí es, dijo el hombre, empinando la muñeca; no sé si es el derecho o el izquierdo.

—Efectivamente; es el derecho. Eso no es nada. Te colocaremos en esta camilla y te llevaremos a Olite. Allí te pondrás bien.

Y los dos buenos clérigos vendaron la herida del héroe y le hicieron trasladar al hospital donde tardó aun curar veinte o treinta días.

No transcurrieron dos meses desde que le acaeció al antiguo latino este percance hasta que, con íntima satisfacción de parientes y amigos, unió su suerte con la de la distinguida señorita Blanca Rosa Armendáriz, hija del Alcalde, D. Blas. Inútil es decir que las hazañas que se contaban del segundón contribuyeron a acrecentar la voluntad que de antes le tenía la señorita, la cual siempre fué a su vez, considerada como ardiente patrio-

ta; una especie de condesa de Bureta o de Agustina de Olite por lo que odiaba a los franceses.

Acerca del misterioso suceso del envenenamiento de varios de estos en el caserío de San Martín, hazaña que el vulgo atribuía a Blanca Rosa, nada se pudo saber nunca. La amazona callaba cuantas veces se le hablaba del particular y asimismo se negó siempre a dar explicaciones sobre su desaparición del pueblo y estancia en las filas de los guerrilleros en calidad de cantinera, hecho que también se le atribuía.

Nosotros, a fuer de fieles cronistas, no queremos meternos en investigar lo que pueda haber de cierto en tales hablillas, contentándonos con recoger o que entonces se susurraba acerca de los sentimientos y proceder de tan respetable señorita, y cumpliéndonos sí, hacer constar que su enlace con el Sr. Andrés de Iracheta se efectuó con gran satisfacción de las respectivas familias, siendo después imperdurable la dicha de los desposados.

Vivieron felices,
comieron perdices
y a mí no me dieron
porque no quisieron.



INDICE

	<i>Páginas</i>
I. La Trimurti	13
II. Olite histórico y monumental	21
III. Monsieur Francois Musnier.	35
IV. De como Mr. Musnier pronunció un discurso en francés que no le entendió nadie	44
V. Que el Padre Morrás era muy buscado para componer diferencias.	53
VI. Blanca Rosa Armendáriz.	62
VII. De como el P. Morrás cantó la cartilla a cierto devoto del dios Baco.	69
VIII. De una gran alarma que hubo en la ciudad de Olite, mientras los apóstoles iban a Ujué.	78
IX. Refiérese como el año de gracia de 1811 no hubo gente de Olite en las fiestas de San Fermín	90
X. Dase cuenta de la prisión de varios patriotas efectuada por los soldados de Musnier.	98
XI. Dase cuenta de una hazaña que se atribuyó a Blanca Rosa Armendáriz	109
XII. Que el castillo de Olite fué mandado quemar.	118

DEL MISMO AUTOR

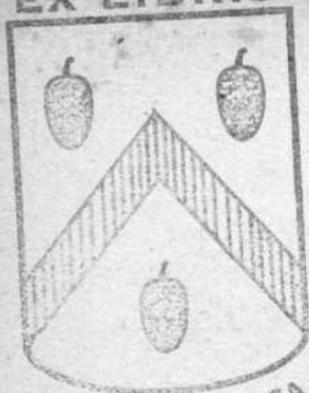
«El Santuario de Aránzazu».

«Plantas del Clima» (en verso).

EN PREPARACIÓN:

«La Región Castellana»

EX LIBRIS



JOAQUIN LAFARGA





01930

01931

01932

01933

01934

01935

01936

01937

01938

01939

01940

01941

01942

01943

01944

01945

01946

01947

01948

01949

01950

01951

01952

01953

01954

01955

01956

01957